3 1761 08831872 0

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/coleccindecompos00estb

[Estebanez Calderon, Serafin]
E795c

COLECCION

DE

COMPOSICIONES

SÉRIAS Y FESTIVAS

EN PROSA Y VERSO,

ESCOGIDAS ENTRE LAS PUBLICADAS É INÉDITAS DEL ESCRITOR CONOCIDO

POR

EL ESTUDIANTE.

TOMO I.

adornado con dos grabados en madera.

309828
21.1.35

MADRID:

IMPRENTA DE I. SANCHA,

1839.

CARTA PARA UNO,

Y

PROLOGO PARA TODOS.

Sr. Editor mi dueño.

Madrid: enero de 1839.

Se ha empeñado V. en dar á luz una coleccion de mis mejores composiciones, y con reiteradas instancias me las pide: pero es el caso que yo no tengo composiciones *mejores*. Cuanto yo he escrito y se conserva vivo, sean artículos de periódico en prosa, ó delirios en verso, de aquellos con que todos contribuimos á acreditar el refran, puede dividirse en dos clases, á saber; composiciones malas, y composiciones peores: vea V., pues, cuan dificil me será, pensando asi, señalar por mí mismo las preferibles. Sin

embargo, deseoso de complacer á V., y mortificando mi amor propio, he juntado hasta un centenar de cosas, que se me han figurado mas tolerables por la circunstancia de no ser de circunstancias, y por habérmelas significado de menos malas estos pocos pero buenos amigos que yo tengo.

De su mérito en general tambien quisiera hablar á V. alguna cosa, no por modo de elogio, sino á manera de disculpa, pues bien la merecemos á mi ver los que malgastamos, desvirtuamos y evaporamos el poco ó mucho ingenio que Dios fué servido de darnos, en esa tarea estéril de los periódicos, plaga de la edad moderna, y langosta de la literatura y de las ciencias. Para los periódicos se escribe con premura y sin estudio, con ligereza y sin libertad, con ánimo apasionado y sin meditacion (esta es la regla general, no me aleguen las escepciones) ¿qué han de valer, pues, los escritos de los periodistas? De aquí nace que aun despues de haber corregido un tanto y modificado los artículos que para V. tengo escogidos y reunidos, todavia no me contentan en manera alguna, y las carnes me tiemblan de pensar que van á salir por ese mundo

en forma de libro, espuestos á la detenida crítica mas que lo están siempre las hojas periódicas.

Diga en fin de ellos el público lo que quiera, no me ha parecido que debia recomponerlos tanto, que apareciesen como fundidos de nuevo. Lo único que por mí ha de suplicar V. á los lectores es que atendidas las razones espuestas, me traten con alguna conmiseracion. De que creo necesitarla, y de que no es afectada modestia mi humilde súplica, responde la firma ó seudónimo que adopté, cuando teniendo por conveniente distinguir mis artículos, y conociendo lo mucho que me falta que aprender, empecé á nombrarme *el Estudiante*. Como tal, pues, espero ser tratado, y como tal he escrito siempre, cuidando mas de usar un lenguage puro y castizo y estilo sencillo y llano, que no de ostentar vana erudicion y una pedantesca manía de filosofar. Algunos tendrán esto á frivolidad ó ignorancia; no me importa. Yo siempre he pensado que el saber debe manifestarse en los pensamientos útiles y nuevos y en la manera de espresarlos, mas no en hacer alarde de vásta lectura y citar autores para decir cosas que se sabe

uno decir sin ellos, como decia mi Cervantes. A hombres bien ignorantes he visto yo acumular citas, que no les habian costado mas trabajo que dos horas de revolver los estantes de una biblioteca.

Solo de una cosa creo poder vanagloriarme y es esta: que leidos mis artículos podrá comprenderse bien mi sistema de ideas bueno ó malo, en moral, en religion, en política, en literatura, en todo; no como lo que vemos en las obras de algunos escritores modernos, donde tan contradictorios principios se hallan sentados ó impugnados, satirizados ó defendidos, que andan los tomos mirándose entre sí con ojeriza, y tratándose unos á otros de impíos y blasfemos; á semejanza de lo que acontece ahora en España, que suelen dos hermanos carnales ser de opiniones totalmente contrarias, y estar uno al servicio de la reina doña Isabel, y el otro al del pretendiente.

En cuanto al método de esta coleccion, he resuelto enviar á V. mis artículos ordenados en desórden, para que estén asi mas á la moda, y porque no alcanzo que haya en rigor motivo para sujetarlos á division por materias, sistema

cronológico, ú otra clasificacion alguna; antes bien, esta variedad tal vez sea para el paladar de algun incentivo que la naturaleza del manjar no llevaría consigo.

Me entrego, pues, en manos de V. y de la suerte. Si pega bien el primer tomo, publicaremos el segundo, que no será peor ciertamente; y si castigare el público nuestra osadia, tendrá V. ese volúmen mas que vender á los especieros, cuando les trasmita la propiedad de ciertos dramas y comedias de que se ha hecho V. editor, como de mis artículos, por puro afan de fomentar la imprenta y alentar algun tanto las pobres y decaidas letras españolas.

Queda de V. y le besa las manos su amigo y servidor

El Estudiante.

ÍNDICE

de los artículos contenidos en este tomo.

*Con esta señal * se distinguen las composiciones poéticas, y con esta ( ) las que hasta ahora han estado inéditas.*

		Páginas.
I.	Las relaciones.	1
II.	Utilidades de la cobardía.	5
III.	Los ojalateros.	9
IV.	Virtuti et merito.	12
V.	Lecciones de poesía romántica *.	14
VI.	Un criado antiguo.	17
VII.	Juguete dirigido á un periódico.	25
VIII.	Reglas para traducir.	27
IX.	Al Buen Retiro. Sáficos adónicos *.	32
X.	La vida del hombre malo.	34
XI.	La fortuna y la desgracia.	37
XII.	El no hacer nada.	40
XIII.	Lamentos de un pastor enamorado (*).	44
XIV.	Hernan Perez del Purgar el de las hazañas. Bosquejo histórico por D. Francisco Martinez de la Rosa.	48
XV.	El diamante en bruto.	53
	Epígrama *.	58
XVI.	Ex.	59
XVII.	He visto cartas.	63
XVIII.	Octavas: á la suerte (*).	68
	Epígrama. El filarmónico *.	69
XIX.	Carta de un viagero extravagante.	70
XX.	Necrología. El Artista.	75
XXI.	El viage á Toledo.	79
XXII.	Le ventru, cancion de Beranger y su traduccion.	85
	Epígrama *.	91

Páginas.

XXIII. La erudicion. 92
XXIV. Elegía. En la muerte de mi amiga Luisa E... (*). 96
XXV. Aviso á los forasteros. 99
XXVI. Costumbres. 102
XXVII. Pesadilla *. 107
XXVIII. Dia de San José. Felicitacion á los que no se llaman Josés. 111
XXIX. Máscaras. 113
XXX. Oratoria parlamentaria y otras frioleras. 117
XXXI. El cochino de San Anton *. 121
XXXII (a) Comunicado. 126
XXXIII. No mas reclamaciones. 129
XXXIV. Antigüedades. 134
XXXV. Costumbres. El portero. 137
XXXVI. Soneto. Al marqués de C. S.*. 141
XXXVII. Costumbres. Diálogo: Gracias. 142
XXXVIII. Correspondencia de una coqueta. 147
XXXIX. Del juego. 153
XL. El pisaverde. 165
XLI. El patriotismo bullicioso *. 160
XLII. La doncella. 163
XLIII. La dama incógnita. 166
XLIV. Carta de un jaque á su coima *. 177
XLV. El taquígrafo. 183
XLVI. La alarma *. 187
XLVII. Anécdota carnavalesca verdadera. 194
XLVIII. Sermon primero. 198
XLIX Sermon segundo. 202
L. Viernes cuarto de cuaresma No hay sermon. 207
LI. Sermon extraordinario. 212
LII. Sermon cuarto 216
LIII. Quinto y último sermon. 219
El Ermitaño: novela original. 225

(a) Por error de imprenta se ha señalado este artículo con el número XXXI.

I.

LAS RELACIONES.

(Publicado en enero de 1834.)

Los filósofos han dicho muchas veces que la verdadera amistad es rara entre los hombres: los poetas la han deificado. La generacion presente, ó creyendo á los filósofos, ó burlándose de los poetas, ha colocado á la amistad entre el amor platónico y el ave Fénix. Por eso en nuestros dias se ha inventado la palabra *relaciones*, que en la acepcion de que tratamos, me parece casi tan dificil de definir como el espacio ó la eternidad. En la corte suena muy bien esto que se llama tener relaciones, y hay hombres que por adquirir relaciones, se despepitan y pierden el sueño; madrugan para buscarlas, y con este objeto corren apresurados por calles y paseos, con el mismo afan que D. Quijote se perecia por las encrucijadas y caminos frecuentados, como mas fecundos en aventuras.

De estos hombres hay, que si cada una de las personas á quienes conocen les diera cuatro maravedís diarios, contarian con mas renta fija que algunos Grandes de España; y sin embargo, á pesar de tan multiplicadas relaciones les cuesta trabajo encon-

trar un duro prestado ó una carta de recomendacion.

Acuérdome que á poco de haber yo llegado á Madrid, paseándome una tarde en el Prado con cierto amigo mio, se nos agregó un jóven, que saludándole con aire marcial y enganchándosele del brazo, siguió paseando con nosotros, sin haberle yo debido, aunque me quité cortesmente el sombrero, mas que una leve inclinacion de cabeza. Al principio le tuve por un fátuo, y mas viendo las sutiles gafas por donde miraba, el enorme lazo de la corbata de raso, las multiplicadas cadenas, botones y alfileres de oro, y las crecidas y espesas barbas en que traia como abismado el rostro: pero á poco rato confieso que me deslumbró, y que empecé á tenerle por hombre de suposicion. En menos de diez minutos nos habló de los secretos del gabinete inglés, de cuantos bailes se habian dado en la semana anterior, de la formacion de la compañía de ópera, y de dos ó tres casamientos que se proyectaban entre las familias de la primera nobleza. Yo le miraba, y admiraba su locuacidad, su prodigiosa memoria, y de qué manera á pesar de la conversacion iba notándolo todo y saludando al paso á cuantos encontrábamos. — «A los pies de V., marquesa. — A Dios, conde; no hay quien le vea á V. — Dolores, ¿se alivió la jaqueca?» — Con estos paréntesis interrumpia á cada paso el discurso, sin aguardar siquiera á recibir contestacion de las personas á quienes apostrofaba. Parecíame el hombre un prodigio, y me iba formando un alto concepto de él viendo la familiaridad con que ha-

blaba de ciertas personas de alta categoría. — « Mire V., decia, mire V. qué hermoso caballo lleva hoy Perico.” — “Allá va Antonio, añadia en seguida: ¡qué vivo es y qué calavera! No sé cómo no encuentra un lance en cada esquina.» — Por último, á poco tiempo encontró á no sé quién, y asaltándole como habia hecho con nosotros, se marchó sin mas ceremonia que la que habia venido.

¿Quién es éste, pregunté yo á mi amigo, que por su conversacion infiero que ha de ser el *factotum* de la corte y de la villa? Este es un mozo de muchas relaciones, contestó. Ya lo veo, repuse yo; pero sin duda las deberá á su alta posicion, á su empleo, á sus riquezas..... Ninguna de esas cosas tiene, me interrumpió; pero es un jóven muy introducido. *Introducido* se llama al que sin motivo ni ocasion se mete en todas partes. A otra vez que se encuentre con V., le saludará por su apellido, despues le acompañará una tarde casualmente á tomar café, y si le halla en el Prado yendo solo, le hará que pasee con él, *velis nolis*, asido del brazo. Como éste hay muchos, que á la sombra de un conocido que los presente, se van con su frac negro y sus guantes blancos á todas las casas de suposicion que pueden. Si hay baile, bailan; si hay juego, juégan; si hay duelo, van al duelo (que se despide en la iglesia); si hay empleo nuevo, herencia, boda ó bautizo, van á dar la enhorabuena, y si hay desgracias vuelven las espaldas; lo cual no impide el presentarse de nuevo con toda desfachatez, si la fortuna torna risueño el

rostro, y se establece otra vez la tertulia. Lo mas inconcebible es que haya personas de juicio y carácter que admitan en sus casas semejantes vichos, y abran la puerta á una porcion de gentes que nunca les han de servir de cosa alguna. Las relaciones de esta especie dan márgen á mil disgustos sin producir utilidad: hacen malgastar el tiempo en visitas recíprocas, en donde si acaso se hace algo es destrozarse con mútuas murmuraciones; y cuando llega el caso de valerse los hombres unos de otros, de prestarse aquellos auxilios, que aun sin visitarse deberian esperar de los que viven reunidos en sociedad, desaparecen como la sombra, y se convierten en humo las tales relaciones.

Mucha impresion me hizo este razonamiento de mi amigo, y en lo sucesivo he tenido motivo de observar que eran sus reflexiones nacidas de la esperiencia. Desde entonces para siempre he procurado hacerme inaccesible á los hombres que buscan relaciones; y convencido de que no son estas, sino verdaderos amigos los que conviene tener, me lisongeo con la idea de que los pocos que yo llamo mios, podrian darme pruebas de serlo en caso de necesitarlas. Asi vivo, cómo y me paseo solo; nadie me da el brazo en el Prado, ni se sienta conmigo en el café, ni en la luneta me importuna con sus preguntas, ni me exige que le presente en lo que llaman ahora *sociedades*. Habrá quien me diga buho, uraño é insociable; pero yo estoy muy satisfecho con mi oscuridad, y contento con no ser hombre de grandes relaciones.

II.

UTILIDADES

DE LA COBARDIA (1).

(Publicado en febrero de 1834.)

Este sí, señor editor, este sí que es un artículo enteramente original, nuevo y peregrino, cuyo asunto no me podrá V. decir que está manoseado, traido y llevado, apurado y repetido. Es pública voz y cosa notoria que *de cobardes no hay nada escrito;* pues bien, señor editor, mañana ya no se podrá decir otro tanto, porque hoy mismo voy yo á acabar con el refran escribiendo *de cobardes*, ó por mejor decir, de cobarde en singular, pues para no meterme con nadie, que es cosa contraria á mi genio enteramente, hablaré de mí solo en este artículo.

Es, pues el caso, señor mio de mi alma, que en mas de veinte años que hace que empecé á tener uso de razon, no he podido alcanzar que haya alguna para que por fuerza y sin mas ni mas todos los hombres debamos ser valientes. Era yo muchacho y ya

(1) Este articulo encierra una pintura, pero no un retrato. El autor protesta ahora y siempre contra todas las aplicaciones voluntarias y violentas.

me admiraba de la aficion que los de mi edad tenian á mover pendencias y darse de bofetones solo por adquirirse fama de valientes. Yo seguí desde luego la contraria, y cuando á alguno de mis camaradas, de estos que podemos llamar agresores de profesion, se le antojaba apoderarse arbitrariamente de mis juguetes, de mis libros, de mi dinero, etc., yo me apresuraba á ponerlos en sus manos, antes que él pusiera sus manos en mis narices, produciéndome alguna evacuacion de sangre, que por saludable que fuese, no hubiera sido de mi gusto, porque nunca he tenido el mayor apego al celebrado sistema de Broussais. Pues como digo de mi cuento, á medida que fui entrando en edad, fui tambien consolidando y arraigando en mi alma este amor á la dulce paz, que es en lo que yo creo que ha de encontrarse la felicidad verdadera, y que es lo que mas se conforma con la sana filosofía y aun con las máximas sublimes de nuestra santa religion. Y no vengan á machacarme los guapetones y espadachines con las leyes del honor, pues yo les contestaré con aquella antigua definicion de

Honor es un avechucho
De complexion delicada,
Que no nos sirve de nada
Pero nos priva de mucho.

Por mas que quieran apurar el caso, todo lo que puede suponerse es que, por ejemplo, llega uno y me insulta; pues bien, yo me callo prudentemente: me desafia, no admito: me pega una bofetada, lo sufro

con resignacion, porque por ella no me han de llevar al campo santo, como me llevarian sin duda alguna, si haciendo yo resistencia, viniéramos á las armas.... ¡Armas... qué nombre tan horroroso! Armas son unos instrumentos ó máquinas inventados para privar al hombre de su existencia; esto es, como quien no dice nada, para quitarle á uno de enmedio, y deshacer en un punto lo que tanto trabajo costó á nuestros padres, que pasaron indecibles fatigas para vernos ya hombres hechos y derechos, criados y talluditos. ¿Es posible que nos desvelamos para discurrir modos de aumentar y dar fomento á la poblacion, y no hemos de adoptar uno tan fácil como es el de no matarnos los unos á los otros? Me dirán, bien lo veo, que siguiendo estas ideas no se podria contrarrestar la fuerza con que los malévolos atacarian la propiedad é introducirian el desórden; y que una nacion de cobardes seria acometida, vencida y sojuzgada por el primero á quien se antojase apoderarse de ella. Y pregunto, ¿qué les sucedió á los romanos siendo una nacion de valientes? Que se descolgaron del Norte unas cuantas manadas de bárbaros, medio en cueros, y con menos pericia militar, y menos recursos que la arrogante y poderosa señora del universo, y la deshicieron como quien dice á garrotazos. ¡Pero qué garrotazos le dieron á la pobre Roma! Como que todavia está llena de cardenales. Desengañémonos, señor editor, la conveniencia y utilidad de un sistema se prueban cuando por él se resuelven todos los problemas, y es general su aplicacion; y hé aqui lo que

sucede en mi sistema de cobardía. Yo me atrevo á probar evidentemente que si todos los hombres que respiran y habitan en nuestro planeta fueran como yo, es decir, heróicamente cobardes, habria una paz tan universal, que la del tiempo de Octavio seria en su comparacion niña de teta. Y es el cuento que un hombre por valiente que sea, puede encontrar otro mas que él que le haga daño; pero establecido mi sistema, no habria este ni otros infinitos riesgos. Y como sea mas facil que el hacer el dejar de hacer, seria tambien mucho mas sencillo acostumbrar á los hombres á que no se pegasen, que el adiestrarles en el uso de las armas. Yo por lo menos, ya que no logre imbuir á los demas estas ideas, tengo hecho propósito verdadero, constante y firme de no reñir nunca con persona alguna; de no admitir desafios porque me basta que esten prohibidos por las leyes que todos debemos observar, y de no incomodarme cuando alguno tuviese la ocurrencia de abofetearme, porque eso va en genios, y ademas de que yo soy generoso y prudente, todos estamos en obligacion de sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos.

8

L. A.

ORTEGA. SC.

III.

LOS OJALATEROS.

(Publicado en abril de 1836.)

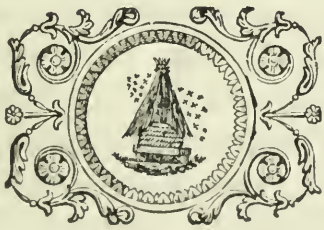
En la gran corte de Oñate, centro y metrópoli de un reyno á quien ni los geógrafos, ni los políticos han puesto nombre todavia, hay una casta de gentes, desecho de todos los partidos, holgazanes de profesion, panzistas *á nativitate*, y tan inútiles para D. Cárlos, como lo serian para D. Roque, D. Nicomedes, ó cualquiera otro de los *dones* que Dios crió. Son estos tales unos hombres que pasan su vida en pasarla, porque no puede decirse de otro modo, y que por no hacer, ni comen siquiera, gracias á la abundancia de que en aquella capital se goza; hombres que se han presentado á D. Cárlos alegando sus *padecimientos*, y es que todos son sugetos que *padecen* porque ninguno de ellos ha sido ni puede ser *persona que hace* en ninguna gramática política, y mucho menos en la de aquellos vericuetos, donde por activa ó por pasiva no hay mas remedio que agarrar un fusil y darse por muy contento. El Rey de Oñate no ha podido, ya se ve, dejar de recibir á estos sus fieles é inutilísimos servidores; pero conocien-

do, segun cuentan, que los servicios que le han de hacer aquellos leales zopencos, no valdrán todos juntos uno solo de los que en Alcorcon (1) se fabrican, se ha apresurado á pagárselos, á la manera que pagó al pintor el de la fábula del *retrato de golilla*. Asi que, les ha ido confiriendo, aunque *in partibus*, destinos á cual mas honorífico y lucrativo; y con esto, ellos se pavonean y relamen, en cuanto la debilidad de sus estómagos se lo permite, ni mas ni menos que si ya se hallaran en posesion de sus puestos pacífica y duradera. Y cuando salen por aquellos campos de Dios á pasearse en los ratos desocupados, que son todos los en que no duermen, unos á otros se saludan por sus títulos y dictados.—«Servidor de V. S. señor director de rentas.» — «Beso á V. E. las manos, señor gobernador del consejo.» — «Digame V. S. señor contador mi gefe, ¿quienes son aquellos que están espulgándose al sol junto á aquel alcornoque?» — Aquellos son el intendente de Valencia, el asistente de Sevilla, y el director de montes y plantíos.»

Pero es lo mas gracioso que los tales zánganos dignatarios están muy mal mirados, y aun aborrecidos de muerte, entre aquella soldadesca, que con razon tiene en desprecio á quien de nada le sirve mas que de consumir raciones; y asi, les tienen puesto el apodo de *ojalateros*, cuyo origen no deja de ser

(1) Todo el mundo sabe que en Alcorcon se trabaja en vasijas de barro ó alfarería.

curioso. Cuando se juntan en pandilla, por no decir en manada, el menos lerdo de ellos toma la palabra, y comienza á perorar pintando las futuras victorias del partido, y la próxima triunfante entrada en Madrid, fijándola lo mas tarde para de alli á un mes. Con esto á los oyentes bobalicones se les hace la boca agua, y todos en coro dando un suspiro contestan: ¡OJALÁ! Pues de este *ojalá* que repiten treinta veces al dia, les viene el nombre; y como no hacen otra cosa que *ojalar*, la gente de armas, que á lo menos pone su pellejo en el albur, y anda á tiros en los montes, mientras ellos se quedan con su *ojalá*, les llama por mofa y befa OJALATEROS. Triste suerte del hombre inútil y justo castigo del ocioso, verse de todo el mundo aborrecido.



IV.

VIRTUTI ET MERITO.

(Publicado en marzo de 1836.)

Mr. Crooked era un viajero inglés que residió en Madrid hace poco tiempo. En cuantos paises ha recorrido este observador filósofo, cuenta él mismo que ha procurado siempre en lo posible atemperarse á sus usos y costumbres. Muy al contrario de lo que suelen hacer los demas hombres, Mr. Crooked no hablaba ni vestia en París á la inglesa, ni en Madrid á la francesa; antes bien trataba, mientras estuvo á las orillas del Sena, de ir por las calles muy de prisa silvando ó tarareando, estar al corriente de las últimas noticias de los periódicos, ajustarse el talle, y poner el mayor esmero en el peinado. Cuando vivia á orillas del Manzanares, procuró ejercitarse en el manejo de la capa (empresa dificil para un estranjero), acostumbrarse á estar parado horas y horas en la calle de la Montera (cosa no muy fácil para un inglés); fumar treinta y seis cigarros puros en cada dia, y pronunciar con energía cierta interjeccion muy española para repetirla cien veces á cada hora, sin reparar en las personas que estuviesen delante. Mr. Crooked, siempre poseido de este anhelo imitativo que algun periodista madrileño no dejaria de llamar *aclimatibilidad*, se presentó una noche en

cierta elegante reunion, donde su presencia hizo notable efecto. El viajero, que es hombre listo, notó bien pronto que todas las miradas se fijaban en un pedacito de cinta azul y blanca que traia elegantemente anudado en un ojal del lado izquierdo del frac. Esta observacion le lisonjeaba mucho, porque le hizo creer que habia acertado en la adopcion de aquel nuevo adorno; pero cambió su idea lo que sucedió despues. Se concluye la mazurca que á la sazon estaban bailando, y una cáfila de jóvenes imberbes rodea á Mr. Crooked, y le felicita en términos espresivos: todos ellos llevaban su cintita azul y blanca como el estranjero. Este conoce bien pronto que el motivo de las enhorabuenas es el pedazo de cinta; duda, titubea, sospecha, pregunta, hasta que un mocito, recien salido del seminario de nobles para una plaza de oficial de cierta secretaría del despacho, le dirige estas palabras: "Nuestras felicitaciones á V., querido Mr. Crooked, son por verle honrado dignamente, como nosotros lo estamos, con una distinguida condecoracion.» —« ¿Cuel dicoresion, siñor?» preguntó el inglés.» — « La cruz de Cárlos III.»

Oir esto y echar á correr, todo fue uno. Llega á casa de un amigo suyo, le cuenta lo sucedido, le pinta su asombro, pide esplicaciones. El amigo sacó su cruz de Cárlos III, y la puso de manifiesto á Mr. Crooked: el cual, no pudiendo comprender cómo se toleraba en ciertos pechos, y asombrado de la multitud de cintas que andan por esas calles, leia el lema de ella, y repetia admirado: Virtuti et Merito!

V.

LECCIONES

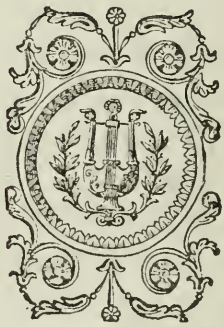
DE POESIA ROMÁNTICA.

(Publicado en mayo de 1835.)

Quieres Andres hacerte celebérrimo ?
pues dedícate al género romántico
y escribe un drama en los siguientes términos;
que empresas hay por cierto mas difíciles.
Primeramente finges que tu héroe,
nació, lo mas, á fin del siglo undécimo:
de estraña condicion, de genio áspero,
mirar sombrío y gesto melancólico,
y de imaginacion viva y volcánica.
Despues supones que á doncella incógnita
halló dormida entre sombríos árboles,
y que abrasado de un amor impúdico
holló cierto precepto del Decálogo.
Despierta ella en seguida y queda estática,
viéndose en brazos del mancebo tétrico,
y entre sollozos, moquear y lágrimas,
júranse eterna fé. La niña cuéntale
que el tirano poder de un padre estúpido
la destina cruel á odiado tálamo,

y que á la luz del proximo crepúsculo,
del triste sacrificio será víctima.
Con esto el mozo pónese frenético,
y blasfemando con furor diabólico,
jura que aunque se empeñe el Cielo Empíreo
le ha de soplar la dama al otro páparo.
Abrázanse otra vez, y al darse el último
tremendo á Dios, luce fatal relámpago,
retumba el trueno, y un feo cernícalo
cruza los aires con graznido horrísono,
que hace el triste presagio mas patético.
Despues ocupas hasta el acto séptimo
en lances embrollados episódicos
(que es disparate el que la accion sea única.)
Y luego salga en la jornada última
la señora de márras, en su cámara,
medio desnuda, desgreñada y pálida,
acompañando en un laud suavísimo
cierta trova de frases enigmáticas:
el galan, que es travieso, oyendo el cántico,
pone una escala en la ventana gótica,
sube, entra, salta, y con la negra túnica
apaga luego la luciente lámpara.
Grita ella; las gentes alborótanse;
llega el esposo con cincuenta fámulos;
vé el gatuperio, y con presteza súbita
embasa una estocada al mozo adúltero.
Él, espirando, cobra nuevos ánimos,
y atrapando á la niña, en el estómago
una daga le mete. Llega el príncipe

(que es su padre) y al ver el espectáculo
cae el pobre vejete cadavérico.
Acude el yerno dando ahullidos hórridos,
tropieza, cae al suelo y se abre el cráneo.
Los criados recogen los cadáveres
y se van entonando un requiem fúnebre.
Este, querido Andres, este es el género
que debe cultivar todo Dramático;
aunque á decir verdad, en cuanto al éxito,
es en el dia un poco problemático.



17

VI.

UN CRIADO ANTIGUO.

(Publicado en mayo de 836.)

«Conozco hijo mio, que he vivido largo tiempo: no resisto al decreto de la Providencia que me llama á si; pero siento dejarte solo en el mundo, en una edad como la tuya, en el hervor de las pasiones..... Sé honrado, mi querido hijo, sé virtuoso... No te separes de nuestro buen Julian ni le abandones en su vejez.... Mírale como amigo y no como criado.... Y tú Julian, cuida á tu señorito, aconséjale...» — Su lengua no pudo articular mas palabra; su mano trémula se esforzó para echarnos la bendicion paternal, y un instante despues ya no existia.

La impresion de esta terrible escena embargó mis sentidos, en términos de privarme de todo conocimiento, y cuando volví en mi acuerdo, me hallé en casa de un antiguo amigo de mi buen padre, que esmerándose en aplacar mi dolor profundo, no me permitió dejar su compañía hasta quince dias despues. Pasado este tiempo creí necesario trasladarme á la nueva casa que Julian, sin órden mia, habia tomado en la plazuela de Aflijidos, con el fin, segun me espli-

có despues, de evitarme mas tristes recuerdos, y tambien por reducirnos á una habitacion menos ostentosa y mas barata, cosa que yo aprobé como un paso muy prudente, no obstante el secreto disgusto que me causaba aquel tránsito del mas al menos que á nadie suele ser agradable. Pero el haber venido muy á menos mis rentas y la estrechez de los tiempos, segun decia Julian, aconsejaban medidas de economía, que él mismo se encargó de tomar, empezando por apoderarse de todas las llaves de la casa, desde la de la despensa hasta la de mi cómoda; y aun tuvo sus dificultades en dejarme, como por gracia especial, otras dos llaves que fueron la de mi *necessaire*, y la de dar cuerda al reloj. Yo le di gracias por su celo, y le confirmé como *criado antiguo* y celoso, los poderes de gobernar la casa, de los cuales vi, sin embargo, que habia hecho uso anticipado; porque empecé á notar que faltaban muchos muebles, efectos y alhajas sobre las cuales me atreví á arriesgar algunas preguntas.

— Como esta casa es mucho mas chica, me contestó Julian, no hemos podido acomodar tanto trastajo.

— Asi es, repuse yo; ¿pero dónde se han almacenado?

— En ninguna parte. He vendido todo lo que nos era inútil á un prendero que me lo pagó muy bien para como están los tiempos. Allí tengo la cuenta y el dinero; ya verá vd....

— Sí, pero reparo que no has tenido la mejor

eleccion. El sofá y la sillería azul, el espejo de marco dorado, el reloj de sobre-mesa que estaba en la sala, los floreros....

— Todo fué á la prendería.

— ¿Y el tocador, y el pupitre de caoba, el de los secretos, y la mesa de piedra.....?

— En la prendería...., en la prendería, con aquella lámpara del gabinete que nunca pudimos hacer arder, y con los dos quinqués de cristal tallado, y con el armatoste del velador grande, y todos los cachivaches que tenia encima.

— Pero Julian, tú me has dejado sin muebles.

— Sin muebles no: sin trastos inútiles, y con tres mil reales mas en la gavëta.

— Pero en tal caso, ¿por qué no has vendido esta sillería de damasco?

— ¡Eso es! y dejaría aquellos silloncicos de tiritaña, que con el aire se rompen.....

— Pero Julian, la lámpara, los cuadros.....

— Pues no tiene V. hay el triunfo de Mardoqueo, y á este otro lado el santo Job en el muladar? ¿No tiene V. las arañas de cristal? Pues con eso y el escritorio de nogal y concha que le dejó á V. la abuela, y el butaque, y la copa grande de azófar; ya no cabe mas en esta sala.

Iba á reconvenir á mi *criado antiguo* por haberme asi anticuado el adorno de mi habitacion, convirtiéndola en un diccionario de arcaismos, cuando nos interrumpió la doncella que se me puso delante con mantilla y basquiña; toda llorosa y cari-aconte-

cida; y sin hacer mas que sollozar, hasta que le pregunté por qué lloraba y qué significaba aquel trage y aquellos suspiros.

— Qué ha de ser señorito, respondió. Nada, que estoy despedida.

— ¿Y por quién?

— Por el señor Julian.

— Julian ¿es eso cierto?

— Señorito, para nada necesitamos doncellas; y luego no parece bien que duerma una muchacha en casa de un hombre solo. Ni yo quiero tener cuidados, ni andar tras de ella para que no hable con el nóvio, ni otras cosas por este estilo.

A estas añadió otras razones, y á mis respuestas otras respuestas, y á mis reconvenciones otras mayores, hasta decirme que yo no sabia gobernar la casa, y amenazarme con que se marcharia y lo abandonaria todo, y dejaria á un señorito tan ingrato, que por una muñeca de criaduela despreciaba á un *criado antiguo*, que le habia llevado en sus brazos y le tenia tanta ley. Yo aturdido con aquellas tan terribles conminaciones, recordando los encargos de mi moribundo padre, y deseando poner fin á una escena tan desagradable, opté en aquella disyuntiva por el *criado antiguo*, y despedí á la afligida doncella con una buena propina y algunas palabras de consuelo.

Omito referir otros muchos lances en que me proporcionó el buen Julian, á fuerza de celo, disgustos y compromisos, y me contentaré con decir: que en la comida, en el vestido, en las horas y mé-

todo de vida, en el manejo de mis negocios, en todo se mezclaba el *criado antiguo*. Yo haciendo unas veces su gusto, otras el mio, aunque son las menos, contemporizando con sus rarezas, y disculpando sus impertinencias, he sufrido indulgente tan imprudente censor, haciéndome cargo de que al fin es *criado antiguo*, que me tiene *mucha ley*, y que hace cuarenta y cinco años que está *comiendo el pan de mi casa*, hasta que ya el otro dia, con motivo de ser el de mi santo, me jugó una el diablo del viejo que no he podido perdonarle.

Habia yo convidado á mi amiga Eusebia, que es una viudita jóven á cuyos pedazos soy un tanto cuanto aficionado, á que honrase mi casa acompañándome á almorzar; y aunque me costó mucho trabajo vencer su resistencia, cedió al fin bajo la condicion de ir por el bien parecer acompañada de su primita Lucia. Yo acepté la capitulacion y aun añadí para quitar todo escrúpulo, que se completaria la cuádruple alianza con la asistencia de mi amigo Cárlos, el oficial mas alegre, mas decidor y sobre todo mas amigo de que le conviden á almorzar que hay en la guardia real de todas armas. Sin embargo de estar las cosas tan bien dispuestas, y de que entre cuatro personas que almuerzan juntas nada puede sospecharse contra la moral ni el decoro, me guarde bien de comunicar mi proyecto al viejo Julian, temiéndome que hiciera alguna de las suyas y me lo echára todo á perder. Con este miedo me levanté muy de mañana, y fui en persona á comprar lo necesario para obsequiar á mis

convidados, ideando pillar de sorpresa á mi cómitre, de suerte que hubiera de contentarse con gruñir un poco, pero sin poder estorbarnos el inocente almuerzo que él llamaria loca francachela.

A cosa de las diez fué cuando pude llegar de vuelta á mi plazuela de Aflijidos con un mozo portador de mis provisiones. Entro, subo volando la escalera, seguro de que las damas aun no habrian llegado; pero un funesto presentimiento que me inspiró el semblante de Julian al abrirme la puerta, me hizo preguntarle si habia estado alguien á buscarme.

— Dos mugeres (contestó el viejo) asi... mala traza: dos busconcillas.

— ¿Qué estas hablando Julian? ¿Qué les has dicho? añadí yo todo sobresaltado.

— Figurándome que vendrian á sonsacar á V. ó á pedirle una limosna, les he dicho que habia V. ido á almorzar con su prima.

— ¡Con mi prima!

— Sí señor; y que naturalmente por allá se quedaria V. hasta la noche.

— ¡Miserable! Me has perdido.

Sin pensar en otra cosa bajo de un salto la escalera, corro en casa de Eusebia; no la encuentro; voy á la de Cárlos, tampoco. Vuelvo á la mia y al mismo tiempo entraba en ella el respetable amigo que me habia hospedado á la muerte de mi padre. Dos horas mortales empleó en su visita, en cumplimentarme, en desearme los dias mas felices, en ponderar las riquezas y virtudes de mis antepasados (aunque

ni de unas ni de otras he sido heredero) y en congratularse de que tuviera á mi lado un criado antiguo tan fiel y leal; Dios le confunda, decia yo para mí. Concluida esta eterna visita recibi dos billetes á un tiempo, ambos muy lacónicos; ambos muy satisfactorios; hélos aqui:

«Señor mio: si V. es tan indiscreto que ha pensado burlarse de mi, despues de haberme espuesto á un sonrojo con sus criados, que no son á la verdad de los mas corteses, se ha equivocado. No estrañe, pues, que no reciba mas en mi casa á quien no me ha recibido en la suya, despues de haberme violentado á ir á ella.»

El otro decia:

«Amigo mio: Ya que eres tan botarate paga la pena. Tu dama está furiosa, y rabiando de zelos; yo admirado de tu estraña conducta, fuí á tu casa y no hallandote en ella, salí sin ánimo de volver por no romperle el alma al Matusalen de tu criado.»

Leer esto, y encaminarme á buscar á Julian todo fue uno. En lo mas estrecho de un pasillo dí con el pobre viejo, y cortándole la retirada me abalancé á él poseido de todo el furor, que me inspiraba la vista de un hombre que de un solo golpe me habia dejado sin amigo, sin amante y sin almorzar. Allí fue el reñirle, el imprecarle, el denostarle; allí fué el recordarle las fechorías atrasadas, y jurar que me las habia de pagar todas juntas. Por último, apurado el diccionario de los improperios y llegando á su colmo la reaccion; me declaré á mí mismo emancipado é

independiente, y le intimé que en el acto cesaba en su tutoría y quedaba reducido á las funciones de simple criado.

Fenecida la revolucion y serenada la borrasca, me puse á escribir la relacion de este suceso que podrá servir á muchos de escarmiento; y concluyo deseando á VV. que les libre Dios de caer bajo el poder de un criado antiguo.

VII.

JUGUETE

DIRIGIDO Á UN PERIÓDICO EN MARZO DE 836.

SR. EDITOR:

La aficion que por inspiracion de mis buenos principios de educacion (poco comun en nuestra nacion) he tenido siempre á la instruccion, y á cuanto pueda adelantar la perfeccion de mi natural razon, ha dado ocasion á que mi poca ó mucha erudicion haga una observacion, de que nace la cuestion que presento á esa redaccion, por si su penetracion puede darle una solucion de completa satisfaccion. Siendo mi favorita ocupacion la diaria leccion de los escritos cuya cuotidiana impresion, publicacion y circulacion se dice, y no sin razon, que tanto ilustra este siglo de progresion, he notado, (aunque acaso será aprension) que aun aquellos de mas pura diccion, y mas corriente locucion, tienen tal predileccion, por llenar cada oracion de nombres acabados en *on*, que apenas hay frase ó espresion que ocupe medio renglon que no tenga de ellos una gran porcion. Hecha esta reflexion no ha habido conside-

racion capaz de mover mi corazon á desechar la tentacion de pedir á V. sobre esto una esplicacion. Si este continuado son, que suena algo á tamboron, no merece su desaprobacion, aunque tanto ha llamado mi atencion, prometo sin mas precaucion; que en la primera produccion que yo tenga la pretension de escribir en un rincon de cualquier periódico papelon, los acabados en *cion*, *ion*, y *on*, se han de acumular sin ton ni son, y venir todos en procesion hasta poder llenar un seron. B. L. M. de V. y se ofrece á su disposicion — El suscritor HILARION CENTURION, oficial de la seccion de centralizacion de la comision de la direccion de amortizacion.

VIII.

REGLAS PARA TRADUCIR.

(Publicado en setiembre de 833.)

APARTAOS de aqui, miserables; turba malhadada de puristas; apóstoles intolerantes de la lengua mas bárbara que se ha hablado en el mundo desde la burra de Balaan hasta nuestros dias: volved á vuestros sepulcros sombras tenaces de los Herreras y Garcilasos; de los Solís, Marianas, Granadas y Leones; vuestra esperanza es vana; nada podreis hallar en este artículo que se acomode á vuestras ideas ni sea conforme con vuestro necio rigorismo....

En efecto, lectores mios muy amados, ya se fueron; ya van corriendo á puto el postre por esas escaleras abajo: aterrados sin duda con mis palabras, me habrán tenido al oirlas por traductor del arte poética de Boileau, de alguna novelita inglesa, ó cuando menos, menos, del Buffon adiccionado por Cuvier.... Dejémoslos huir despavoridos; y ya que hemos quedado solos los modernos, vamos al caso.

Algunas reglitas breves y compendiosas (porque lo que no es breve y compendioso no es del dia), hijas de mi talento y esperiencia, serán el objeto de

este escrito. Y ante todas cosas, empiezo por declarar á ustedes que yo estoy autorizado para darles reglas y preceptos: lo primero, porque me da la gana, que es una razon poderosísima; y lo segundo, porque sabiendo menos que todos, soy por consecuencia el que debo hablar y escribir mas que todos en tono magistral y decisivo, pues con tomarme la molestia de poner á la cola de este artículo una Q. ó una R..., ó la letra con que mi nombre comienze, ya estamos despachados. Adelante.

Llámase traducir: escribir en España (no en español) alguna cosa parecida á lo que diga un libro frances. Digo en frances, porque de otros idiomas, ni se estila, ni propiamente se puede llamar traducir (1). Bien mirado, el traducir es un arte mecánica, y para ejercerla, no hay mas que observar las siguientes reglas.

Se pone el papel delante, la pluma en la mano derecha (por supuesto), el diccionario bajo de la izquierda, para ir volviendo las hojas y buscando voces, y el original al frente.

Colocado asi el operante, lee la primera palabra del autor, y sin pararse á meditar la correspondien-

---

(1) Si el original frances se ha traducido del ingles, se dá á la version castellana el nombre de traduccion por tabla; ó por dos ó por tres tablas, segun los idiomas que hubiere recorrido. Dicese tambien traduccion elevada á la segunda, tercera ó cuarta potencia; de suerte que la mejor será la que se halle elevada á N—1.

cia ó definicion, que esto seria obra larga, se contenta con la primera voz de ella, y la escribe en el papel, repitiendo esta operacion desde la primera hasta la última sílaba del libro que intenta traducir, y cátatele sin mas ni mas traducido, y en disposicion de ir á la imprenta.

Advertencia: se esceptuan de la regla de buscar en el diccionario los nombres que empiecen con letra grande, ó que parecieren algo estravagantes, que estos no hay que buscarlos, sino cuando se tropieze con algunos de ellos como William, Jhon, Genéve, Bordeaux, Nord, Ouest, escribir en la traduccion William, Jhon, Genéve &c.

Item mas. Si el que aspira á ser traductor profesa la medicina, busque para traducir alguna obra de fortificacion; si es teólogo, dediquese á los tratados de matemáticas; si militar eche mano de los de jurisprudencia y economía politica, *et sic de cœteris.* De esta regla son escepcion las piezas dramáticas, que esas estan al alcance y bajo la jurisdicion de todo fiel cristiano, sea ó no literato ni poeta, y aun cuando no hubiere leido en su vida una sola comedia, ni asistido jamas á los teatros: teniendo ademas la ventaja de que en punto á comedias hay facultad para decir que estan, no traducidas, sino *tomadas* del teatro frances; ó que *la escena francesa nos ha suministrado el argumento*, &c. &c.

Con estos pocos y sencillos documentos, y algunos otros que va proporcionando la práctica, se llega en poco tiempo al pináculo del saber; se enriquece

nuestra lengua, nuestra literatura, y lo que es mas nuestros bolsillos. Por esta pauta se fraguan diariamente infinitas elegantísimas traducciones, tales, que si resucitara Cervantes, y por ellas pasara un rato la vista, pudiera muy bien ahorrarse Alcalá de Henares la paga del escultor que diz que está trabajando su efigie, porque el mismo mismísimo Miguelito se quedaria hecho una estátua de admiracion y pasmo.

Y digo yo ahora: ¿habrá quien niegue nuestros adelantos? Porque vengan Vds. acá: si yo hablo un lenguage que no entienden los que hablan el castellano, ellos no saben lo que yo; luego yo se mas que ellos. Esto es claro. Ademas, que está probado, que no solo las traducciones sino cuanto ahora se escribe es bueno, bonísimo, óptimo y escelente: y si no basta mi palabra apelaré al Correo Literario. En la rigorosa é imparcial censura que este papel ejerce, en la seccion titulada *Boletin bibliográfico*, continuamente está prodigando alabanzas, elogios, encomios y panegíricos á todos los autores, autorazos, autorcillos, y autorcetes que dan á luz sus garrapatos. Es verdad que segun yo creo, todo ello no es mas que ironía maliciosa y picaresca porque tras de una aprobacion soplar una R. (1) parece cosa de pulla.

Concluyo, pues, repitiendo que el traducir es oficio llano, facil, de extraordinaria honra, y de

---

(1) Con esta inicial se firmaban aquellas críticas; letra tan temida en las universidades.

muchísimo provecho. Que por mas que clamen y se alboroten los que se llaman sabios, no hay que hacerles ningun caso; sino dejarles gritar, y vamos adelante. Con esta impavidez y constancia han admirado al mundo y vendido, muy bien sus obritas los traductores de.... Pero callemos y no saquemos á nadie á la vergüenza. Por esta escuela, y segun estos principios, pueden llegar á leerse en el anuncio de una *novela histórica original* (1) (¡bravo potage!) las siguientes palabras « El argumento.... es totalmente verdadero.... La guerra de la independencia, de que él es tomado (¿que tal?) se reproduce (estamos frescos) con la respetable memoria de los alumnos de Belona.... y si esta historia se considera en el órden de novela, debe llamarse con toda justicia original por ser en su género un invento absolutamente nuevo... » Yo lo creo; y aun este lenguage es tan original y tan nuevo para mí, que me he quedado en ayunas del período.

No importa; seguid hijos mios, seguid adelante. Nada temais. ¡Muera el castellano! ¡Muera sin remedio! y á los que intentaren defenderle, seguirle y cultivarle, declaremos guerra abierta, persecucion horrible, no menos justa ni tremenda que la que los Emperadores gentiles suscitaron contra los sectarios de un culto estraño y enemigo de los dioses del imperio.

---

(1) La española misteriosa.

IX.

AL BUEN-RETIRO.

SÁFICOS-ADÓNICOS.

Dulce Retiro, delicioso albergue;
Donde la vida de mi vida mora;
Grato recinto para mi dichoso,
Yo te saludo.
Yo á las orillas de tus claras fuentes,
Yo al verde prado de menuda grama,
Fieles testigos de mi amor primero,
Vuelvo gozoso.
Cuando en el soto de olorosas flores,
Cuando á la márgen de arroyuelo claro,
Sienta en el pecho de felices dias
Dulce recuerdo;
¡Cuánto en el alma, de placer nacido
Grato entusiasmo sentiré moverse!
¡Cuántas alegres bañarán mis ojos
Lágrimas tiernas!
Y embebecido, de mi dueño al lado,
¡Cómo las horas pasaré con ella
Bajo del olmo que nos dió otro tiempo
Plácida sombra!

Bajo del olmo que grabado tiene
De mi adorada por la mano bella
Mi propio nombre, y á su lado dice:
« Ámote solo, »
Dulce Retiro, si en tranquila noche,
Cuando preside la argentada luna,
Y levemente la enramada agita
Céfiro blando,
Oyes el eco de laud suäve,
Oyes el eco de amoroso acento;
Mio es el canto que á mi ninfa lleva
Tiernos suspiros.
Y si la vieres que agitada escucha,
Y que el aliento, por oir, detiene,
Dímelo..... y dime si los dioses altos
No me lo envidian.

X.

LA VIDA

DEL HOMBRE MALO (1).

(Publicado en mayo de 1836.)

En dos cuartos, en dos, el pliego de aleluyas finas.... ¡Ay qué aleluyas que trae el ciego!..... Vamos, muchachos, las aleluyitas nuevas: ¡ay qué bonitas, iluminadas!..... A dos cuartos..... á dos!

— Ciego. — ¿Quién llama? — Venga un pliego. — Vengan dos cuartos. — Ahi están. — Allá va el pliego.

VIDA DEL HOMBRE MALO.

— Nace el hombre malo en una noche de truenos.

— Su madre le pone á escribiente de procurador.

— Engaña á la criada con palabra de casamiento, y huyé con ella.

---

(1) La imitacion que se hace en este artículo será mejor comprendida por los que han visto en Madrid las que llaman *aleluyas* para jugar los muchachos, y son unas estampitas en que se representan varios asuntos ó historias, sagradas ó profanas, morales ó indecentes. Una de estas co-

— Se pone á servir á un canónigo.

— Delata á su amo á la inquisicion.

— Entra de page de un inquisidor.

— Roba al inquisidor, y le asesina.

— Le llevan á presidio.

— Huye de presidio, y se va con Riego.

— Alborota en la sociedad Landaburiana, y roba un reloj.

— Asesina al cura de Tamajon.

— Sale voluntario á campaña, y se pasa á Bessieres.

— Canta la *pitita*, y apalea á los liberales.

— Entra voluntario realista y en la policía secreta.

— Gasta levita, y fuma ricos habanos.

— Le echan de los voluntarios realistas, y sigue de espía.

— Se sublevan los realistas, y él va al cuartel contra ellos.

— Quiere alistarse de urbano, y no le admiten.

— Gasta bigote y perilla.

— Gran degollina de frailes.

— Riñe con un tabernero y le mata, llamándole carlista.

— Va á gritar á las galerías de las Córtes.

— Apedrea el coche de Martinez de la Rosa.

— Se alista por fin de nacional.

---

lecciones se titula «Vida del hombre malo", y todas son claro indicante del atraso de nuestro pais en artes y letras. Cada *aleluya* representa una escena, y tiene por bajo un rótulo que la esplica; y es lo que se ha querido imitar aqui.

— Se alborotan los nacionales en la Plaza, y él se esconde.

— Concurre al café Nuevo.

— Va á las Córtes para aplaudir á un ministro.

— Le hacen cabo del resguardo.

— Le pagan todavía porque grite en las Córtes.

— Sale expulsado de la Guardia nacional.

— Pone su firma en una representacion.

— Lee el *Nacional* en una barbería.

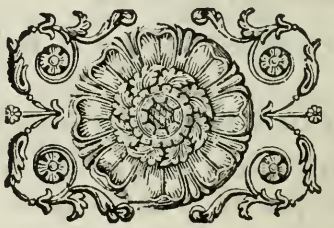
— Asalta con otros la imprenta del Jorobado, y quema algunos números.

— Le dan mas dinero, y él ya no quiere gritar.

— Sale borracho del café.

— Se cae con la mona, y se estampa los sesos contra una esquina.

— Entierro del hombre malo.



XI.

LA FORTUNA

Y LA DESGRACIA (1).

(Publicado en mayo de 1836.)

PENSARAN ustedes que es cosa fácil y corriente distinguir el significado de estas dos palabras; que todo el mundo sabe lo que es *fortuna* y lo que es *desgracia*, y que cualquiera puede decir de lo que le acontece, esto es mi *desgracia* ó mi *fortuna?* ¡Error grave! ¡Notable equivocacion! Ademas de que el hombre nunca sabe lo que le conviene (y esta es máxima cierta de rancia filosofia), la cosa de poco acá, está mucho mas embrollada de lo que parece. Hace cincuenta años solia decirse: «he tenido la *fortuna* de sacar un terno á la lotería: he tenido la *desgracia* de romperme una costilla; por *desgracia* he perdido á mi padre; por mi *fortuna* se ha

(1) Se hizo tan de moda en la tribuna y en los periódicos la frase de «por fortuna ó por desgracia", que pareció conveniente aplicar el látigo de la sátira á tan ridículo esrivillo.

muerto mi suegra, &c. » Pero estas eran espresiones de gente ignorante y poco reflexiva, todavía muy distante del estado de cultura y ciencia á que en este siglo hemos llegado.

Ahora, muy al contrario, la cuestion de la desgracia ó la fortuna queda siempre por resolver, y como quien dice, para el curioso lector; pues no es un grano de anís eso de ponerse un hombre á decidir de ligero, por ejemplo, si ha sido desgracia ó fortuna el haber emigrado ó haberse quedado por esta tierra y dejarse ahorcar; si ha sido fortuna ó desgracia el lograr un empleito de cuatro ó seis mil duros, en lugar de permanecer cesante sin clasificacion, y otras alternativas semejantes, capaces de hacer dudar y dejar perplejo al hombre de mas caletre.

En comprobacion de que esta perplejidad es muy general y muy fundada, no hay mas que atender á lo que sucede. Sube un orador á la tribuna, y comienza su arenga de esta suerte · «señores, ya que por mi fortuna ó mi desgracia he visto premiados mis relevantes méritos con un gobierno civil que por fortuna ó por desgracia de la provincia X..... estoy ejerciendo, no se estrañará que apoye con mi sufragio (*como quien reza un Pater-noster*) á las excelencias del banco negro..... (1) &c.»

En seguida toma otro la palabra, y dice asi:

---

(1) Sabido es que en el Estamento de Procuradores los bancos de los ministros se llamaban asi por estar forrados de un terciopelo muy oscuro.

«Entre los individuos ministeriales de que por fortuna ó por desgracia abunda tanto este Estamento, creyendo que el hacer la oposicion es poner embarazos al gobierno, yo que por mi fortuna ó mi desgracia no soy capaz de embarazar.....» &c., &c.

Levántase en seguida un señor Ministro, y no deja de encajar este introito: «Mi digno amigo, el señor preopinante que acaba de poner á los ministros como ropa de pascua, me permitirá contestar, que cuando por mi fortuna ó mi desgracia vine á ocupar este puesto; traté de corresponder al anhelo que por fortuna ó por desgracia manifestaron los pueblos; mas ya que por desgracia ó por fortuna todavía llevamos la cosa adelante..... &c., &c.»

Esto sí que es hablar con acierto y filosofía; ademas de la elegancia de la frasecilla y aquel no-sé-qué encerrado en ella que deja suspensos los ánimos de los oyentes, y da márgen para que cuando cada uno se vuelva á casa, se ponga á meditar si será fortuna ó será desgracia lo que dijeron aquellos buenos señores, y aun si será desgracia ó será fortuna el oirlos hablar y el que ellos hablen. Lo cierto es que tanto se ha generalizado el estrivillo, que anoche iba un muchacho por la calle dando golpecitos con una peseta sobre un jarro, y cantando al compás la siguiente copla:

Por desgracia ó por fortuna
Perico dió un beso á Juana;
Ella le volvió una coz
Por fortuna ó por desgracia.

XII.

EL NO HACER NADA.

(Publicado en marzo de 1834.)

Suele decirse comunmente que lo que hace un hombre, lo hará otro si se empeña en ello, y los sectarios de esta opinion se fundan en que las fuerzas físicas y las facultades morales del hombre son susceptibles de tal aumento, de tal dilatacion, digamoslo asi, que cualquiera puede generalmente hablando, desarrollarlas con el trabajo, la aplicacion y la constancia en términos de alcanzar adonde cualquiera otro hubiera llegado. Yo concederé á los que asi discurren que á pesar de la enorme diferencia que hay entre mi fuerza muscular y la de un robusto atleta, acaso, acaso hubieran conseguido muchos años de ejercicios gimnásticos, disponer y fortificar mis miembros en tal manera que me hallase tan capaz de vencer á otro en la lucha y el pugilato como inhabil estoy ahora para menear una silla sin grande esfuerzo. Tambien les concederé que si desde la infancia me hubiera dedicado á sondear profundamente los ramos de que se componen los conocimientos humanos, qui-

zá se habria mi nombre eternizado á par de los de Aristóteles, Platon, y otros. Callo las razones que contra esta posibilidad pudieran acumularse á millares, y para probar el grandísimo error que encierra la opinion vulgar ya citada, me contentaré con decirles que aun cuando todo mi conato y todo el esfuerzo de que soy capaz se dirigiesen á imitar, no que á igualar, á cierta casta de gentes, me seria imposible de toda imposibilidad, por mas que me empeñase en ello.—¿Pues que especie de gentes son esas, me preguntarán Vds., y que es lo que hacen?—¿Qué es lo que hacen? ¡ahí es una friolera! ¿Qué es lo que hacen?... *No hacer nada.* ¿Les parece á Vds. que es poco dificil esto para mi genio? Dificil digo, y cuidado que no hablo de chanza, porque en mi inteligencia es preciso no solamente un estudio sério y una larga costumbre, sino tambien estar organizado especialmente para no hacer nada. Tal es mi parecer, y tanto lo que yo observo á esta clase de hombres holgazanes de profesion, que los miro como una especie de prodigio, como unos entes admirables en que la sabiduría del Criador ha querido hacer alarde de su omnipotencia, dándoles por caracter distintivo la inmovilidad de cuerpo y alma, asi como en contraposicion dió á la hormiga y á la abeja la laboriosidad, la actividad y la industria.

De estos los hay de todas clases, estados y condiciones; pero la providencia parece que los destinó con especialidad para mayorazgos, oficinistas, ó donados de los conventos. De estos los hay que cuentan

años y mas años sin haber hecho, dicho, ni aprendido una cosa nueva. Su cuerpo come, bebe, duerme y pasea alternativamente por efecto de la costumbre y su alma de la misma manera vé, oye y percibe las demas sensaciones de que absolutamente no puede dispensarse; pero sin que una idea excite otra idea ni haya entre ellas comparacion de que pueda resultar algun juicio. De estos se encuentran á bandadas en la puerta del Sol en dias serenos, con el cigarro en la boca, que es su peculiar distintivo, formando corro alrededor de uno que habla, y sin saber que es lo que dice ni porque le escuchan. A cierta hora se van á comer porque el estómago les avisa, y por la tarde llegan maquinalmente á un café, en donde repiten la escena de fumar y oir hablar, si es que hay quien hable. Despues suelen descolgarse al Prado, en donde un instinto de imitacion los trae y los lleva de Neptuno á la Cibeles por cierto espacio de tiempo que pudiera contarse por cierto número de cigarros. A la noche trasladan su vegetacion á alguna casa, donde gastan del mismo modo dos ó tres horas y cuatro ó seis cigarros, y al cabo de ellos, el mismo natural impulso que lleva á los topos á encerrarse en sus madrigueras, los conduce á cenar y acostarse para hacer dormidos lo mismo que han hecho despiertos con muy corta diferencia.

Pues hombres de esta calaña tienen por lo regular cuantiosas rentas, destinos descansados con buenos sueldos, padres ó tios que los mantengan, apoyo y proteccion decidida, y tanta fortuna para sostenerse

en esa vida pacificamente holgazana, como desgracia, persecucion, desprecio, abandono, émulos, envidiosos y enemigos suelen tener los hombres aplicados, estudiosos, activos, laboriosos, instruidos, ingeniosos y útiles. Si hay quien no me crea, á la esperiencia me atengo, y que me digan despues de observar un poco si yo he exagerado algo en lo que llevo dicho sobre la calidad y el número ds estos ociosos *á nativitate* de quienes pudiera decirse á imitacion de Quevedo, que

Solo un quehacer les agrada,
Que es hacer por *no hacer nada.*

XIII.

LAMENTOS

DE

UN PASTOR ENAMORADO.

(INÉDITA.)

Llorad conmigo, pastores,
Los que estais enamorados,
Llorad.
Mirad en mí los rigores
De amor, todos empleados,
Mirad.

Yo idolatro á una pastora
Mas que al alma y á la vida,
Pastores.
Ella dice que me adora,
Y que vive consumida
De amores.

Yo la libertad perdí,
El sosiego y la alegría
Por ella.
Arderme de amor sentí
Al mirarla cada dia
Mas bella.

Sus dos ojos celestiales
Mi corazon penetraron,
Y vieron
Que de ellos los fieros males
Que mis tormentos causaron
Vinieron.

De entonces, viendo mi pena,
Mostróse á mi padecer
Piadosa:
Y mi alma, de amor llena,
De entonces empezó á ser
Dichosa.

¿Qué hiciste, pastora bella?
Delicia del alma mia;
¿Qué hiciste?
¿No viste la dura estrella
Que insana me perseguia?
¡Ay triste!

Matárame tu desden,
Matárame tu rigor;
Pastora.
No suspiráras tambien
Como el que ardiendo de amor,
Te adora.

Acuérdate de aquel dia
Que al pie de un alto ciprés
Te dije:

"Pastora, si no eres mia,
Aqui moriré á tus pies:
Elije."

Tu mano entonces me diste,
Queriéndome levantar
Del suelo:
Beséla ¡ay Dios! y me hiciste
Desde la tierra pasar
Al cielo.

Pastora, desde aquel dia
No sé lo que siento en mí;
Padezco
Al verte, fiera agonía;
Y estando lejos de tí,
Fallezco.

Conozco que soy amado,
Conózcolo, bella mia;
Sí, á fé:
Mas ¿de qué sirve, si el hado
No muda mi suerte impía?
¿De qué?

Jamás de verte mi esposa
La dicha me alcanzará
Mi suerte;
Y pena tan congojosa
Bien pronto terminará
La muerte.

¡Ah! Y aun entonces mi suerte
Contemplaré mas dichosa,
Sí; cuando
Mi espíritu alcance á verte
De mi sepulcro en la losa
Llorando.

Y en las moradas eternas,
Al contemplarte mi alma,
¡Oh hermosa!
Harán tus lágrimas tiernas
Que goce perpetua calma
Dichosa.

XIV.

HERNAN PEREZ DEL PULGAR

el de las hazañas.

BOSQUEJO HISTÓRICO

por D. Francisco Martinez de la Rosa.

(Publicado en marzo de 1834.)

La fama de los pasados
Reprehende á los presentes:
Ya tales somos tornados,
Que el mentar los enterrados.
Es ultraje á los vivientes.

ESTA inscripcion que se halla en el sepulcro del conde D. Pedro Ansures, existente en Valladolid, ha colocado el autor de este *bosquejo histórico* en la portada de su obra, como que manifiesta bien el objeto y la utilidad de ella. En efecto; si de algun modo puede excitarse el ya amortiguado brio español, si es posible contener algun tanto la decadencia del valor y honradez que un tiempo formaban el carácter de los hijos de esta nacion privilegiada, solo será desenterrando la memoria de aquellos heróicos mode-

los que ensalzaron nuestro nombre, esclareciéndole y abrillantándole en tal manera, que apenas el olvido de tantas hazañas y virtudes ha podido borrar del todo el prestigio y fama que con tanta mengua nuestra nos empeñamos en desmentir mas y mas cada dia.

Pero este retrato histórico de Hernándo del Pulgar, en nada se parece á esas *novelas históricas*, género monstruoso resucitado, si no creado, por algunos ingenios que en él malgastan sus bellísimas y acreditadas disposiciones. Con sus libros fatales dañan á la historia, porque adulterando los hechos y delineando retratos caprichosos de personas, y cuadros ideales de costumbres, forman en las cabezas ignorantes un caos, una confusion de ideas que dificilmente podrán ya desembrollar. Dañan á la literatura, porque ni sus composiciones son verdaderas novelas, ni poemas, ni aun tienen la pureza de lenguage y elegancia de estilo que resplandecen en el Amadis de Gaula. Dañan tambien á las costumbres, porque no son los que presentan á la juventud modelos dignos de imitarse, ni jamás por el carácter falso de uno de sus héroes, podrán formarse otros que alcancen eterna fama para sí, para su edad y para su patria.

El señor Martinez de la Rosa, por el contrario como quien sabe que en los géneros conocidos puede hallar recursos un ingenio claro, y una imaginacion fogosa, sin que sea obstáculo para su vuelo seguir el camino trillado por los grandes maestros, y como quien no ignora que el fin principal de todo escrito ha de ser la utilidad moral, ha dado al público con

el título modesto de *bosquejo histórico*, una de las producciones que mas honran su pluma á nuestro parecer.

Entusiasmado el corazon sensible del autor al ver representar en Granada su patria el *Triunfo del Ave Maria* (como que el hacerlo anualmente es allí costumbre inmemorial) "aparecer en la escena á Hernando del Pulgar (son sus palabras) penetrar en el seno de una capital enemiga, y pegar fuego con un hacha encendida á mezquitas y plazas, saliendo sano y salvo entre la confusion y el tumulto, aplaudió con buen ánimo el celo del poeta en presentar á la vista del público hechos tan portentosos para realzar la gloria castellana; pero le quedó el escozor de que fuese parto de su inventiva, contando sobradamente con la indulgencia de los espectadores." Bien pronto se disiparon estas dudas cuando en fuerza de la diligencia y celo mas constantes, y por la bondad con que franqueó su archivo el señor marqués del Salar, actual poseedor de la casa de los Pulgares, comenzó á hallar el señor Martinez de la Rosa monumentos preciosos y auténticos, que con los rebuscados en otros archivos, secretarías, bibliotecas y académias, forman por apéndice de la obra pruebas irrecusables de su narracion. Así, con el convencimiento de la verdad de los hechos, encuentra el corazon tal deleite, y se abandona con tal placer á admirar y estimar al héroe de la historia (gran falta de las fabulosas) que es imposible una vez comenzada su lectura dejar de seguirla hasta la postrera página.

El lenguage es puro y castizo: esto no habia que

decirlo, pero si hay que añadir la observacion de que el autor convencido sin duda de que aquellas esclarecidas hazañas no merecen ser tratadas en el habla de los castellanos degenerados, se retira todo lo posible de la era presente, y tomando en edad menos remota y discordante de su objeto la lengua hermosísima de nuestros padres, la maneja de un modo incomparable, y descubre su gala y lozanía toda, consintiendo mas bien tal ó cual arcaísmo que el uso de las palabras nuevas que pudieran manchar su escrito lastimosamente. El estilo está lleno de bellezas, la narracion es encantadora, la crítica á cuya brillante luz se examinan los hechos, imparcial é ilustrada, la historia tratada con la oportunidad conveniente y con el tino propio de tal crítica. La amenidad y dulzura sobre todo llevan suspenso el ánimo desde el primer período, y las pinceladas maestras con que se retrata al incomparable Hernando, dejan en el alma una copia indeleble de tan peregrino original.

Acompañan á esta obra las memorias ó *breve parte de las hazañas del Gran Capitan* escritas por el mismo Pulgar, testigo é interesado en casi todas ellas; escrito preciosísimo en cuya reimpresion se hace á la gloria de aquellos dos héroes un eminente servicio.

¡Ah! ¿Por qué no han logrado todos los castellanos ilustres un Plutarco como el señor Martinez de la Rosa?

Sus historias escritas como las del héroe del Salar, podrian servir á la juventud de noble estímulo para imitar á tan dignos modelos. Apacentado el tierno co-

razon de nuestros hijos con la lectura de aquellos esclarecidos hechos, sentirian brotar en él el gérmen de todas las virtudes. Aprenderían á ser valientes sin crueldad; virtuosos, sin hipocresía; religiosos, sin fanatismo ni impiedad. Verían como se puede ser guerrero y honrado, enamorado y continente, libre y sumiso al poder legítimo; patriota y obediente al rey; conquistador y liberal, poderoso y humilde; terrible con el enemigo armado y compasivo con el rendido. Verian, en fin, cuales fueron los sentimientos que albergaban en sus pechos hombres como Hernando del Pulgar, y acaso acaso con la memoria de aquellos tiempos renacerian en España otras ideas y costumbres, pues con las que ahora duran no podemos menos de confesar que

El mentar los enterrados
Es ultraje á los vivientes.

XV.

EL DIAMANTE EN BRUTO.

(Publicado en marzo de 1834.)

Yo, que por mi genio adusto, sombrío y melancólico, no tengo amigos ni amigas, ni personas de aquellas á quienes puede hácerse una confianza, ¿con quién desahogaré mi triste pecho? ¿A quién referiré lo que me sucede? ¿De quién podré esperar un consejo saludable? Bien haya aquellos tiempos de Calderon, Solís y Cañizares en que todos los galanes tenian sus amigos leales ó sus criados fieles, á quienes poder relatar la historia de sus amores en un *parlamento* de doscientos ó mas versos octosílabos, en los que de paso que un hombre lucia su habilidad y apuraba un asonante, se desahogaba tambien en narraciones minuciosas y en retratos de su dama. Pero yo, repito, yo que aunque soy D. Antonio no tengo un D. Luis á quien decir con tono ardiente y apasionado:

Supuesto, D. Luis amigo,
Que tantas pruebas de serlo
Teneis á mi afecto dadas,
Con otra pagaros quiero:
Un secreto he de fiáros,
Que solo fiára al vuestro

Mi pecho, despues de haberle
Encarcelado en su seno.
Yo amo á una dama.. mal digo;
Yo amo á un divino portento, etc.

Yo que no tengo un criado agudo, tramoyista y enredador á quien disparar sesenta redondillas como v. gr.

¡Ay amigo Tarambana!
Solo me deja mi suerte
La eleccion entre la muerte
O el logro de mi doña Ana.
En su posesion dichosa
Toda mi ventura fundo:
¿Qué es para mí todo el mundo
No siéndome ella piadosa?

Yo que no tengo persona real á quien embocar esa confianza, ni personage ficticio á quien dirigir esos versos ya que aquí me los he compuesto ¿á quién volveré en tanto apuro los ojos?

Vuelvo á decir que eran alhajas inestimables aquellos amigos y aquellos criados que tanta confianza merecian á los galanes de aquellos tiempos; pero yo, ¡triste de mí! solo tengo en casa un gallego que apenas entiende de cepillar mi *fenix* levita y embetunar mis *singulares* botas, ¿cómo he de irle con redondillas ni con secretos é historias de amoríos? No hay remedio: tendré que escoger por confidente al público, al benigno público que con tanta paciencia sufre las necedades que se le están diciendo cada dia, y podrá ser que en él encuentre quien se duela de mi pena y me aconseje en mi desdicha.

Es, pues, el caso que yo estoy enamorado, loco, perdido, por una muchacha de diez y ocho; y..... tan linda, tan graciosa, tan vivaracha, que me ha trastornado sin mas ni mas el cerebro. Sin embargo, á pesar de mi pasion, no puedo desconocer que mi niña es lo que vulgarmente se llama *un diamante en bruto*: me esplicaré. Una tia suya con quien vive, y que la ha criado desde tamañita, me ha asegurado que la chica tiene un talentazo desmedido, una imaginacion viva, y una perspicacia prodigiosa; "pero como en mis cortos medios (dice la tia) no me ha sido posible darle una educacion correspondiente á su clase, ni pagarle maestros, ni pensionarla en un colegio, ni otra cosa semejante, la pobrecita no es cosa mayor lo que sabe; y eso (añadia) que su disposicion es estraordinaria. Figúrese V. que ella sabe valsar solo de haber visto á las vecinas del cuarto tercero; en una sola tarde aprendió el punto de vainica; y esas dos contradanzillas que toca en la guitarra, y le enseñó un guardia de corps que venia á casa, á la tercera vez que el muchacho le puso los dedos en los trastes, ya daba gusto ver el manejo de la niña." Yo al oir esta relacion me convencí de los talentos de mi querida, y de que solo necesitaban empleo y direccion.

Imbuido en esta idea, formé el plan de ilustrarla, para lo cual me propuse darle algunas lecciones de geografía, proporcionarle libros de historia, y enseñarle sucesivamente el francés y el italiano, procurando al mismo tiempo hacerle tomar algun conocimiento de la música. Con efecto, la comuniqué este

proyecto, y ví con satisfaccion que ella se prestaba gustosa; sobre todo me rogó mucho que la llevase alguna historia, porque decia ella, que tenia mucha aficion á esta clase de lectura. Yo viendo esto compré aquel mismo dia, y le regalé el compendio de la historia de España por Escosura, y quedamos convenidos en que todas las noches leeriamos un rato despues de haber dado leccion de geografía.

A pesar de tan buenos propósitos una sola vez se verificó este plan y en aquella ocasion noté con disgusto que mi niña no era muy buena lectora, porque mascullaba de tal modo los vocablos, y hacia tal trocatinta de sílabas y letras, que era una compasion. Lástima me dió el ver tal descuido en la educacion de una jóven y tan linda como ella; pero llevado de mi cariño me resigné á trabajar en enmendar aquel notable defecto, haciendo de ayo y maestro de primeras letras (¡tanto es lo que la quiero!) A la noche siguiente no hubo leccion, porque la señorita estaba acabando unas medias caladas para su tia; pero me aseguró que todo el dia habia estado leyendo en *la historia* como ella decia, y me preguntó entre paréntesis si era aquella historia mas bonita que la de Pablo y Virginia. Tampoco á la siguiente noche se hizo nada, ni aun en el resto de la semana, hasta que el domingo quejándome yo de tal inconstancia, me aseguró la niña que en aquel momento dariamos leccion si queria, con tal de que la permitiese antes quitarse los papillotes para quedar desocupada. Yo condescendí en ello, aunque no fuese mas que por presenciar la construc-

cion y arreglo de aquellos rizos encantadores que tantas veces me embelesaban. Acércome al tocador; principia la operacion prolija, y aquellos dedos de alabastro van con ingenioso artificio transformando en graciosos tirabuzones las sortijillas de oro que un momento antes se hallaban envueltas como ciruelas pasas (aunque no es muy poética la comparacion), Estaba la niña de buen humor, y viéndome tan embobado, comenzó á tirarme á la cara los papillotes; cogílos yo entonces para hacer otro tanto con ella, cuando reparando que eran de papel impreso empezé á leer algunos por mera y acostumbrada curiosidad. Pero cual fue mi sorpresa cuando desenvolviendo el primer papillote veo en él las siguientes palabras. "Heredó el trono de Alfonso, mas no las virtudes, su hijo D. Pedro, que contando solo diez y seis años, no tardó mucho tiempo en adquirir por sus hechos el infausto epíteto de *el Cruel.*" No bien lo hube leido, cuando reconociendo en aquel pedazo de papel un maltratado fragmento de mi Escosura, é irritado de considerar el mal empleo de mis libros, ó quizá tambien celoso de ver tan cerca de mi querida á aquel lascivo rey de Castilla, tomé el sombrero precipitadamente y me marché sin despedirme.

Pasado el primer momento, empezé á hacer reflexiones sobre lo ponderados que habian sido por la bondadosa tia los talentos de la sobrina, ó lo viciados que estaban por la mala educacion. ¡Es posible, decia yo para mí, que ha de haber tanto de esto en España! ¡qué nunca se ha de cuidar aquí de educar

á las mugeres! ¿qué haré yo infeliz de mí en la dura alternativa de haber de sofocar mi pasion ó tener que unirme para siempre á una muger que rompe los libros para hacer de las hojas papillotes? Ella tal vez tiene disposiciones naturales, no diré que no es lo que se llama *un diamante en bruto* con efecto; pero qué ¿no basta meterse un hombre á marido, sino que tambien se ha de meter á lapidario?

Por un ministro interpelado que no supo dar razon de un negocio de gravedad perteneciente á su ramo, se dijo el siguiente

EPÍGRAMA.

Nadie gobierna su casa
Como Tomasa mi nuera;
Y de cuanto en ella pasa
Está enterado cualquiera....
Menos mi nuera Tomasa.

XVI.

EX.

(Publicado en octubre de 1836.)

Dunque io sono un ex?
CENERENTOLA.

Pocos ejemplos habrá de fortunas rápidas, aun cuando se busquen en nuestra revolucion ó en nuestra Bolsa, como la de la preposicion latina EX, que siempre tenemos en la boca en estos tiempos. Bien es verdad que ella en sí es significativa y enérgica, y segun los mas diligentes etimologistas, pertenece al lenguage primitivo; desde que el hombre poniendo en ejercicio su facultad de hablar, comenzó á espresar con monosílabos sus principales ideas, EX significa *lo que fue*, *lo que ha sido*, *lo que ya no es*; como tambien un objeto que sale de otro. Véase, pues, cuanta profundidad y cuanta filosofía y cuanta erudicion encierra el celebrado rótulo que se halla sobre una tienda de la calle de Segovia:

EX-LA TIENDA DEL TIO MATEO MANGIRON.

A la palabra EX pudieran aplicarse todas las melancólicas reflexiones que Volney hizo sobre las ruinas, porque el EX por sí solo es una verdadera rui-

na. Y no así una ruina de las de tres al cuarto; ruinas que consisten en una docena de pedruscos, cuatro capiteles de columna, una media cornisa, un poco de argamasa, dura como la cabeza de Calomarde..... No señor; esas son ruinillas despreciables, las cuales nada indican sino que allí hubo un edificio que vino á tierra al cabo de siglos y mas siglos, porque claro es que no habia de durar por toda la eternidad. Pero el EX! Este tiene la virtud de poderse aplicar á las cosas, á los hombres, á lo moral, á lo físico, á lo político, á lo impolítico..... Así ha hecho él tal fortuna, vuelvo á decir, en estos tiempos, en que todo va siendo y dejando de ser succesivamente en un abrir y cerrar de ojos.

Paseen VV. la vista por ese mundo y le verán plagado de EX. Desde Napoleon que murió de ex-emperador, hemos tenido varios ex-reyes, ex-príncipes, ex-deyes, ex-beyes, ex-duques..... En España tenemos el ex-infante D. Cárlos, asi llamado porque fue infante, y él se ha empeñado en no volverlo á ser.

Si de aquí descendemos á los ministros (que solo viniendo de los tronos se puede *descender* á los ministros), contarémos solo en nuestro pais algunos millares de ellos que se pasean con su *ex* por delante, y su medio sueldo, ó lo que sea, por detras. De aquí podremos volvernos á los *ex*-diputados y darnos un hartazgo de ellos en tantas y tantas legislaturas, antes de pasar á la infinidad de cesantes, cada uno de los cuales tiene mas cuidado con su *ex* que con la muger y los chiquillos.

¿Pues qué me dirán VV. del ejército de los *ex*-claustrados, y de la procesion de los *ex*-realistas, sino que parece que manan por todas partes? ¿Cuál será pues el individuo en España que no se honre con un *ex*? Sin embargo de que esto de honrarse tiene sus dificultades, porque hay *ex* de varias especies y en algunos vendria á ser el tomarlo á mucha honra en estos tiempos como hacer gala del sambenito en los de la inquisicion.

Y en los objetos inanimados ¿no tenemos tambien *ex* en abundancia? Ahí están si no, los *ex*-conventos con sus *ex*-campanas, que ya no nos atronarán mas con sus *ex*-badajos, volteando en los *ex*-campanarios á impulsos de los *ex*-sacristanes, y *ex*-monagos.

Sobre todo tenemos un EX, célebre y único en su clase, que campea solo, que atrae las miradas del viajero como la palma del desierto, que inspira pensamientos de tristeza como el alto ciprés plantado en medio de un campo santo.. Es á saber:

¡EL EX-ESTATUTO!

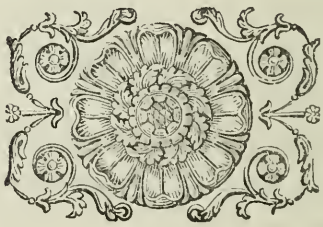
Pero ¡oh dolor! pasará algun tiempo y esa misma tan aplaudida Constitucion de 1812..... ¡ah....! no será ya mas que un EX (1).

---

(1) No hay que asustarse señor fiscal; las Córtes están llamadas á revisar nuestra Constitucion y probablemente la dejarán transformada de suerte que no la conozca la madre que la parió.

Remota. El tiempo ha confirmado la verdad encerrada en la nota antecedente.

¡Oh miseria de esta vida! Todo pasa, todo cambia, todo se muda. Esta tristísima idea encierra en sí la palabra EX, y con solo pronunciarla decimos mas que si repitiéramos aquel terrible *memento homo* del miércoles de ceniza. ¿Quién podrá contener sus lágrimas cuando considere el *ex* aplicado á alguno de sus mas tiernos amigos? ¡Dios inmutable, Dios eterno! Retardadnos todo lo posible la amargura de oir llamar con un *ex* terrible, indicante de una existencia concluida, á ciertos administradores de nuestra hacienda, á los periódicos de cierta laya, á los apóstoles de ciertas doctrinas....! Tú señor, que penetras el fondo de nuestros corazones, sabes con cuanta sinceridad te lo pedimos.



XVII.

HE VISTO CARTAS.

(Publicado en octubre de 1836.)

Era por entonces cuando la division espedicionaria del gefe carlista Gomez habia invadido las Andalucías.

GRANDES noticias! decia entrando en su tertulia D. Facundo Socarra, grandes noticias! — Y todos le iban cercando y reuniéndose, y enmudeciendo y quedando pendientes de sus labios. El taimado D. Facundo, que como buen retórico sabia usar de la reticencia, calló sin decir mas, contentándose con arquear las cejas, fruncir los labios, y mirar en derredor suyo. Al fin el mas atrevido de los concurrentes ¿qué es lo que hay? le preguntó, y los demas le instaron, y él prosiguió de esta manera.

Gomez habrá sido á estas horas derrotado con pérdida de muchos prisioneros. Sus tropas han caido sobre las de Alaix, y las han puesto en completo desórden.

— ¡Como! esclamaron á un tiempo dos ó tres de los oyentes, Gomez derrotado por Alaix; ¡Alaix vencido por Gomez! eso es una contradiccion.

— He visto cartas, repuso Socarra; y continuó con mucha seriedad:

El espíritu de Andalucía, especialmente en las provincias de Córdoba y Jaen, está en favor de D. Cárlos, y su numerosa y bizarra guardia nacional corre por todas partes á las armas llena de entusiasmo al ver la libertad y la constitucion en peligro.

— Pero, señor D. Facundo, interrumpió uno, si está V. ahí diciendo cosas enteramente contrarias....

— He visto cartas, dijo el noticiero. Las ciudades de Málaga y Granada que tanto se apresuraron á hacerse independientes del Gobierno, cuando un ministerio tan imbécil como déspota, intentó hacer á la nacion esclava y víctima de sus planes inicuos, apellidando libertad, gritando constitucion ó muerte, se preparan, no solo á rechazar la turba facciosa, sino á caer sobre ella, y hacerle pagar bien cara la osadía de haber pisado el suelo andaluz. Y es de notar, que amedrentados sus habitantes á la sola noticia de la aproximacion de Gomez, todo ha sido confusion y desórden llegando hasta el punto de que el general Quiroga se vea comprometido y disgustadísimo, sobre todo con la columna espedicionaria.

— Este hombre está disparatando, decian unos y otros se reian á carcajadas.

— No hay que reirse, señores, decia D. Facundo, he visto cartas.

El bravo Escalante que titubeaba entre el deseo de no dar un golpe en vago, y el ansia de venir á

las manos con la faccion, tuvo que ceder á este vehemente impulso y á las instancias y patriótico ardor de los valientes que le acompañaban. Sin embargo, encontrándose con el enemigo á las inmediaciones de Baena, hubo una pequeña escaramuza, en que solo el valor de los soldados de la pátria los libertó de la superioridad del número del enemigo, que evitaron diestramente, sin que haya rastro de verdad en las ventajas que los carlistas han supuesto por parte de la faccion: la cual deshizo á la columna de Escalante poniéndola en completa dispersion y precipitada fuga.

— ¿Pero de donde ha sacado V. esos desatinos? gritó impaciente una vieja.

— De las cartas que he visto, señora mia, contestó D. Facundo á la preguntante, sobre que digo que he visto cartas: y continuó de esta manera.

En Sevilla se hacen grandes preparativos contra los rebeldes invasores, á causa de que la ciudad está en sentido carlista, y los muchos jóvenes que voluntariamente han empuñado las armas ansiosos de defender la libertad, van con el mayor disgusto á reunirse á las demas tropas. Su ardor patriótico y antecedentes sospechosos, hacen esperar que serán el terror de la faccion de Gomez engrosando sus filas, y que este armamento general será mas dañoso que útil, y mas conveniente que perjudicial. Los pocos hombres de opinion carlista que forman la mayoría de aquella provincia rabian de ver tan próximo como cierto el fin de sus necias ilusiones, gozosos y

ufanos de las ventajas conseguidas hasta aqui por los bizarros ladrones y cobardes héroes del deseado Cárlos, infame pretendiente.

En grandes risotadas prorumpieron los de la tertulia oyendo toda aquella máquina de disparates, y D. Facundo Socarra impertérrito y manoteando proseguia en hablar como una tarabilla.

He visto cartas, señores incrédulos, he visto cartas: cartas, que dicen, que como la única causa de haber ido Gomez á las Andalucias ha sido la persecucion esperimentada en Castilla, viéndose alli metido sin saber porque, y conseguido el objeto de sus planes, habia aumentado sus fuerzas considerablemente, quedando reducido á muy pocos insignificantes batallones. Que sus soldados perfectamente equipados, alimentados, pagados y provistos, van en la última miseria y desnudez, cometiendo mil atrocidades en las poblaciones por donde pasan, y sin meterse con nadie absolutamente. Los pueblos que á su aproximacion quedan casi desiertos, le reciben con el mayor alborozo, y los ex-realistas que no pudiendo prever la invasion de los facciosos se estaban de mucho tiempo atrás rejimentando para cuando llegasen, se le van agregando por todas partes, de suerte que á la hora de esta, sus miserables restos....

— Basta, basta, D. Facundo, gritó uno de los tertulianos, que no hay demonios que puedan aguantar tal conjunto de desatinos.

— He visto cartas, clamaba el noticiero, he visto cartas que refieren todo lo que voy diciendo.

— Pues yo he visto otras, replicó el reprochador, en que dicen que V. está loco.

— Tambien lo creo, insistió D. Facundo, como que no hay mentira ni supuesto falso, hecho desfigurado ó exajerado, de que no se reciban mil testimonios cada correo. Porque como las cartas las escriben los que tienen juicio y los que no le tienen, los que son y no son imparciales, y antes bien mas suelen escribir los parciales, los exaltados, los preocupados; como las cartas, repito, son de los que discurren poco y de los que mienten mucho, nada prueba el ver una carta, ni es gran testo el de los que dicen cuando dan una noticia: «He visto cartas.»

— Con qué en resumidas cuentas, V. nos ha querido dar una broma, dijo la señora de la casa.

— Una broma no, replicó D. Facundo, una leccion si; leccion que yo debo á la esperiencia y á la reflexion, y que Vds. harán muy bien en tomar desconfiando de toda noticia, como no tenga mas apoyo ni credencial que una carta.

XVIII.

OCTAVAS.

A la Suerte.

(INÉDITA.)

Sobra el valor en mí, tirana suerte,
Para aguardar sereno tus rigores;
Sobra constancia en este pecho fuerte
Para sufrir pesares y dolores;
Sobra en el alma para no temerte
Costumbre de amargura y sinsabores:
Descarga, pues, tu mano rencorosa,
Que no es para arredrarme poderosa.

¿De qué podrás privar al que gozoso
Vive cual yo con la pobreza oscura?
À quien no es de riquezas envidioso,
Ni en las grandezas cifra su ventura?
Ni de alcanzar renombre es codicioso,
Ni de la fama póstuma se cura?
Ni apetece llegar á edad lejana,
Ni morir teme en juventud temprana?

Todo, escepto la dulce paz del alma,
(Que no es dado á tu empeño interrumpirla)

Todo lo cedo con tranquila calma,
Y en vano te propones combatirla;
Mas si acaso llevar quieres la palma,
Y en tu lucha importuna destruirla;
Prueba á hacerme de Lelia aborrecido,
Y si lo alcanzas, doime por vencido.

Epígrama.

El Filarmónico.

D. JUANITO (*talareando*)

V. que es gran maestrazo,
Don Pedro, ¿sabrá esplicarme
(Pues yo no puedo acordarme)
De quién es este retazo
Que acaba V. de escucharme?

D. PEDRO.

Cantó V. con tal primor,
Segun mi corto entender,
Señor don Juan, que á mi ver,
Si no es V. el autor,
No sé quien lo pueda ser.

XIX.

CARTA

de un viagero estravagante.

(Publicado en mayo de 1837.)

Valladolid 20 de mayo.

Sin duda esperarian VV., amigos y colaboradores mios, que de este pueblo les remitiese curiosas relaciones que insertar en su papel, imitando en ellas el estilo de los viajeros antiguos y de los modernos corresponsales de periódicos; pero yo soy tan desconfiado de este género de escritos, como que creo que es para los que mayor copia de conocimientos son necesarios. Gran fondo de observacion y filosofia ha menester el que viaja, tan solo para aprovecharse él mismo con discernimiento de lo que ve y nota en los paises que recorre, y mas todavía si ha de enseñar á los otros é instruirlos con el fruto de sus viajes; por eso la mayor parte de las historias, cartas, memorias y apuntes de los viajeros, hormiguean en inexactitudes, errores y desatinos, y andan llenos de reflexiones y noticias, cuando menos importunas, y cuando mas descaminadas y sin fundamento. Con sentimiento

recuerdo cómo tropezó en este escollo la aguda é ingeniosa pluma de nuestro malogrado FÍGARO, que cierto quedó muy inferior á sí misma en tal linaje de escritos: y si VV. no han olvidado las cartas que al primitivo *Español* escribió en el año pasado su director ausente, verán como al lado de alguna que merece citarse con elogio, se colocaron otras no tan elegantes ni instructivas.

A estas razones generales se agregan las particulares mias: porque no vine yo á Valladolid (ni á parte alguna pienso ir con tal objeto) á hacer del filósofo y del hombre grande, sino á desenfrailar de mis ocupaciones, y desempalagar de la corte y de la política por algunos dias; y aun á decir verdad, ni esto ni algun asunto particular fue tan poderoso á sacarme de Madrid, como el vivo deseo de que corrieran un par de semanas sin encontrarme en las calles con la descomunal figura del Sr. Mendizabal, y sin oir mentarle siquiera ni echarle maldiciones en la Puerta del Sol y los cafés. En esto de las maldiciones me llevé bravo chasco, porque aun aqui le zumban á uno en los oidos; tal es la popularidad de que goza en España el señor Juan con su mayoría parlamentaria y todo. Por tanto repito á VV. que no hay que esperar relaciones de viajes, siendo hechos para mí solo y asi tan á la ligera: y no porque no haya visto todo lo mas curioso de esta tierra, sino porque acerca de ello no podria decir yo cosa nueva, ni hacer observacion alguna que no se ocurriese á cualquiera zarramplin.

Lleváronme, v. gr., á la catedral, y viendo aquel soberbio edificio apenas comenzado y que nunca será concluido, con la añadidura de estar en mil partes profanada por mano sacrílega y churrigueresca esta señalada fábrica de Juan de Herrera, luego me asaltó la idea que á cualquiera asaltaria, á saber, que tal es la suerte de todas las cosas de España: buena planta, buen principio, nuevo arquitecto que eche á perder lo ya hecho, y dejárselo en tal estado. Asi la arquitectura y el gobierno corren parejas hace muchos años.

Luego leí y releí aquellos tan sabidos versos que dentro están en la sepultura del conde D. Pedro Ansurez, y tomé en la memoria estos que acaso tendrán VV. en la suya.

La vida de los pasados
Reprehende á los presentes;
Ya tales somos tornados,
Que el mentar los enterrados
Es ultraje á los vivientes.

Aquí noté la antigua manía de reputar siempre lo ya pasado y fenecido por mejor que lo presente y contemporáneo; y aquella ciega veneracion á la antigüedad que con tanta solidez combate, aunque á diferente propósito, un escritor inglés muy conocido. Sin embargo, forzoso es confesar que aquel *ya tales somos tornados*, tiene grandisima aplicacion en los presentes tiempos, en que los españoles somos tornados tales, que no nos conoceria la madre que nos parió.

Tambien quise ir á Fuen-Saldaña, lugar miserable de aqui una legua, visitado con frecuencia de los forasteros, por la curiosidad que á todos lleva á admirar los tres magníficos cuadros de Rubens del convento de monjas de la Concepcion. El del altar mayor sobre todo es imponderable; D. Antonio Ponz le describe de esta suerte: "Represéntase á nuestra Señora en un bello trono de ángeles, niños y mancebos de tanta variedad y hermosura, que es un encanto el verlo. Se puede considerar esta pintura como una escuela entera de frescura de tintas y variedad de colores." Pero lo que á mí me causó mayor asombro, no fue el mérito de los cuadros, sino que en esta época duren cuadros de mérito en un convento de monjas de España, pudiendo, y aun *debiendo*, estar adornando los palacios de los lores ingleses.

Ya ven VV. cómo aun aquí me persigue la idea de los funestos males que ha acarreado á nuestra patria ese puñado de hombres á quienes en vano combatimos. Por do quiera se encuentra la huella de sus desaciertos; y cuando en la capital de Castilla la Vieja se mira uno rodeado de fosos y murallas, reductos, aspilleras y puentes levadizos; cuando se reflexiona que ya este pais y la España toda deberia estar libre de la guerra, y pensando en hermosear las poblaciones con obras de utilidad y monumentos artísticos, y no en afearlas y afligirlas con obras de fortificacion; cuando se discurre sobre el estado de decadencia progresiva de esta comarca, en otro tiempo tan floreciente, y se ve que ni aun el utilísimo

canal de Castilla puede llevarse á cabo por temor á las incursiones facciosas, á lo menos por la parte vecina al teatro de la guerra; cuando esta y otras cosas se agolpan á la imaginacion, el corazon llora lágrimas de sangre.

Muy mal me sienta el tono declamatorio, y voy á dejarle aqui, porque de otra manera diria cosas que no podria perdonarme el fiscal de imprentas, aunque quisiera. Tal vez será esta mi postrera carta, porque tengo ánsia de regresar á donde vea con mis ojos y toque con mis propias manos que hay todavia hombres obcecados, y diputados que voten con el actual ministerio.

Y no se crea que esto es animosidad injusta. ¿A qué buen patricio se le hace tolerable la dominacion de un gobernante, de un ministro que hasta hablando en las Córtes excita las risas del público. ¿Es posible que un hombre que ni hablar sabe, tenga de esta suerte subyugada á una nacion poderosa? Hay quien observa que cuando nuestro Señor fue crucificado, ni la corona de espinas, ni los punzantes clavos, ni otros agudísimos tormentos, consiguieron arrancarle la vida; pero cuando en lo alto de la cruz pusieron la inscripcion INRI en un *zoquete* de madera, luego al punto espiró por no poder sufrir el *zoquete* sobre su divina cabeza. Pues nosotros sobre las débiles nuestras le sufrimos y toleramos, y Dios sabe hasta cuando durará nuestra penosa crucifixion.

De VV. siempre afectísimo &c.

XX.

Necrología.

EL ARTISTA.

(Publicado en abril de 1836.)

El único papel de alguna cuenta que teniamos dedicado exclusivamente á la literatura y á las artes, el periódico de la ilustracion y del buen gusto, el Artista, el jóven, el galan, el enamorado, el poeta, el músico, el romántico Artista..... ha concluido su carrera. La muerte de este apreciabilísimo y amado cólega nos ha llenado de tristeza, ha hecho correr nuestras lágrimas y ha excitado en nuestra mente mil ideas tristes y melancólicas. ¡Es posible! Un periódico tan lindamente redactado, tan bonitamente impreso; un periódico en donde lucian su ingenio las elegantes plumas de la juventud literaria madrileña; un periódico que salia de las prensas de la antigua casa de Sancha, del último retoño de los ilustres Sanchas (á quien volvió en su hora postrera los ojos moribundos); un periódico que tan preciosas producciones

nos ha dado en prosa y en verso, que tan lindos artículos artísticos ha publicado, que ha procurado picar la curiosidad del público, excitar el amor propio nacional, despertar la aficion á las letras y á las artes, perpetuar la memoria de españoles ilustres, antiguos y modernos en bien delineados y semejantes retratos; ¡un periódico de estas circunstancias ha muerto á los quince meses de existencia! ¡Y viven otros! Pues qué ¿no hay en toda España tres mil ó dos mil personas que pudieran suscribirse al Artista? ¿Ni siquiera entre los que han sido retratados y recibido de su mano el don precioso de la inmortalidad se han atrevido á sostenerle? Y entre tanto literato y tanto sabio, y tanta académia, y tanta sociedad económica, y tanto gabinete de lectura, y tanto protector de las ciencias y de las letras, y tanto gobernador civil ¿no ha habido suscriciones para el Artista? Véase con cuanta razon decia el prospecto de otro periódico naciente una cosa muy aplicable al periódico espirante, á saber, que por desgracia en España todos son estremos; ó no se ha de hablar de política, ó solo se ha de hablar de política. La muerte del Artista cuando sobrevivimos tantos otros que valemos menos que él prueba esta triste verdad, y prueba tambien que los tiempos en que se *fusilan viejas*, como decia nuestro hermano en su última hora, no son los de verdadera ilustracion.

De todos modos la tumba del Artista será un monumento de baldon eterno para la edad presente: ella nos acusará de hombres ignorantes y de mal gusto;

ella dirá á la posteridad con voces mudas: "los españoles de 1836 leian y aplaudian muchos periódicos de partido pésimamente escritos; el gobierno español de 1836 hacia pagar á los pueblos los boletines oficiales; un ilustre personage en 1836 sostenia á toda costa el *Nacional*; y en 1836 por falta de personages y de suscricion forzosa, y de suscricion voluntaria, murió el ARTISTA.

Nosotros que tanto le apreciabamos, nosotros que charlando toda la semana enmudeciamos los domingos, por dejar que él hablase y estar pendientes de sus labios, nosotros que despertabamos todos los lunes con una fuerte pesadilla producida por la vehemente impresion de sus historias de muertes, asesinatos y adulterios, nosotros que ibamos entapizando nuestro cuarto con sus preciosas láminas, no podremos consolarnos jamás de la pérdida de tan buen amigo; iremos con frecuencia á regar con lágrimas su sepulcro, y si el señor vicario de Madrid, mas condescendiente que su antecesor, nos lo permite, ornaremos de flores este precioso sepulcro, aunque con temor de que el muerto deseche por demasiado clásica esta demostracion de cariño, grabando sobre la losa que le cubre con los fúnebres caracteres que usa el *Eco* en los anuncios de teatro, el siguiente

EPITAFIO.

Aquí yace el gallardo, el elocuente,
El sin igual ARTISTA ¡oh desventura!

A quien nunca la rígida censura
Fué osada á hincar el atrevido diente.
No le atajó la vida de repente
De órden ministerial la saña dura;
Que á sorda consuncion sin calentura
Fue sucumbiendo el triste lentamente.
Mas versos hizo que cobró pesetas;
Mas retratos que tuvo suscritores.
España que no está por los poetas
Ni se le dá una higa de pintores,
Al versificador y al retratísta
Ingrata abandonó ¡Misero ARTISTA!

XXI.

EL VIAGE A TOLEDO.

(Publicado en junio de 1837.)

PARA ver y presenciar el juicio celebrado contra el informe de aquel cabildo eclesiástico sobre diezmos me enviaron VV. á Toledo: héme aqui ya de vuelta y pronto á dar cuenta de mi comision. Pero como en mi opinion (salvo meliori) las cosas deben comenzar por el principio, me será permitido decir cuatro palabras acerca de mi viage, antes de hablar de su objeto.

Pensarán VV. y creerá cualquiera que esto de ir un hombre de Madrid á Toledo es cosa sencilla, fácil, y hacedera; disparate! Menos tiempo necesita un inglés, menos preparativos y precauciones para dar la vuelta entera al Reino Unido, y cruzarle veinte veces en distintas direcciones, que ha menester un español para *viajar* por toda la estension de estas 12 leguas. Primeramente es preciso sacar el pasaporte, y para sacar el pasaporte, ver al alcalde de barrio; y para ver al alcalde de barrio, ir á su casa á cierta hora del dia puntualísimamente, y aguardar á que despachen veinte ó treinta personas que llegaron antes, y estarse entre tanto pidiendo á Dios de lo íntimo

del corazon que no se acabe la hora del despacho antes de lograr el turno, porque si asi fuere, Dios guarde á V. muchos años, se quedó V. sin ir á Toledo por entonces. Pues, señor, que llegó por fin la hora de encontrarse V. facha á facha con el señor alcalde; lo primero que este hace es dirigir al paciente una mirada recelosa y escudriñadora, como quien dice ¿qué querrá este pícaro? Informado al fin de que lo que quiere es pasaporte, entra la segunda desconfianza ¿para qué pedirá pasaporte? ¿si se marchará con D. Cárlos? ¿A qué irá este hombre á Toledo? Por último mirándole á uno de hito en hito le dice con tono áspero y desabrido (como de autoridad española): «para ir á Toledo necesita V. presentar dos fiadores»

— Dos fiadores! dije yo, Santa Casilda! Pues en buena proporcion geométrica si para ir á Toledo que son 12 leguas, necesito dos, para ir á Manila tengo que presentar mil fiadores. Despues me puse á hacer el cálculo por la inversa, y estuve decidido á limitar mi viage á Getafe por el pronto, pues echando la misma cuenta de antes, decia yo: para las 12 leguas de Toledo, dos fiadores, luego para las 2 leguas de Getafe, medio fiador. Sin embargo, pregunté al señor alcalde cómo queria los tales fiadores, y me contestó que entre otras cosas habian de ser vecinos del barrio, con casa abierta, que si eran de otro barrio debian venir fiados por su alcalde, el cual necesariamente les exigiria á ellos otro fiador, y que sobre todo habian de ser conocidamente adictos á las actuales instituciones. Aqui fueron mis apuros. Yo que no sé cuales son

las actuales instituciones: yo que no sé que haya español adicto á ellas ni á otra cosa alguna; yo que soy nuevo en este barrio y forastero en los demas; yo que no me fio de nadie, ¿como he de encontrar dos fiadores que me den su fianza y merezcan la confianza del señor alcalde? Como un desesperado anduve por ese Madrid preguntando á cuantos topaba, y con el fin de tantear su adhesion, qué les parecia de la constitucion nueva y de la otra, y de la de mas allá, y del ministerio, y de la guerra, y de las sesiónes secretas, y de los periódicos ministeriales de oficio, y de los de oposicion sistemática, y de los discursos de los diputados que no saben discurrir. Porque todo esto lo cuento yo entre nuestras actuales instituciones. No puedo ponderar lo que me dijeron todos aquellos á quienes yo hablé, de pestes y blasfemias contra todas las susodichas cosas y otras muchas mas; y á mi ya se me iba anublando el alma de ver que no daba con dos fiadores á gusto del alcalde de barrio, y que me quedaba sin pasaporte, como me quedé sin padre. Por último, á fuerza de pesquisas tropecé con dos personas que no leen periódicos, ni conócen al señor Mendizabal, ni son acreedores del Estado, ni han entrado jamas en la galería de las Córtes, ni han perdido en la guerra brazo ni pierna; y de buenas á primeras les pregunté ¿si eran adictos á las actuales instituciones? Ellos me contestaron que hasta la pared de enfrente (verdad es que nos hallábamos en la calle del Perro) (1) y muy satisfecho con su respues-

(1) La mas estrecha de toda la villa.

ta, supliqué á los dos adictos que se dejasen acarrear á casa de mi alcalde, y se los presenté en efecto; pero como yo estoy en la errada inteligencia de que la ley debe ser igual para todos, le dije que asi como yo daba dos fiadores de no irme á los facciosos, se sirviese su merced darme otro par de ellos para fianza de que los facciosos no se vendrian á mi y me pasarian por las armas en medio de esos campos. De esta solicitud no hizo caso alguno; y sin contestarme empezó á estender un largo escrito en que decia como fulano de tal, fiado por fulano de tal, y por fulano de tal, siendo los tres vecinos del barrio de que era alcalde fulano de tal, se habia determinado á ir á Toledo; y que en atencion á que tenia cinco pies y tres pulgadas, el pelo castaño, y la nariz regular (Dios le perdone el falso testimonio) si el señor fulano de tal, alcalde constitucional, y los señores fulano de tal y fulano de tal, alcalde primero y secretario del ayuntamiento no tenian el mayor inconveniente que digamos, se le podia dar pasaporte para que saliese de Madrid y se alargase, como quien no dice nada, hasta Toledo. Con este papelito fui á recoger firmas de todos los referidos fulanos de tal, y ya pertrechado de mi pasaporte, me presenté en la diligencia. Este es ya otro cantar.

La compañía de dilijencias.... (ese claro que VV. ven es porque se ha quitado la palabra *Reales* á causa de que las dilijencias ya no son *Reales*, ni antes tampoco lo eran. Y sobre todo ¿que seria de la libertad española si continuaran llamándose *Rea-*

les la diligencia-correo y el juego de villar?) Pues como iba diciendo, las ex-reales dilijencias no dilijencian de aqui á Toledo; pero suple su falta una empresa particular que en efecto tiene regular carruajes, buen ganado, y dependientes que tratan á los viajeros con afabilidad y cortesía. El camino, llamado asi por pura bondad de los caminantes, es una estension de doce leguas de terreno llano, abandonado por el arte á discrecion de la naturaleza, sin otra escepcion que el estar mucho peor en la parte que atraviesa por las poblaciones. No parece sino que cuanto mas inmediata se halla la mano del hombre, mas lo ha de echar todo á perder. Llegamos por fin á Illescas, cuya vista me trajo á la memoria á doña Mónica: alli hicimos como que almorzábamos pagando muy caro el que nos sirvieran muy mal, y volviendo á tomar el carruage, llegamos á entrar por la puerta de Visagra de la imperial ciudad de Toledo á las nueve horas cumplidas de camino.

¿Que podré yo decir á VV. de la antigua, de la rica, de la imperial Toledo? Nada mas que pobreza, miseria y decadencia. El soberbio alcázar desmantelado y destruido, las casas consistoriales, obra bellísima de Herrera, denunciadas en parte por amenazar ruina; otros de los magníficos edificios que encierra la ciudad que fueron conventos y hospitales, abandonados; el comercio perdido, la agricultura espirante, la industria otro tiempo tan floreciente de tejidos de seda reducida á una lastimosa nulidad.... La magnífica catedral y sus dependencias, aunque

mal y á duras penas, viven y se conservan; sabe Dios si podremos decir lo mismo mañana. Yo á lo menos me la representaba como un navio combatido por la tormenta, que de un momento á otro espera uno verle abrirse, sumergirse y desaparecer.

¡Y asi toda España!... ¡Qué tarde hemos venido al mundo! No solo pasó ya la edad de oro, sino que como decia un poeta muy conocido

Pasó la de plata,
Pasó la de hierro,
Y para nosotros
Vino la de cuerno.

Ví la famosa fábrica de armas blancas en donde á lo menos hay órden y buena direccion, como todo lo que corre á cargo de nuestros artilleros, pero al mismo tiempo escasez y miseria hasta lo sumo. Tristeza me causó ver aquel arsenal orgullo de España, donde en lo antiguo se forjaban las armas que nos aseguraron la posesion de tantos y tan dilatados paises y el temor de las naciones estrangeras. No se labra alli ahora el acero de Hernan-Cortes y de Gonzalo de Córdoba, sino el instrumento destinado á que un español traspase el pecho de su compatriota y de su hermano.

Basta de narracion pesada y fastidiosa: pensemos en el objeto que me llevó á Toledo; pero este punto *capitulo por si merece*, en otro artículo referiré el famoso juicio de jurados celebrado en el dia 20, que merece ser considerado muy despacio.

XXII.

POESIA.

(Publicado en julio de 837.)

PARA asombro de los que se asombran de nuestra libertad de imprenta; para espanto de los que se espantan de lo que escribe el *Mundo*; copiamos aqui lo que escribía BERANGER en 1819 (cuidado, señores, en 1819); y es una de las mas lindas canciones que debe la Francia á la travesura de aquel ingenio.

LE VENTRU,

OU

COMPTE RENDU DE LA SESSION DE 1818,

aux électeurs du département de.....

PAR M.***

Electeurs de ma province,
Il faut que vous sachiez tous
Ce que j' ai fait pour le prince,
Pour la patrie et pour vous.
L' état n'a point dépéri:
Je reviens gras et fleuri.

Quels dînés,
Quels dînés
Les ministres m' ont donnés!
Oh! que j' ai fait de bons dînés!

Au ventre toujours fidèle
J' ai pris, suivant ma leçon,
Place á dix pas de Villèle,
A quince de d' Argenson;
Car dans ce ventre étouffé
Je suis entré tout truffé,
Quels dînés,
Quels dînés &c.

Comme il faut au ministère
Des gens qui parlent toujours,
Et hurlent pour faire taire
Ceux qui font de bons discours,
J' ai parlé, parlé, parlé,
J' ai hurlé, hurlé, hurlé.
Quels dînés,
Quels dînés &c.

Si la presse à des entraves,
C' est que je l' avais promis;
Si j' ai bien parlé des braves,
C' est qu' on me l' avait permis.
J' aurais voté dans un jour
Dix foix contre et dix fois pour,
Quels dînés,
Quels dînés &c.

J' ai repoussé les enquêtes
Afin de plaire á la cour;
J' ai sur toutes les requètes
Demandé *l' ordre du jour*.
Au nom du roi, par mes cris,
J' ai rebanni les proscrits.
Quels dînés,
Quels dînés &c.

Des depenses de police
J' ai prouvé l' utilité;
Et non moins français qu' un suisse
Pour les suisses j' ai voté:
Gardons bien, et pour raison,
Ces amis de la maison.
Quels dînés,
Quels dînés &c.

Malgré des calculs sinistres
Vous paîrez, sans y songer,
L' etranger et les ministres,
Les ventrus et l' etranger.
Il faut que, dans nos besoins,
Le peuple dîne un peu moins.
Quels dînés,
Quels dînés &c.

En fin, j' ai fait mes affaires:
Je suis procureur du roi;
J' ai placé deux de mes frères,

Mes trois fils ont de l' emploi.
Pour les autres sessions,
J' ai cent invitations.
Quels dînés,
Quels dînés
Les ministres m' ont donnés!
Oh! que j' ai fait de bons dinés!

En obsequio de los legos, se ha hecho con una libertad que raya en licencia, la siguiente pálida

TRADUCCION.

De vuelta para su hogar,
Gordo, fresco y colorado,
Un ilustre diputado
Entonaba este cantar:
Electores,
No sabeis
Qué favores
Me debeis.
El ministro de hacienda es buen testigo
De mi gran patriotismo y de mi ciencia.
Me ha colmado de obsequios: ¡buen amigo!....
¡Y qué mesa que tiene su excelencia!

Enseñóme en un convite
El juego parlamentario;
Como se da al adversario
Tajo, cuchillada y quite.
Electores,
No sabeis
Qué favores
Me debeis.
En un Ave María, en un momento
Me adiestró á que gritára con vehemencia:
"Reclamo que se observe el reglamento"....
¡Qué cocinero tiene su excelencia!

Tan bien tomé sus lecciones,
Que sin que nada me espante,
Sé votar en un instante
Cincuenta contribuciones.
Electores,
No sabeis
Qué favores
Me debeis.
Sé enviar á paseo á todo el clero,
Y al gobierno otorgar la omnipotencia,
Dinero y hombres, y hombres y dinero.....
¡Pero qué mesa tiene su excelencia!

Llenando un dia la panza,
Los dos hicimos el trato
De darle por cada plato
Diez votos de confianza,

Electores,
No sabeis
Qué favores
Me debeis.

Y le dí facultad estraordinaria
De que á los periodistas sin clemencia
Me los mandase allá á la gran Canaria.....
¡Qué bien comia yo con su excelencia!

Yo á murmullar aprendí;
A exclamar *bravo!... bien!... Oh!*
A decir al uno: *no;*
A gritar al otro: *si.*
Electores,
No sabeis
Qué favores
Me debeis.

Esto sin apelar á otros registros,
Como clamar á veces en su ausencia:
«Que se aguarde que vengan los ministros»...
¡Qué comidas me ha dado su excelencia!

Del crédito nacional
Es tanto lo que he cuidado,
Que creo no se ha pagado
En mi tiempo un solo real.
Electores,
No sabeis
Qué favores
Me debeis.

Y á fuer de diputado patrïota,
Sostuve que el pagar era demencia.
¡Cuánto mas fácil es la bancarrota!....
¡Pero qué vinos tiene su excelencia!

Y por mis conciudadanos
Ha sido tanto mi afan,
Que ya empleados estan
Nueve de mis diez hermanos,
Electores,
No sabeis
Qué favores
Me debeis,
El otro lo será si el rey lo manda;
Yo estoy contento ya con mi intendencia;
Mis primos con diez cruces y una banda...,
Diómelas en la mesa su excelencia.

EPÍGRAMA.

—Juan Tachuelas, sangrador,
Es un hábil saca-muelas,
Pues las saca sin dolor.
—¡Es posible! Sí señor;
Sin dolor de Juan Tachuelas.

XXIII.

LA ERUDICION.

(Publicado en julio de 1838.)

La manía de parecer eruditos tiene estropeados muchos entendimientos, porque generalmente se cree que el *saber* consiste en tener almacenadas en la cabeza gran porcion de cosas; error funesto, nacido como otros infinitos, de la significacion no bien fija de las palabras, y asi se dice de algunos eruditos ignorantes y hasta tontos, que *saben* mucho. La vanidad ayuda no poco á esto, persuadiéndonos que la ostentacion de una vasta lectura, aunque indigesta, nos ganará reputacion de hombres sábios y entendidos. Pero la erudicion sin el raciocinio ó el discurso, viene á ser de todo punto inútil, como que no es otra cosa que la memoria sin el entendimiento. Para demostrar esta verdad, apliquemos la observacion á los casos particulares.

Hay un hombre que ha leido, por ejemplo, mucha historia: pónese á hablar delante de una inmensa concurrencia, y deja á todos atónitos, refiriendo que el mismo dia en que nació Ciro, le salió á Astiages un grano detrás de la oreja izquierda; que Antígono era tres pulgadas mas alto que su hijo Demetrio Poliorke-

tes; y que el año 312 antes de J. C., en que tuvo principio el reino de los seleucidas, fue de mucha sequía en Asia, y abundante de lluvias en Europa. Habla de la fundacion de Roma despues de haber notado que Rómulo tenia las pestañas estraordinariamente largas, y pinta á Manlio Torcuato como si hubiera sido su compañero de colegio. Se lamenta de la humillacion de las *horcas caudinas*, como del lance mas pesado de toda la guerra de los samnitas, y observa que el cartaginés Annibal no habia cumplido diez años cuando le empezaba á apuntar el bozo. De la misma manera trata la historia de la edad media, refiere curiosos pormenores de las cruzadas, y yendo y viniendo de oriente al occidente da razon de mil insignificantes niñerías. De los sucesos de España no hay que hablarle, porque nadie como él sabe cuantas veces se lavaba la cara D. Alonso el Sabio, de qué provino la cicatriz que doña Leonor de Guzman tenia en una pantorrilla, y si Bárbara de Blomberg fue ó no la verdadera madre del héroe de Lepanto. — Con tan singulares y copiosas noticias, á todos suspende y maravilla la portentosa erudicion histórica de nuestro hombre; pues á pesar de todo, maldito el provecho que el buen erudito ha sacado de toda su lectura. Ni él ha estudiado en la historia el progreso de la civilizacion, la variacion de las costumbres, los adelantamientos de las artes y las ciencias; ni él ha observado cómo los pueblos vencidos y subyugados han podido alterar el idioma y los usos de los vencedores; ni él sabe dar razon de la influencia que han tenido

en el mundo los grandes sucesos, como el nacimiento de la religion cristiana, y el descubrimiento de la América, ó las invenciones notables como la de la brújula, la pólvora y la imprenta. Ignorando todas estas cosas, ¿de qué sirve la erudicion histórica? ¿Qué aprovecha el tener en la memoria revoluciones, trastornos, conquistas, batallas, mudanzas de imperios, muertes de reyes, destruccion de dinastías, ligas, tratados y negociaciones diplomáticas, á quien no tiene discernimiento y raciocinio para sacar de aqui consecuencias importantes, para conocerse á sí mismo y á los demas hombres, para conjeturar el porvenir por lo pasado, para convencerse que la felicidad de los individuos, de las familias, de los pueblos, y de las naciones solo puede fundarse en la virtud, en la paz, en el saber y en el trabajo?

Pues lo mismo que la erudicion histórica es la erudicion literaria, cuando está reducida á saber de coro el libro IV de la Eneida, dos sátiras de Juvenal, y la epístola á los Pisones; á recitar con énfasis largos trozos de la *Divina commedia* ó de la *Gierusaleme liberata* ó de la *Henríada* de Voltaire ó de las tragedias de Racine. Ni esto, ni el tener en la cabeza diez romanceros, toda la Araucana, la Circe de Lope, y las mejores escenas de Calderon, Tirso y Moreto, prueba que haya disposicion en aquel hombre para estudiar la literatura con provecho, ni para producir en ninguno de sus ramos cosa que en diez leguas alcance á los sublimes modelos que tiene allá en la memoria almacenados.

En una palabra: leer mucho sin usar de la lógica y de la crítica, del juicio y la recta razon, es como viajar recorriendo muchos paises sin observarlos ni compararlos unos con otros en sus leyes y costumbres, en sus climas y producciones naturales, en el estado de la civilizacion y de la industria.

Se debe, pues, leer y estudiar mucho, no para aprender pasages enteros de los libros y nombres de sus autores (que es lo que vulgarmente se llama erudicion), sino para observar exactamente los HECHOS, eslabonándolos por la legítima generacion de las ideas, y deduciendo de ellos consecuencias verdaderas y de aplicacion exacta y útil á las necesidades de la vida. Esto es lo que se llama SABER; esto y no la mera *erudicion* lo que produce los adelantos, las invenciones y los descubrimientos en las ciencias, en la literatura y en las artes.

XXIV.

ELEGÍA.

EN LA MUERTE DE MI AMIGA LUISA E....

(INÉDITA.)

Con ojos secos y con lengua muda,
Turbado el corazon de la honda pena
Que el pecho oprime y la garganta anuda;
A contemplar la lamentable escena
Llega mi afan, casi rendido al peso
Del amargo dolor que el alma llena.
Y aunque lo veo, al fúnebre suceso
Negar la fé pretendo todavia....
Que en no dudar así, perdiera el seso.
¿Cómo la activa llama, que ahora ardía,
De vida y juventud ¡terrible caso!
Estinguirse ha podido en solo un dia?
¡Tan breve (ay Dios) tan rápido es el paso
Que de esta á la otra vida nos transporta!
¡Tan cerca del oriente está el ocaso!
¿Y á quien la duracion fugaz y corta
No desengaña de este tiempo incierto?
¿Y á quien este vivir frágil importa?

Ved aqui ya cadáver frio y yerto
La que era ha poco una gentil doncella....
Luisa vivia ayer, hoy Luisa ha muerto.
Ni del rigor de su contraria estrella
Pudo librarla el ser tan virtuosa,
Tan modesta, tan jóven, y tan bella.
¿Cómo pudo la Parca rigorosa
Herir serena tu virgíneo pecho,
Segar impía tu garganta hermosa?
Y veo el bello rostro en ese lecho,
Antes resplandeciente y encendido,
Hora marchito, pálido y deshecho.
Tu corazon para el amor nacido,
Tu corazon por la virtud formado,
Su constante latir ha suspendido.
Tu seno virginal, no mancillado
Por los placeres puros de himeneo,
En flor se mira seco y marchitado.
Vedó la muerte su debido empléo,
Y se opuso cruel al logro justo
Del amoroso y natural deséo.
El prometido esposo, en vez del gusto
Y posesion del bien que tanto ansiaba,
Halló congoja, y pena, y mortal susto.
¿Eres tú la que ha poco conversaba
Con este tu infelice triste amigo
Que en tu discreto hablar se deleitaba?
¿Tú la que, en tiempo mas feliz, conmigo
Habitabas bajo este techo mismo?
¿Y yo quien lo recuerdo y quien lo digo?

¡ Y ya rendida á eterno parasismo ,
De la terrible muerte nos separa
El horroroso , el insondable abismo!
¡ Quien de este abismo , ó Luisa , te sacara !
¡ Quien pudiera la vida devolverte!
¡ Quien tu existencia un siglo prolongara !
Pero un poder mas que otro alguno fuerte
Nuestra separacion dispuso eterna ,
Y te arrojó en los brazos de la muerte.
A Dios , amada Luisa , amiga tierna ,
Que ya en la honda y fria sepultura
Tu enlutado ataud veo se interna.
Hasta alli de mi pecho la amargura
Con afligido llanto te acompaña ,
Sin poder aliviar mi desventura.
Estéril llanto , que sin fruto baña
De tu sepulcro ¡ay Dios ! la losa fria...
¡ Quizá bien pronto la mortal guadaña
Junto á esa losa hará poner la mia!

Marzo de 1837.

XXV.

AVISO A LOS FORASTEROS.

(Publicado en setiembre de 1833.)

O vos omnes, los que atraidos á esta populosa villa, capital de las Españas por una falaz esperanza de lisonjero porvenir, ó llamados á ella por el giro de vuestros negocios, ó por inescrutables decretos del hado tirano, ó tal vez por una mera y disculpable curiosidad, atended y escuchad cuatro palabras que deciros quiero sobre algunas que oireis pronunciadas y leereis escritas, discurriendo por el ámbito de esta gran poblacion: las cuales palabras dudo yo mucho que jamas vuestro ingenio, por sutil y delicado que sea, llegue á comprenderlas sin estas mis advertencias preliminares, á menos que una experiencia larga, y tal vez costosa no os llegase á aclarar su verdadero y genuino sentido. Vamos al caso.

Cuando por las calles oyereis pregonar *agua* como la nieve, *vivitos* (suplo peces) de Jarama, melares (id. est higos), albillo (que son uvas) como el oro, fresa de Aranjuez, melocotones de Aragon, guindas de Toro: advertid que en el *agua* señalará *Réaumur* 32 grados, que los vivitos murieron hace ocho dias, que el Jarama es un disfraz en que se

oculta y esconde el canal de Manzanares, que la miel de los melares es acibar, el oro del albillo cobre y malo, la fresa de donde la hayan traido, los melocotones de cualquier parte, y las guindas de donde Dios quisiere.

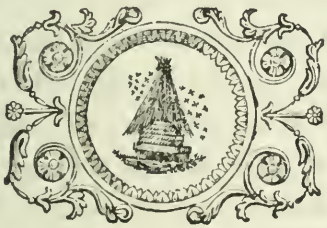
Si en un gran rótulo leyereis *salon* para cortar el pelo, creed que la muestra no cabe en el tal salon; si en alguna tienda vieseis escrito *precios fijos*, preparaos para el regateo; si dice *sastre de París*, preguntad si el tal sastre ha visto á Paris en el mapa; si fuere anuncio de *retratista*, y os mostrare por ejemplar veinte retratos, no temais ni por asomo conocer á los originales.

De cien mil carteles que visten adornan y entapizan las esquinas de las calles, plazas y plazuelas; los noventa y nueve mil novecientos no cumplen lo que ofrecen; y asi, os aconsejo, que del que se llama *oculista* guardeis vuestros ojos, del *dentista* vuestro estuche molar, del *callista* vuestros pies estropeados por el fementido y malhadado piso de la corte, y de todos, en fin, vuestros bolsillos.

Si lo que el cartelon anuncia es préstamo á interes moderado, llamadle usura escandalosa, si pomadas, ungüentos, y específicos, decidle estafa y sacadinero; si traduccion, nombradla gregueria y gerga (*galimatias* dicen los modernos); si comedia refundida, tenedla por echada á perder inicuamente.

Guardaos en fin, y desconfiad de todo lo que viereis y oyereis, incautos forasteros, en un pais donde se abriga la falacia, reina el embuste, y la mentira

tiene su asiento. Cerrad los ojos, tapaos los oidos para no ver ni oir tanta hermosura aparente, tanta amistad doble, tanta proteccion vendida, tanta traicion simulada. No deis crédito imprudentemente y sin exámen á las voces de los vendedores, ni á los rótulos de los artesanos, ni á los carteles de los filántropos-científicos...; y sobre todo..., os lo suplico con lágrimas en los ojos, por mas curiosidad que os excite el anuncio de una novela original, nunca, hermanos mios, nunca gasteis en ella vuestro dinero.



XXVI.

COSTUMBRES.

(Publicado en enero de 1834.)

Señor editor mi dueño: cansado estoy ya de hacer esfuerzos para contenerme y no descubrir á V. un pensamiento que revuelvo entre mí hace muchos dias; pero pues que V. me apura, y me exije para publicarle hoy mismo un artículo de *costumbres*, habré de romper el silencio, y declarar positivamente que no quiero hacer el tal artículo. Preveo que va V. á atajarme diciendo que ya comprende la razon de mi resistencia; que los recursos de mi imaginacion se han agotado; que á pesar de mi avanzada edad conozco muy poco el mundo; que no siempre á la vejez acompaña este conocimiento, porque entonces lo tendrian los alcornoques y los dromedarios que viviesen cierto número de años; que no puedo pintar al vivo las ridiculeces de los hombres porque no conozco su corazon á causa de que no soy filósofo... ¡Jesus, qué blasfemia! Si tal dice V., señor mio, me ultraja inhumanamente, porque en el dia es filósofo todo el que sabe leer, y traduce medianamente la lengua francesa. Asi que, ni esta, ni otra alguna de las respuestas que

llevo dichas, debe V. dar á mi escusa, sino callar y estar atento á las razones que aquí le daré.

Doscientos artículos tengo escritos que no ha querido V. admitir en su periódico. Los unos están á juicio de V. muy frios: estos son los escritos en dia de ayuno, que para mí hay muchos en el año de pura devocion, ó en dia de amanecer sin una peseta, que tambien suele sucederme de puro limosnero. Otros los encuentra V. demasiado calientes, y me reconviene por haber escrito cosa que no ha de pasar en la censura. Estos artículos son los que yo escribo cuando vuelvo de una comida de fonda á que me han convidado, ó tal vez cuando estoy todo empapado en la lectura del Boletin de Comercio. A otros me los tacha V. de escesivamente largos, sutiles en estremo, metafísicos por demas, enfáticos ó altisonantes; y con esto me deja V. tamañito, cuando yo se los habia presentado lleno de vana-gloria, pensando haber hecho una imitacion bellísima de *la Estrella*. Si hablo de etimologías árabes, me dice V. que eso nadie lo lee; si critico á los cómicos, salimos con que ellos se me ponen de uñas, porque cada uno piensa ser un Maiquez, un Talma, un Garrick ó un Henderson; si hablo contra los traductores ó los literatos del dia, que todo viene á ser una misma cosa: ¡Dios mio! Se pone V. á dar diente con diente figurándose que viene ya una cruzada de ellos á bordo de la *Revista* sobre los redactores de su periódico. Por último, poniéndome dificultades á todo, me sale V. con que escriba artículos de *costumbres*, y dale con las *costum-*

bres; pero esto es justamente lo que yo no quiero, ó por mejor decir lo que yo no puedo. No señor, no es mi genio para eso, por que yo he de callar ó de decir las cosas claras, y en este tiempo no se puede; y si no que lo diga el *pobrecito hablador* (1), que á lo mejor perdió el habla y no volvió á decir esta boca es mia. ¿Cómo quiere V. que yo me burle de las *costumbres* de los grandes si aqui no se puede hablar contra los grandes; ni de los medianos, si son los que forman el *plurimum* de nuestros suscritores; ni de los pequeños, que tienen la *costumbre* de usar de garrotazos en lugar de argumentos?

Si digo por ejemplo que es una costumbre ridícula cabalgar á la estrangera sobre caballo andaluz, posponiendo sin razon la gallardía y firmeza de nuestra buena escuela, y llevar el escudero dos mil pasos á retaguardia para si se ofrece algo que acuda presto, ¿le parece á V. que no habrá quien quiera sacarme los ojos? ¡Santa Lucía nos defienda! Por algo he dejado yo sin concluir un artículo de *costumbres* que tenia escrito solo sobre esta costumbre.

Pues no digo nada, si se me antojase esgrimir la péñola contra los oficinistas, por ejemplo, y decir que hay hombre que reparte la puntuacion en sus escritos como los pasteleros echan la azúcar en los pasteles, ó que tal empleado tiene 20∂ reales de sueldo que no sabe ni ha tenido la curiosidad de ver en el

---

(1) Folleto redactado por el célebre FÍGARO.

mapa donde estan situadas las nuevas capitales de provincia. Pero no tema V. que con los tales me meta yo en cuentas, porque dirán que con fecha de tantos (y esto alargando el brazo derecho, señalando con el dedo y arqueando las cejas) mandó S. M. que los oficinistas no entendiesen una palabra de ortografía, ni de geografía, ni de ningun acabado en *fia* á no ser la burrugrafía.

En una palabra, señor editor, cualesquiera defectos que yo quisiera notar y señalar, habia de ofender á una clase respetable de la sociedad, y yo no quiero buscarme ruidos. Aun cuando tratase de emprender con nuestra gente, esto es, con periodistas y escritores, que tienen carta blanca para criticarse, insultarse, satirizarse, y personalizarse mutua y recíprocamente, veria V. como se levantaba un polvo de Barrabás, porque como mis desvergüenzas no tendrian ninguna gracia, serian por tanto mucho mas desvergonzadas. Asi es que ya he roto en mil pedazos, el borrador que tenia hecho de un artículo contra los traductores de comedias; y juro á V. por el alma de mi abuela que el tal artículo era de lo mejorcito que yo pienso haber escrito en toda mi vida. Porque figúrese V. que yo les hacia este argumento. La comedia debe ser dirigida á reformar las costumbres; si la comedia estrangera pinta y critica las de su pais, no tiene aplicacion al nuestro y no debe traducirse, si no las pinta, es mala y no debe traducirse. Si ridiculiza un vicio en general, tómese cuando mas el pensamiento, y hágase lo que Inarco Calenio, que imi-

tando *le médecin malgré lui*, le superó en su *Médico á palos* hasta en el título. Luego descendia yo á probar que algunos ingenios que todos conocemos, lograrian mayores ventajas de utilidad y gloria, aplicándose á componer buenas piezas originales, que no malgastando sus bellas disposiciones en transplantarnos acá las del malhadado Scribe, á quien llaman fecundo, no porque da á luz muchos hijos todos robustos, sino porque los echa al mundo á menudo muy buenos y muy malos, y aborta con frecuencia monstruos que hacen reir al pueblo, porque el pueblo, gracias á los traductores, tiene cada dia mas estragado el gusto.

Pero en fin, señor editor, esto es muy largo de contar, y yo no quiero meterme en esas honduras, porque vendrian á preguntarle á V. quien es el articulista y me quitarian el pellejo en el café del Príncipe, y en la segunda fila de lunetas.

Sobre todo, que á mí no me importa que cada uno haga lo que le parezca, con tal que V. me liberte de escribir artículos de costumbres, que es lo que mas puede agradecer su afectísimo amigo, &c.

XXVII.

PESADILLA.

(Publicado en diciembre de 1837.)

Soñé que tenia nietos.
¡Válgame Dios que delirio!
Yo que no sé (¿quién lo sabe?)
Si tengo ó no tengo hijos.
Ello, al fin, yo lo soñé;
Y eran seis; y eran chiquitos;
Y como mios, traviesos;
Y graciosos, como mios.
Rodeaban á su abuelo,
Que era yo, como va dicho,
Y saltando en mis rodillas
Me abrumaban de cariños.
Por distraerles el hambre,
Y tenerlos divertidos,
Contábales cuentos largos,
Y pasmosos, y prolijos.
Habeis de saber (decia)
Que siendo yo jovencillo
Hubo en España facciosos,
Y carlistas y cristinos.

Armóse guerra civil,
Que es un tremendo enredijo,
Que no hay diablos que le entiendan
Ni ángel que le tome el tino.
Defendian en Navarra
Con teson el despotismo,
Y Castilla por ser libre
No omitia sacrificios.
Oyendo esto Nicolás,
Que era el mayor de los chicos,
Y de memoria en la escuela
Al buen Duchesne ha aprendido,
Dando grandes risotadas,
Y encarándose conmigo
Decia: « qué disparate!
Eso es mentira, abuelito. »
Yo siguiendo con mi cuento
Les decia: Los carlinos,
Defensores de la fé
Se llamaban á sí mismos,
De la religion apoyo,
Apóstoles y ministros;
Y robaban á destajo,
Y mataban de lo lindo;
Y saqueaban los pueblos
Y asaltaban los apriscos,
Y eran langosta en los campos;
Y árabes en los caminos.
En esto la Beatricilla
Interrumpiéndome dijo:

« ¿Y eran esos los cristianos ?
Eso es mentira , abuelito. »
Cierto y muy cierto , hija mia,
Dije yo. El otro partido
Pregonaba libertad ,
Y horror al absolutismo ;
Hablaba de la virtud ,
De igualdad , y valor cívico ,
Predicaba tolerancia ,
Y ostentaba patriotismo.
Ay ! qué guapos que serian !
Abuelo , gritó Frazquito.
¿ No es verdad ? — No lo eran tanto
Como piensas , hijo mio.
Los señores tolerantes,
De aquel que con sus caprichos
No estaba en un todo acorde,
Eran fieros enemigos.
Los patriotas robaban
Y asaltaban los destinos;
Los demagogos buscaban
Honores y distintivos.
Los libres se esclavizaban
En secretos conventículos
Jurando ciega obediencia
A un gefe desconocido....
En esto , á mi relacion
Cortó el hilo Federico ,
Diciendo : « ¡ qué disparates !
¡ Si eso es mentira , abuelito ! »

No es mentira, respondí,
Sucedió como te digo:
«Pues yo, dijo Nicolás,
No lo creo por un Cristo.»
Quise añadir mas sucesos,
Y todos los nietecillos
Decian riendo á coro:
«Son cosas del abuelito.»
«Abuelo, añadió Beatriz,
Si todo eso ha sucedido,
Debian de ser muy tontos
Y muy simples los antiguos.»
Aplaudieron sus hermanos
De la tal rapaza el dicho,
Y cercándome alli todos,
Y saltando, y aturdidos,
Hacian burla y chacota
Y decian dando gritos:
«Abuelo ¡qué majaderos
Que serian los antiguos!»
Con aquella batahola
Desperté, y en los oidos
Todavia me resuena
El «Es mentira abuelito.»

XXVIII.

DIA DE SAN JOSE.

Felicitacion á los que no se llaman Josés.

(Publicado en marzo de 1838.)

LECTOR, si no te llamas José, sea en hora buena. Tendrás la fortuna de no llamarte como la mitad del género humano, te ahorrarás de que cuando tus sobrinos te llamen *tio Pepe* en la calle respondan por tí todos los aguadores; evitarás el pagar el porte de una porcion de cartas que no te se habian dirigido; ganarás el tiempo que pierden los Josés en buscar su nombre en cualquier lista alfabética, porque es el artículo mas largo de todas ellas; te librarás de que medio mundo te llame su tocayo, incluyendo en ese medio mundo á Pepe el mozo de la esquina, al tio Pepe el carbonero, al señor José el carnicero, á D. José el mayordomo, á Pepa la cocinera, á Pepa la lavandera, á Pepa la planchadora, (y no nombro á la naranjera y otras, porque son personalidades).

Ademas, lector carísimo, no llamándote *José* saldrás sano y salvo de este fatal 19 de marzo que á tantos Pepes y no Pepes ha quitado la vida. Pero si

tal fuere tu nombre ¡ah! si tal fuere tu nombre te felicitarán todos los porteros, todos los repartidores de periódicos, todos los carteros posibles; te darán música infernal todos los músicos ambulantes despues de haber tocado en todas las casas de todos los barrios de todo Madrid; te pedirán limosna todos los cesantes, todas las viudas, todos los retirados de la corte, te visitarán á todas las horas de todo el dia todos los visitandinos y aun los que nunca visitan; pagarás propina de regalos que luego vendrá á reclamar el *José* del cuarto de arriba ó de la casa de enfrente, y los que á tí fueren dirigidos se los embocarán tal vez á otro *José*, y este *José* se los embocará él á sí mismo y á sus convidados.

¡Ah lector mio! créeme y haz lo que te digo; ó no te llames José, ó muérete el 18 de marzo, si ya no lo haces el 17 por ahorrar la moda que se va introduciendo de dar vísperas.

XXIX.

MASCARAS.

(Publicado en febrero de 1838.)

Ocho ó diez anuncios diarios en los periódicos, seis mil carteles embadurnando las esquinas de Madrid, y en todos ellos con letras gordas:

GRAN BAILE DE MASCARAS.

Y con todo eso dudamos mucho que haya en Madrid bailes de máscaras; ó por mejor decir dudamos mucho que las tales reuniones merezcan el título de *bailes*, ni que sean *grandes*, ni aun casi que puedan llamarse de *máscaras*.

DEMOSTRACION.

1.º Para que un baile sea baile es preciso que en él se baile. Es asi (y aqui de los escolásticos) que en los llamados bailes de máscaras en Madrid, en unos aunque se quiera no se puede bailar, *por causa* de la mucha gente; y en otros aunque se pueda no se quiere, *por efecto* de la mucha tontería: *ergo* no deben llamarse bailes.

2.º El epíteto de *grande* está aqui aplicado á una cosa que no es físicamente mensurable, como lo

son el espinazo de Mendizabal, las narices de don Agustin Argüelles, la cabeza del señor Becerra, ó los artículos del Patriota: todas estas cosas son largas, gordas ó voluminosas, y como tales materialmente *grandes*. Pero la grandeza que se supone en los tales bailes, es en el sentido de la ostentacion, brillantez y magnificencia, y en esta parte hay mucho que rebajar en nuestro sentir, quitando por el pronto todo el *baile del gran salon de Apolo*; el *grande de la Corredera de San Pablo*; el del *magnífico salon* de la Travesía de la Parada, ó sea calle de Enhoramala vayas; el de los *salones* (que son uno y medio) de Cervantes; el *grande* tambien de la Fontana de Oro, con su *brillante* orquesta y todo. Quédense estos en sencillos bailes, que nada perderán en ello, pues siempre serán una prueba de que las clases todas del vecindario de Madrid gustan de entregarse á una diversion racional y propia de un pueblo culto. Y aun para ello no necesitan anunciarse con menos modestia que *la academia de baile* de la calle de Jardines, ó el *baile de sociedad* de la del Baño, donde se advierte que no se recibirán señoras como no sean *tales*. Asi lo dice el anuncio.

3.° En cuanto á máscaras, tambien somos nosotros de opinion (aunque en esta opinion haya como en otras nuestras algo de estravagancia) de que no merecen tal nombre ni aspiran á él los caballeros de *frac* y *clac* (1), ni lo merecen, aunque aspiren, los

(1) ¡Qué par de voces tan españolas! Da gusto verlas. Lo que es para esto siempre tenemos intervencion.

moritos que traen por turbante una toballa, ni las vestales que traen por velo una sábana, ni los que se llaman marineros porque se han venido sin chaqueta y con pantalones de verano, ni aquellos discretísimos ingenios que se ponen la levita al revés, ó se forran de cucuruchos de papel, ó se envuelven en una colcha de indiana. Decimos, pues, que con estos y otros tales, ó nosotros tenemos trocado el juicio, ó no se puede formar un *gran baile de máscaras*, sino una *miserable turba de mamarrachos*.

Infiérese de aqui, que si las personas de buen gusto dan en fijarse en uno de los hasta aqui *chicos* bailes; si se esmeran en que haya decencia, propiedad en los trages, variedad é invencion en los disfraces caprichosos; si este baile es en un paraje donde puedan reunirse, bailar y circular sin molestia gran número de personas, circunstancia que solo en Oriente encontramos; si la empresa cuida de que el público esté en todo bien servido, especialmente en la fonda, de lo cual no hay todavia en Madrid *ni un solo ejemplar* digno de una capital culta; si hubiera mas talento, finura y galantería para embromar, mas moderacion y templanza para chillar, mas atencion y cortesía para no incomodar ni atropellar á nadie, mas cordura en la empresa para no espender escesivo número de billetes, mas juicio para no convertir en moda y llamar elegancia á lo que es no bailar y falta de instruccion en los principios del baile; en una palabra, si todos estos *sics* y todos estos *mases* con otros muchos mas se cumplieran..... Ah! si se cum-

plieran, puede que nos engañemos; pero estamos muy dispuestos á inclinarnos á esperar que entonces podria haber alguna especie de fundamento, para sospechar que no seria gran locura llegar á concebir cierta remota esperanza de que se empezáran á tener motivos de ver alguna vez probabilidades para figurarse que no seria dificil que con el tiempo hubiese acaso en Madrid *grandes bailes de máscara.*

XXX.

ORATORIA PARLAMENTARIA

Y

OTRAS FRIOLERAS.

(Publicado en febrero de 1838.)

Desde que nosotros andamos por el mundo, que es decir, desde que salimos del *Mundo*, hemos tenido que contentarnos con dar un ligerísimo estracto de las sesiones de Córtes y aun llegó un dia en que fué preciso renunciar á él. La causa de esto es el haberse introducido la moda en el Congreso de diputados de abrir la sesion entre una y dos; de manera que hasta cosa de las tres no suele entrarse en lo que se llama (sabe Dios porqué) la órden del dia. Nosotros veneramos mucho las determinaciones del Congreso; pero esto no impide que tengamos esa tardanza por cosa muy perjudicial; desperdiciar las mejores horas de la mañana que deben contarse desde las diez siquiera, cuando son indudablemente aquellas en que el cuerpo y el espíritu están mas dispuestos al trabajo, es una cosa que no hemos podido atinar hasta ahora en que esté fundada. Si los dipu-

tados se hallan ocupados en las comisiones, valdria mas á nuestro entender invertir el órden, dejando esto para de noche, pues por intensa que sea la tarea de los individuos de aquellas, hay la ventaja de que allí pueden trabajar con mas espacio y atencion, meditar los documentos y escritos que necesitan consultar, conferenciar detenidamente unos con otros &c. De otra manera, es evidente que se pierde un tiempo muy precioso, y no es solo asi como se pierde, porque aun hay otras causas que hacen interminables las legislaturas.

Una de ellas es á nuestro entender la manía de hablar, el furor oratorio de todos ó la mayor parte de nuestros diputados. Sea que el gran número de abogados haya contagiado á los demas de esa terrible enfermedad, sea que la falta de práctica y esperiencia no les haya enseñado todavia que el mayor mérito es ser concisos, y el arte mas dificil el de callar, ello es que sobre la cosa mas pequeña se hacen veinte discursos con su *exordio* en forma, su *narracion* lo mas larga posible, su cumplido *epilogo* y las demas zarandajas. Esto es muy bueno cuando el que lo intenta es realmente orador y cuando el asunto lo pide, pero en otro caso creemos que las discusiones deben limitarse á esponer en brevísimas palabras las razones del pro y del contra de cada cuestion, procurando no repetir lo que otro deja ya dicho, como suele hacerse echándolo á perder. En todas las corporaciones de esta clase se deja hablar al que sabe; el que sabe lo hace lo mejor posible, es decir, que ilustra y pro-

fundiza la materia de que se trata: los demas lo oyen, forman su juicio y votan. Si tienen dudas, las presentan con brevedad; si conciben alguna idea nueva la dicen, y si no, se callan. Pero aqui todo al contrario: habla un diputado en pro ó en contra, y ya está uno seguro de oir á otros diez ó doce por cada banda reproducir los mismos argumentos mas ó menos desfigurados, salpicando su arenga con las frases mas repetidas y manoseadas.

» Señores, conozco muy bien cuál es mi posicion al tratar esta cuestion, la mas importante acaso de cuantas pueden presentarse á la deliberacion del Congreso. (*Suele ser algun examen ó habilitacion de un curso pedido por un estudiante*). Pero esta circunstancia, y la ilustracion superior que reconozco en los dignísimos individuos que componen la comision, cuyo dictámen nos ocupa, no me dispensa de cumplir con el sagrado deber de mi espinoso encargo, con lo que mi conciencia me dicta, y con lo que debo á mis comitentes, á aquellos electores de mi provincia que honrándome con sus no merecidos sufragios, me han conferido el honor de ocupar en estos bancos un puesto muy superior á mis luces, á mi capacidad, á mis talentos, á mis merecimientos y hasta á los remotos deseos de las mas lisongeras ilusiones de mi fantasia. »

A todas estas estan los oyentes con tamaña boca abierta; el relox va señalando cuartos y mas cuartos de hora; la cuestion no se ilustra; el punto no se discute ni se resuelve; el *orador* emboca otra vez al pie

de la letra los argumentos *del señor preopinante* que nunca deja de ser *su digno amigo*, llegan las cinco menos cuarto, y se levanta la sesion.

No deja de ser tambien muy chistoso el ver que sobre materias de guerra los primeros que piden la palabra son los abogados: si se trata de hacienda, allá van los militares; si es asunto de marina, los rentistas luego, luego se embarcan en él. Esto sea dicho con perdon de ciertos, y ciertos que deben de entender de todo segun lo mucho que hablan, pero esa omnisciencia no suele ser muy general.

En resúmen, nosotros creemos que en las Córtes se pierde mucho tiempo en valde con gran perjuicio de los intereses de los pueblos; si nuestros representantes estan convencidos de lo contrario, diremos lo que aquel colegial del sacro-monte de Granada. Habia alborotado todo el colegio á media noche dando espantosos gritos desde la cama: acudieron allá compañeros y superiores. Pedia el bellaco confesion, y todo hecho un ovillo se agarraba con entrambas manos un muslo, como si alli estuviese su dolencia. Reconocido una y muchas veces por los facultativos, declararon estos que el fingido enfermo no tenia nada. — « ¿No tengo nada? » preguntó él con gesto de sorpresa y admiracion. — Nada absolutamente, contestaron los médicos. — « Pues entonces, dijo el picaron, vds. perdonen! que yo me habré equivocado. »

XXXI.

EL COCHINO DE SAN ANTON (1).

(Publicado en febrero de 1838.)

Entre las verjas de palo
Que le sirven de prision,
Sobre su cama de paja
Y de otra cosa peor,
Duerme tranquilo y contento
El cerdo de San Anton.
No le despierta el bullicio
Que hay en la Puerta del Sol,
Ni el látigo del cochero,
Ni el grito del aguador;
Ni la campana que á misa
Llama con lánguido son;
Ni de la turba de ciegos
El importuno clamor,
Ni el caballo y cascabeles
Del ruidoso postillon,
Ni al relevar de la guardia
La corneta ó el tambor.
Cercada está la pocilga
De un infantil escuadron,

(1) Hay en Madrid la costumbre de rifar cada año un cerdo, al que vulgarmente se dá aquel título, y por muchos dias se halla espuesto á la vista del público.

Que no hay como los muchachos
Filósofo observador.
Uno le arroja una piedra,
Otro le da un puntillon,
Este le tira del rabo,
Aquel le imita la voz.
El cerdo duerme entre tanto
Á fuer de buen español,
Sin dársele ni un ardite
De cuanto hay en derredor.
Mas no solo los muchachos
Visitan al gruñidor,
Que hay otros dos personages
De muy varia condicion:
Cesante clásico el uno,
Romántico trovador
El otro; mas diferentes
Que un portugués y un lapon;
Solo tal vez se asemejan
En la lívida color,
En lo enjuto del bolsillo
Y el luto del corazon.
Mas son diversas las causas
Que asi tienen á los dos;
Si el cesante no trabaja,
Culpa es de un mal Director
Que le arrebató el empleo
Y á un yerno se le embocó.
El romántico anda ocioso,
Porque la noble mision

Del poeta en esta tierra
Le veda toda labor;
Que es su oficio hacer endechas
Y en lamentable cancion
Suspirar por una bella
Muger de un procurador;
Llamar tirano al marido
Que no quiere ser cabron.
Uno y otro son cesantes:
El uno que ya acabó,
El otro que no ha empezado;
¡Gentil pareja por Dios!
Uno y otro estan hambrientos,
Y llenos de admiracion,
Envidian al buen cochino,
Que los desprecia á los dos.
El clásico enternecido,
Con ronca y temblona voz,
Al marrano *impermeable*
Dirije esta alocucion.
« Oh tú, cochino dichoso,
Felicísimo cebon,
Mas que de ningun convento
Guardian, abad, ó prior.
Tú comes mientras yo ayuno,
Tú duermes como un liron,
Mientras en larga vijilia
Yo me consumo. ¡Oh dolor!
Canónigo de Toledo
Te juzgára el que ignoró

Que hay ya tambien para ellos
Terrible persecucion.
Dime, ilustrísimo puerco,
¿Qué santo te protejió
Para que estés asi gordo
Con guerra y revolucion?
¿Sabe de tí Mendizabal?
¿Su brazo no te alcanzó?
Por fuerza te ignora, cuando
Gozas entera racion.
No eres cesante, ni viuda,
Ni pensionista, por Dios,
Ni fraile que está esclaustrado,
Ni monja que está en prision;
Que á serlo, yo te aseguro
Que esa robustez atroz
En tísis vieras trocada
Y en ética consuncion.
¡Oh venturoso! ¡quién fuera
Cochino de S. Anton!
Tú esperas morir: y acaso,
¿Podré vivir mucho yo?
Y tú mientras vives, comes;
Y yo mientras muero, no.»
El romántico á este punto
Con acento plañidor,
Tambien espetó al cochino
Esta lúgubre cancion:

«Oh tú; que gozando de paz y ventura,
En medio de infanda frenética guerra,

Ageno de llanto, de pena y tristura,
Desprecias al cielo, desprecias la tierra:
¡Oh! cuántos quisieran trocarse por ti!»
— Y el cerdo gruñendo, responde *güin*, *güi*.

«Ni amor inclemente te hirió con su flecha,
Ni crudos desdenes te causan enojos,
Ni celos te punzan con fiera sospecha,
Ni hay pena en tu pecho, ni llanto en tus ojos.
Ah! si tal sosiego lográra yo asi!»
— Y el cerdo gruñendo, responde *güin*, *güi*.

«Naciste cuadrúpedo, y yo nací hombre:
Mas ¿qué me aprovechan mi juicio y razon?
Gustoso daria mi rango y mi nombre,
Que en un ser sensible no hay mas que afliccion.
¡Quién fuera cuadrúpedo! ¡triste de mi!
— Y el cerdo gruñendo responde *güin*, *güi*.

En esto por alli cerca
Pasaba un coche simon,
Que alejó de la pocilga
Al misero trovador.
Yo desperté, y el ensueño
Del cerdo de San Anton
En este insulso romance
Referir se me ocurrió.
Perdon mil veces te pido,
Pacientísimo lector,
Si acaso te le has tragado
Hasta el postrero renglon.

XXXI.

COMUNICADO

al periódico titulado Nosotros.

(Publicado en febrero de 1838.)

En prueba de nuestra imparcialidad insertamos el siguiente comunicado, no obstante la dureza con que está escrito, y que en él se ataca á esta redaccion con una liviandad muy impropia en persona *de tanto peso.* Dice asi:

«Señores Nosotros ó Vosotros, ó ustedes ó como se llamen:

Muy señores mios: Cuando mas ageno estaba de que hubiese un periódico que pudiera acordarse de mí en vida, puesto que la mayor parte ó muchos de ellos se apresurarán á dar la noticia de mi muerte cuando suceda, me han leido un menguado romance que ustedes insertan en su número 6, del miércoles 7 del corriente, en que se hace una completa mofa de mi desgraciada situacion. Que hubieran hecho tal los periodistas que pasan por exaltados, ya lo entiendo, porque mirándome como á tipo de la moderacion, no es de estrañar que tuvieran cierta complacencia en escarnecerme é insultarme; pero que

hombres como ustedes hayan sido los autores del agravio, es lo que no cabe en mi cabeza, no obstante su mucha capacidad.

Desde luego apostaria el jamon izquierdo ó la mitad del rabo, á que ese ESTUDIANTE que firma los dichosos versos es algun jovencillo flacucho, consumido y enteco, de esos que están reñidos con la crasitud y gordura; bacalaos con levita, y baldon del género humano; y apostaria tambien á que tiene los cascos tan vacíos como sus huesos faltos de carne: porque de otra manera y á no ser por pura envidia, no podia haber insultado á una persona de mi representacion, emparentada con los infantes de la Cerda, y una de las que mas bulto hacen en Madrid. Si en tiempo de un Mendizabal se me hubiera hecho tal injuria, quizá lo hubiera atribuido á cierta rivalidad y antipatía particular, que no hay para qué esplicar aqui ahora; pero en la presente época, repito que no ha podido menos de sorprenderme y admirarme.

Hallándose, pues, mi honor altamente ofendido, exijo de ustedes que á la mayor brevedad inserten en su periódico una reparacion del agravio que me han hecho; porque si no, reclamaré ante un tribunal con el derecho que me compete en España, donde, gracias á las leyes civiles y eclesiásticas, no estoy proscripto ni vilipendiado, como un tiempo lo estuvo toda mi familia bajo la ley antigua.

Si ustedes rehusan este justo desagravio, me valdré ademas de personas de influencia que me son muy

aficionadas, para que tomen la defensa de un ser tan desgraciado como digno de toda consideracion, pues que al fin ha prometido derramar su sangre en beneficio de la humanidad, y dar su vida por conservar la de otros.

De ustedes afectísimo,

Robustiano de la Cerda,
conocido por el Cochino de S. Anton.

Nosotros, en vista del antecedente comunicado, no podemos menos de manifestar que nunca fue nuestro ánimo agraviar á una persona tan apreciable como el señor de la Cerda, á la cual tenemos la mayor aficion, y de ello estamos dando pruebas diariamente. Son varios los individuos de su familia cuyos restos mortales hemos recogido cuidadosamente, y la pastelería Suiza nos es buen testigo de que algunos de ellos, aunque todavia de tierna edad nos han merecido los mayores elogios. Si el Sr. D. Robustiano no se satisface con esta esplicacion, estamos prontos á darle cuantas pruebas quiera de nuestro apetitoso afecto.

XXXIII.

NO MAS RECLAMACIONES.

DIÁLOGO

entre un Suscritor y un Redactor.

(Publicado en julio de 1836.)

Suscritor. SERVIDOR de V., señor redactor. Yo desearía que se insertasen en el periódico de V. de que soy suscritor dos ó tres cosillas que aqui traigo.

Redactor. No hay inconveniente; mas con tal que á nadie ofendan, porque estoy cansado de reclamaciones.

S. Lo que yo escribo me parece que á nadie puede incomodar.

R. Eso nos parece á todos, señor mio; pero es tanta la delicadeza y suspicacia de las gentes, que todo les hace cosquillas. Véamos eso que V. trae.

S. Esto primero es la narracion sencilla de un caso ocurrido anoche cerca de mi casa; dice asi:

« Anoche á cosa de las once y media, se abrió la puerta de la taberna sita en la calle de Santa María del Arco, y de ella salió un hombre en trage militar que se paró en la esquina de enfrente á leer un pa-

pel. No pudiendo conseguirlo por la escasa luz del farol, se dirigió á una vecina que estaba tomando el fresco en su ventana, y le pidió el favor de que sacase una luz. Mientras la buena muger iba por ella, de una buhardilla inmediata que al parecer habita un valenciano, arrojáron algunas inmundicias que cayeron sobre el militar, el cual naturalmente prorumpió en algunas imprecaciones. A este tiempo pasaba un hombre, que despues se supo llamarse Juan Alvarez, y creyendo que las expresiones del militar se dirigian contra él, sin pararse en otra cosa, le acometió con un puñal de Albacete, hiriéndole por bajo del hueso de la cadera, de un golpe que le atravesó el uniforme y el tahalí del sable. Acudieron algunas gentes, y un cirujano que se buscó le hizo la primera cura, asegurando que la herida no era peligrosa, pero al ser conducido al hospital espiró el desgraciado.

La policía no ha podido haber al agresor á pesar de las señas que dió de él un zapatero de viejo que le vió acometer. »

R. Muy bien ¿Y V. llama á eso una relacion sencilla que no puede dar lugar á ninguna queja?

S. Yo tal creo.

R. Pues yo no creo tal; y lejos de eso, vaya V. contando las reclamaciones que produciria esa noticia si se imprimiera.

Reclamacion de la comision de rótulos de las calles, por haberse llamado calle de Santa María del Arco, nombre antiguo, á la calle del Arco de Santa María, nombre nuevo.

Reclamacion del tabernero, por haberse dicho que su puerta se habia abierto á las once y media, siendo asi que está mandado cerrarlas á las once, y que aun faltaba minuto y medio para esta hora.

Reclamacion de cada uno de los cuerpos militares de esta plaza, Guardia nacional, é individuos de clases pasivas, por haberse dicho que uno *con traje militar* salia á deshora de una taberna.

Reclamacion de los faroleros, celadores de alumbrado, &c. &c., por haber llamado *escasa* á la luz del farol.

Reclamacion de tres maridos zelosos, un tutor fiero y un padre gruñon, sobre que se diga que muger era la que estaba en la ventana, porque el público no entienda que eran sus respectivas pupilas, hijas, ó esposas.

Reclamacion de la que verdaderamente se halló en el lance, por haberla llamado buena muger, siendo asi, que es una señora viuda de un corregidor, ó de un coronel, ó de un veinti-cuatro de Sevilla.

Reclamacion del inquilino de la buhardilla, diciendo que él no es capaz de echar inmundicias sobre nadie, y que el inmundo será el articulista y toda su casta.

Reclamacion de todos los valencianos residentes en Madrid, por sí y á nombre de todos los naturales del reino de Valencia, diciendo que se les insulta con decir que un valenciano arrojó inmundicias, y probando que aquella provincia se ha distinguido siempre por su amor á la libertad.

Reclamacion con siete mil y tantas firmas de otros tantos individuos que se llaman *Juan Alvarez*, protestando que ninguno de ellos fué el agresor de que se trata.

Reclamacion de varios patriotas, que se insertará en el *Eco del Comercio*, diciendo que lo referido es una sátira contra don Juan Alvarez Mendizabal.

Reclamacion de la ciudad de Albacete, asegurando que allí no se fabrican puñales, como que son armas prohibidas.

Reclamacion del gremio de sastres, diciendo que no hay uno del oficio capaz de hacer un uniforme que llegue mas abajo del hueso de la cadera.

Reclamacion de varios guarnicioneros, pidiendo se esplique que si el puñal atravesó el tahalí del militar herido, fué porque el arma era muy buena, y no porque el tahalí fuese malo.

Reclamacion de ciento veinte y ocho cirujanos, jurando que ninguno de ellos fué el que curó al herido y se equivocó en su pronóstico; pues cualquiera de los reclamantes hubiera anunciado la muerte del paciente como debe hacerse, por la seguridad que hay de enviarle al otro mundo á fin de justificar el acierto.

Reclamacion del director y empleados del hospital contra la intencion oculta del articulista de hacer ver que basta que un herido vaya camino del hospital para que espire al instante.

Reclamacion de la policía, diciendo que se la arguye de poco diligente.

Reclamacion del zapatero de viejo, diciendo que es maestro examinado de obra prima, y que no es capaz de delatar á nadie, y que ha sido nacional de ambas épocas y perseguido por los realistas.

Y por último otras muchas que yo no puedo preveer ahora.

S. Pues, amigo, si V. cree que ha de venir toda esa nube sobre mi pobre noticia, la retiro y renuncio á escribir para siempre.

R. Hará V. muy santamente; y crea que el no escribir es el único modo de evitar reclamaciones.

XXXIV.

ANTIGÜEDADES.

(Publicado en julio de 1836.)

Acaba de hacerse un precioso descubrimiento en uno de los lugares mas infelices de la provincia de Cuenca, de cuya noticia no queremos privar á los aficionados al estudio de las antigüedades. A media legua del tal lugar, cuyo nombre no se hace necesario para el caso, encuentra el viagero observador ruinas que indican lo que todas las ruinas; es decir, que en tiempos anteriores ha existido allí algo que se ha arruinado. Los vestigios que ahora se descubren del desmoronado edificio son unas cuantas piedras dislocadas; de donde se infiere que la fabrica pudo ser ó habitacion de un cónsul romano, ó un templo gótico, ó una mezquita árabe, ó finalmente el cortijo de algun labrador de Castilla que vino á tierra bajo el enorme peso de las contribuciones y de los diezmos. Los inteligentes conocerán bien toda la fuerza de estas congeturas que hemos hecho ayudados de nuestros profundos conocimientos en la materia, y despues de un largo y penoso estudio, á la vista de aquellos pre-

ciosos restos de la antigüedad: ellos nos han convencido de que el edificio pudo ser cualquiera de las cosas arriba dichas, en atencion á que lo que de él queda son piedras solamente, y es cosa averiguada por los sabios de todos los paises que con piedra edificaban los romanos, con piedra los godos, con piedra los árabes y con piedra los labradores de Castilla, sobre todo antes de que los arruinaran los diezmos y las contribuciones.

Pero lo mas notable que hay en las ruinas que con tanta maestría como utilidad de nuestros lectores vamos describiendo, es una piedra rectangular de 4 pies, 6 pulgadas y 7 líneas de longitud, por 2 pies, 9 pulgadas, 5 $\frac{3}{29}$ líneas de latitud. En ella se observa una añeja inscripcion, que escrupulosamente copiamos para mandarla litografiar, la cual es ni mas ni menos como sigue:

D. O. M.
I. N. G.
O. T. E.
L. L. O.

Largo tiempo estuvimos meditando sobre la inteligencia de esta inscripcion misteriosa. Las tres primeras iniciales, con la circunstancia de estar algo separadas del resto de la inscripcion, nos las hacia mirar como la sabida invocacion á los manes que los romanos usaban en sus sepulcros; pero el cura del lugar nos decia que la D. la O. y la M. debian leerse

Deo Optimo Máximo, como siendo el sepulcro de tiempos mas modernos.

En estas disputas estábamos, cuando acertó á pasar un pastor de las inmediaciones, y como nos viese enfrascados en la contemplacion de la piedra, llegóse á nosotros y con rústica llaneza nos dijo de esta suerte: « Esas letras, señor cura y compañía, que están sus mercedes viendo, no las han hecho esos romanos ni esos gringos que sus mercedes dicen, sino mi presona con esta navaja que aquí traigo. Y si sus mercedes las miran con cuidado verán de como las letras no dicen otra cosa que mi propio nombre, y apellido, que para servir á sus mercedes es, como sabe muy bien el señor cura que está presente

DOMINGO TELLO.

XXXV.

COSTUMBRES.

El Portero.

(Publicado en julio de 1836.)

NATURALISTAS hay que se inclinan á creer que los porteros forman una especie aparte de los demas hombres; fundándose en la conformidad de ciertas propiedades morales y aun de ciertos accidentes físicos. Contestan los filósofos á esto que no hay tal especie en el género humano á que se pueda dar el nombre de *Portero*, sino que los individuos destinados á esta profesion por la suerte, ó á quienes inclinó á esta carrera (si carrera puede llamarse la de estar eternamente parado) su constitucion orgánica ó predisposicion frenológica, que llamamos nosotros los inteligentes, adquieren con el ejercicio de las funciones porteriles iguales hábitos, iguales costumbres, las mismas maneras, los mismos modales, el mismo tono de voz y hasta aquella particular situacion de los músculos todos de la cara, á cuya reunion llamamos semblante ó gesto, y que insensiblemente llega

á alterar sus facciones asimilando las de los unos á las de los otros.

Nosotros en verdad somos mas bien partidarios de esta última opinion y creemos que la puerta hace al *Portero*, al contrario de lo que acontece con el hábito que diz que no hace al monge, ó bien asi como sucede con el violin, que á todo el que le toca le da cierto aire y tendencia infusa de director de orquesta, aun cuando no sepa una jota de contrapunto. No creemos pues que se pueda decir como de los poetas y aun de los pintores *Portero nascitur*, esto es, que haya de nacer expresamente para *Portero*, ó como se dice vulgarmente, hecho de encargo, y mucho menos que haya de ser una especie, porque en este caso era forzoso que de padres á hijos viniese por sucesion no interrumpida la clase porteril; y lejos de ser esto cierto, vemos que hay porteros en este mundo que nacen ó traen su descendencia hasta de un correo de gabinete, que es la cosa mas diametralmente opuesta que puede darse.

El principal distintivo, el rasgo característico ó cualidad inherente por que se conoce al *Portero*, es la inaccion, que otros con menos atildado lenguaje llaman holgazanería. Su principal quehacer es no hacer nada. Su destino el de ser un cerrojo racional que sin necesidad de exterior impulso se abre ó cierra á voluntad del dueño de la puerta.

El *Portero*, aunque sentado en una rancia poltrona de baqueta, las piernas abiertas y estendidas, los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza inclinada,

los ojos adormecidos, la boca entre-abierta, la respiracion pausada y resonante á manera de ronquido, aunque en esta actitud, decimos y á primera vista parece piedra ó estuco, es un ser viviente, animado, con sus facultades intelectuales pocas ó muchas. Entre estas se echa de ver un particular instinto para conocer á los que intentan entrar con miras hostiles, es decir, á pretender, á suplicar, á pedir prestado, á demandar un socorro &c. segun en donde se halla colocada la portería. A estos tales desde luego los recibe con espantoso gesto, aire altanero, voz estentórea y grotescos modales, que hacen un singular contraste con el ademan humilde y rendido del que solicita entrada.

No puede ser — no está en casa — tengo órden de que nadie entre. — Estas son ú otras semejantes las secas respuestas con que se desembaraza de aquel importuno y le despide, terminando luego con un sordo y prolongado gruñido, hasta que vuelve á sentarse en su poltrona, y á entregarse de nuevo al sueño.

El *Portero*, como queda dicho, aunque le sobra tiempo mientras guarda su puerta para emplearse en alguna ocupacion mental ó labor de manos, tiene el trabajo por cosa agena y enteramente indigna de su profesion; sin embargo hay alguno que otro tan aplicado que masculla mas bien que lee la *Gaceta* ó el *Diario de Avisos* y aun se estiende hasta llenar una media horita en la instructiva y provechosa ocupacion de picar tabaco.

Aunque mucho mas pudieramos decir sobre esta

clase tan importante como numerosa en el actual estado de nuestra sociedad, concluiremos apuntando los principales rasgos que le distinguen.

Él es soberbio con los humildes, humilde con los altivos, amigo de la ociosidad y del tabaco, sensible al sonido de la campanilla y de la plata, olvidadizo, para dar tratamientos y guardar respetos, de memoria feliz para las fiestas del calendario y para reconocer al que le dió una vez propina, descortés y orgulloso por costumbre, racional en la apariencia y vegetal en la esencia.

Entre las varias clases de Porteros la de estrados es la mas doméstica, y la de oficinas la mas dañina y agreste que se conoce. Los dos porteros mas desgraciados que á nuestro entender existen, son el del casino de la calle de la Duda, y el *Can Cervero.*

XXXVI.

Soneto.

Al Marques de C.... S....

Mi amigo desde la niñez.

INÉDITO.

Dónde se huyó aquel tiempo venturoso
De feliz ignorar y placer lleno,
De toda angustia y sin sabor ageno,
Menos durable cuanto mas dichoso?

¡Ay! fué y no será mas. El proceloso
Mar de la vida convirtió en su seno
Aquel manantial plácido y sereno
De la niñez, en golfo peligroso.

Nuestra infancia pasó.... La placentera,
Manuel, la dulce paz de la inocencia....
Y el gozo y juegos de la edad primera.

Quedó para endulzar nuestra existencia
De una amistad, tan fiel como sincera,
La deleitosa y pura complacencia.

XXXVII.

COSTUMBRES.

DIÁLOGO

Gracias (1).

(Publicado en enero de 1835.)

LA MARQUESA. — EL CONDE.

Conde. MARQUESA estoy á los pies de V.

Marquesa. *Gracias*, Conde: tome V. asiento... Aquí, cerca de la chimenea.... en el *butaque.*

C. Gracias, Marquesa. ¿Está V. buena?

M. Perfectamente buena; *gracias.*

C. ¿Y el Marqués está mejor?

M. Si; *gracias.* Ha salido á sus acostumbradas visitas.

C. ¡Que mal hace en dejar por sus visitas una compañía tan amable!

M. *Gracias*: sin duda estará en otra parte mas

---

(1) Se intenta ridiculizar aquí una muletilla que usan en su conversacion las gentes del gran tono.

complacido. Los hombres suelen VV. ser estravagantes.

C. *Gracias*, Marquesa.

M. No hay regla sin escepcion. (*Momento de silencio por lo cual se echa de ver que la visita era de cumplimiento.*)

C. Tiene V. un gabinete de chimenea elegantísimo, Marquesa.

M. *Gracias:* está dirigido por el gusto del Marqués.

C. El Marqués tiene muy acreditado su buen gusto, y el tino de la eleccion.

M. *Gracias*.... Pero, Osmir, tu no haces mas que ensuciar el pantalon de ese caballero.

(El bueno de Osmir da un salto al oir esto y se coloca en el regazo de su Señora.)

C. *Gracias*, Marquesa; pero no importaba nada: harto se ensucia uno por las calles de Madrid.

M. En efecto, no se como no ha fijado su atencion sobre este punto nuestro nuevo correjidor. Cuando le vea se lo he de insinuar.

C. Pues es cosa hecha porque una insinuacion de V. vale mucho.

M. *Gracias*, Conde.

C. Yo he dejado hoy mi carruage porque me conviene andar, á causa de que me resiento algo de este pié.

M. ¿Y es cosa de algun cuidado?

C. No señora; *gracias*. De resultas de la caida de un caballo.

M. Pero que gusto tienen VV. en correr sin necesidad? Cuando veo alguno atravesar el prado á escape como si se tratara de alguna carga de caballería, ó de seguir una liebre, le aseguro á V. que me pongo á temblar temiendo....

C. (*Interrumpiéndola con una sonrisa de satisfacion.*) *Gracias.*

M. Temiendo que se rebiente el pobre animal, ó que atropelle á alguna criatura, ó en fin que el mismo ginete venga á tierra como veo que á V. le ha sucedido.

C. Seguramente; pero cuando mi caida estaba el caballo enteramente parado.

M. ¡Parado!

C. Como si fuera de piedra.

M. ¿Pues como así? Le daria á V. algun vahido. Es una desgracia ese padecer de los nervios.

C. *Gracias*; pero no fué eso; no tengo derecho á esa amable compasion aunque la agradezco.

M. *Gracias.* Pues no comprendo....

C. Fué en *Avrillon.*

M. ¡En Avrillon!

C. Como V. hace una vida tan retirada acaso no sabrá que unos cuantos jóvenes nos hemos reunido para aprender la gimnástica.

M. ¡Ay, amigo mio, que mal hecho¡ Supongo que no adelantarán VV. gran cosa¡

C. Sin embargo sabemos saltar sobre los caballos....

M. Y caer despues al suelo.

C. No siempre.

M. Pero con demasiada frecuencia.

C. Sin embargo yo hasta ahora no he sufrido mas que el golpe del pié y la dislocacion de una muñeca.

M. Como! tambien la muñeca! V. me hace estremecer! Veo que VV. se tiran á matar.

C. Oh! todo esto es de increible utilidad.

M. Para estropearse. Creame V., amigo mio, porque le quiero....

C. *Gracias.*

M. V. no sacará mas partido que el de quedar lisiado, y en cuanto á la agilidad de los miembros y el ejercicio de las fuerzas, es preciso adquirirlo desde la primera edad, y conservarlo con una vida no tan regalada como la de V. Nunca he visto á Hércules representado con un talle tan delicado como el de V.

C. *Gracias,* Marquesa.

M. No creo que fuera siempre tan cargado en lo esterior de perfumes, y tan lleno el estómago de manjares nocivos. VV. son muy ambiciosos; despues que nos han sobrepujado en el esmero del tocador, quieren sobresalir tambien en los dotes de su sexo: no creo posible el combinarse tal generalidad, ni que los que parecen damas en el Prado puedan en otra parte ser Alcides.

C. Oh! los hay entre mis condiscipulos de gimnástica, muy sobresalientes.

M. Lo creo muy bien; pero serán sin duda los menos afeminados.

C. (*Riéndose.*) Veo que es V. muy varonil.

M. No; pero gusto de ver entre los dos sexos una línea divisoria bastante marcada.

C. (*Tomando el sombrero.*) V. quisiera que nuestros elegantes fueran como los paladines de la edad media.

M. Quizá no tanto; pero un poco menos.

C. Marquesa á los pies de V.

M. Avur, Conde, gracias; y no haga V. locuras.

C. *Gracias.*

Nota. Si á este diálogo se le despojára de tantas *gracias*, tal vez se le encontraría alguna *gracia*. Nos parece que si la moda desterrara esta muletilla en *gracia* de la mayor *gracia* del lenguage, se le podrian dar muchas gracias.

XXXVIII.

CORRESPONDENCIA

DE UNA COQUETA.

(Publicado en junio de 1835.)

Carta 1.

CELIA Á LAURA.

Ven, mi querida Laura, ven á pasar conmigo la tarde; hablaremos de mil cosas, y te enseñaré algunos billetes que he recibido y las contestaciones que tengo escritas. Tu eres mi única consultora, mi confidente, mi todo.

Carta 2.

CELIA Á CÁRLOS.

» Un impulso secreto de mi corazon me arrastra á tomar la pluma para lo que no debiera. El tí-

mido, el respetuoso Cárlos se ha atrevido á declararme por escrito una pasion á que yo no debo dar oidos y ni aun explicar el por qué. Por lo demas confieso que no era para mí un secreto; y que son inútiles los esfuerzos que hago para irritarme contra mi rendido amante: y eso que para excitar mi rabia conservo todavia delante de mis ojos, colocada en mi tocador, la rosa que recibí ayer tarde de su mano y lo que es peor, conservo tambien su billete.... Pero ¡qué digo!.... Cuanta es mi debilidad al hablar de una circunstancia que debería ocultar!.... Cárlos no vuelva V. á escribirme.»

Carta 3.

CELIA Á ADOLFO.

» ¡Siempre celoso! ¡Siempre desconfiado! ¿En qué se funda todo ese capítulo de quejas que me ha escrito V. esta mañana? En que un fátuo que me fastidia me dió ayer una rosa; en que me la puse en la cabeza como hubiera hecho con otra cualquiera; en que no quise dársela á V. para que ejercitase en ella una venganza propia de un niño de 14 años.... Esto es hecho, Adolfo; si V. hace ánimo de seguir en sus impertinencias, será lo mejor que nunca mas nos hablemos. ¡Ingrato! ¡Este es el pago de tanto amor!»

Carta 4.

CELIA Á FEDERICO.

» Si tu supieras, mi querido Federico, cuantas veces he leido tu billete de esta mañana, y cuantas lágrimas de ternura me has hecho derramar. Tu confianza y seguridad aumentan el amor que has sabido inspirarme. Sí, amado Federico: el necio Adolfo, á quien tolero algunas veces á mi lado por consideracion á los caprichos de papá, el insípido y alelado Cárlos, son pequeñísimos rivales para disputarte un corazon que es todo tuyo. ¿ No es verdad que tú estás bien persuadido de ello ? »

Carta 5.

LAURA Á LUISA.

Amiga mia : ayer he pasado un rato cruel. La loquilla de Celia me convidó á ir á su casa solo por hacer ostentacion de tres billetes amorosos que habia recibido. No sé qué mérito encuentran los hombres en esta necia. Ella me leyó con disimulada vanidad sus contestaciones en que á todos halaga á un tiempo. ¡ Que coqueta ! Pero yo la dejé bien castigada, porque fingiendo tomar parte en su travesura y aplaudirla, me encargué de poner los sobres á los billetes

y dirijí á Adolfo R.... el que iba para Cárlos S...., á mi primo Federico el que estaba escrito para Adolfo, y á Cárlos el que ella destinaba para Federico. Ya sabremos el resultado de esta troca-tinta que pondrá su doblez en claro y nos reiremos á costa de la presumida. »

Carta 6.

FEDERICO Á CELIA.

» Señora, para que el caballero Adolfo no vuelva á tomar zelos ni desconfianzas porque otro necio, como nosotros dos, haya dado á V. una rosa, devuelvo ese billete que por una venturosa equivocacion, he recibido. Acompaño tambien, para que V. suplique al favorecido lo acepte en mi nombre, esa sortija con su lema de SIEMPRE y SOLO, y el rizo de pelo que recibí en el mismo dia. Una vez desembarazado de esas prendas y de mi engaño, deseo á ese caballero tan gratas ilusiones, y tan provechoso desencanto, como ha logrado (gracias á V.) su afectísimo &c.»

Carta 7.

CARLOS Á CELIA.

» No merecia mi atrevimiento tan cruel castigo como el de hacerme leer un billete dirijido á otro

amante mas dichoso, y que en él se me trate de *insipido y alelado.* Conozco que tal vez mereceré el primer epíteto, y en cuanto al segundo, es un modo injusto de pintar el enagenamiento y profunda melancolía en que vivo desde que vi unos divinos ojos por los cuales á pesar de este amargo desengaño sabré morir; pero moriré en silencio. »

Carta 8.

ADOLFO Á CELIA.

» Muger ingrata y fementida, ¿No te has contentado con la perfidia, sino que añades el descaro, enviándome copia del billete que diriges al nuevo favorito, al imbécil Cárlos? Pues bien, surtirá su efecto, buscaré á ese necio, le atravesaré de una estocada el corazon, y despues volveré la punta contra el mio, que ha tenido la debilidad de amar á una fiera, á un monstruo, á quien detesto en este instante con toda mi alma. »

Carta 9.

CELIA Á LAURA.

Vuela á mi socorro, Laura mia, yo me muero: estoy en la cama postrada á rigor de una violenta

calentura que tal vez acabará conmigo. Ven á los brazos de tu amiga, y te confesará, aunque con rubor, el castigo que ha recibido por su indiscreccion y atolondramiento.»

Carta 10.

LAURA Á LUISA.

» Mi imprudencia ha estado á pique de causar muchas desgracias. Se hallaba Celia en la cama, entró el médico y todos le rodeamos ansiosos de oir su pronóstico sobre la enfermedad de nuestra amiga, cuando al buen hombre se le antojó divertirnos con la relacion de una anécdota y sin mas rodeos nos contó que Adolfo ha buscado á Cárlos, y llenándole de improperios y de insultos, á que no ha podido resistir su moderacion, le ha obligado á salir á batirse. Oir esto Celia, y caer en un violento delirio fué obra de un momento: todos acudieron á ella, y yo á enviar quien averiguase el resultado del duelo. Parece que Adolfo ha sacado una ligera herida, que fué desarmado despues por su adversario, y que la generosidad de este y la interposicion de algunos amigos terminó el asunto. Tiemblo de pensar en un lance que me servirá de escarmiento. La enferma sigue mejor y lo ha sabido todo por mi boca. ¡Dichosa yo si este suceso no tuviese otro resultado que servir de leccion á las coquetas!

XXXIX.

DEL JUEGO.

(Publicado en febrero de 1835.)

El hombre siempre ingenioso para aumentar sus miserias y convertir en su propio daño los recursos que en si mismo tiene y debian conducirle á la felicidad, ha viciado y desnaturalizado por decirlo asi aquellas propias invenciones á que damos el nombre de *juegos*, y que nunca debieran pasar de ser un recreo sencillo del ánimo, y una especie de descanso del entendimiento. Los naipes tienen un orígen mas dudoso de lo que comunmente se cree, pues á pesar de cuanto sobre ellos se ha hablado, no falta quien sienta que primeramente tuvieron un uso religioso en los misterios de cierta secta gentílica. El hecho es y lo que importa á nuestro caso, que en su actual forma la baraja, por sus multiplicadas y diversas combinaciones, produce un sin número de juegos que bastarian para una honesta recreacion si la perversidad humana no les hubiera añadido dos circunstancias fatales, cuales son la de encomendar al arbitrio de la suerte el resultado del juego, y poner el oro por interes y objeto de la ganancia. Sobre estos dos polos fatales gira la esfera

del juego que tantos males acarrea á la sociedad en su maligna revolucion.

No es nuestro ánimo declamar aquí contra los funestos resultados del juego, aunque nunca será bastante lo que contra él se dijere, sino el hacer tan solo una importante reflexion. Si un hombre entregado á los desórdenes del juego, luchando entre el impulso de una infame codicia que en vano se intenta disfrazar, y el temor de perder lo necesario, que en vano se intenta disimular, es un objeto de desprecio y de reprobacion para las personas sensatas ¿ qué no se dirá de una muger dominada por tan indecente vicio? La muger nacida, y destinada para enfrenar las violentas pasiones del hombre, y morigerarle, para hacerle amable la senda de la razon guiándole hácia ella, si una vez se descarría con la dulzura de su ejemplo y sus consejos; la muger á quien está encomendada la conservacion del órden interior de las familias, el manejo doméstico del caudal, la distribucion prudente de sus medios de subsistencia ¿ tendrá valor para esponer sobre el tapete á las vicisitudes caprichosas de un albur el oro que le fué entregado, no para que le disipase, sino para que le distribuyese y acrecentase con las disposiciones de su bien entendida economía? Y esto es si la jugadora como suele suceder es una madre de familias, pero aun siendo jóven ó soltera no deja eso de hacerse igualmente repugnante. Ni la juventud ni la belleza parecen compatibles con la sombría codicia, con el asqueroso afan de la ganancia que son el alma y resorte principal del juego. El

amor huye espantado á la vista de un semblante desencajado y pálido, cuyos ojos, en vez de modestas y dulces miradas, parece que lanzan rayos contra el naipe fatal cuya tarda llegada ha hecho palpitar con violencia un corazon destinado á mas suaves y dulces emociones. La amistad no halla tampoco el atractivo que la llama ni la correspondencia que la alimenta en un pecho esclavizado por el tiránico yugo del azar. ¿Que será, pues, una jóven de quien el amor y la amistad se ven precisados á huir? ¿Cómo es posible que haya una muger sean cualesquiera su edad y estado, que se esponga á merecer el título odioso de jugadora?

XL.

EL PISAVERDE.

(Publicado en marzo de 1835.)

»Era un mancebo galan, atildado, de blandas manos, y rizos cabellos, de voz meliflua y de amorosas palabras, y finalmente todo hecho de alfeñique, guarnecido de telas, y adornado de brocados.»

CERVANTES.

Existe en la sociedad una especie particular de entes contra los cuales siempre se ha desencadenado la sátira, de quienes todos se mofan, y que no hallan en parte alguna apoyo ni defensa. Llamáronse antes en castellano *Pisaverdes*, nombre gracioso y significativo, y despues con el título francés de *Petimetres*; pero el pueblo, mortal enemigo de los tales, suele apellidarlos tambien con mil epítetos que él mismo inventa, adopta, deshecha, y sustituye, siendo el de *Lechuguinos* uno de los que han corrido mejor suerte en estos últimos tiempos. La mas propia definicion que de semejantes vichos hemos visto es la que en tan breves palabras dió Cervantes, y dejamos ya arriba citada; pero ni en tiempo de aquel escritor, ni en otra alguna época antigua ni moderna, creemos que pueda haberse notado en esta dege-

neracion de la especie humana la singular anomalía de reunir con su afeminada tendencia el prurito de ostentar el signo con que la naturaleza distinguió al varon, que es la barba. A risa mueve seguramente el ver que no habiendo casi nada suyo de lo que se ve en su persona, pues que el sastre le dá hombros, pechos, caderas y pantorrillas, el peluquero rizo y brillantez en los cabellos, el zapatero estatura empinándole sobre tres pulgadas de tacones, y el maestro de baile gracia en el andar y soltura en los movimientos; causa risa decimos, que lo único que de su caudal pone el *Pisaverde*, que es la prolongada patilla y el ensortijado bigote, sea lo mas importuno, incongruente y contradictorio con el resto de la figura, y con el todo de su atavío. Enhorabuena que dé el guerrero mas ferocidad á su rostro emboscándole entre la espesura de su barba y cabellera; sus ojos centellean entre sombras en el calor del combate, y al dar el grito de guerra que despierta su feroz entusiasmo, las crespas cerdas que rodean su boca, erizándose de repente, aumentan el terror del enemigo y le hacen huir amedrentado. Pero patilla, barba, bigote y pera, no para recibir el polvo de la batalla, sino para contener como otros tantos algodones los olorosos perfumes! ¡Rizos artificiales y femenil compostura en el áspero distintivo varonil! ¿Á que conduce la barba para valsar, ni el bigote para los amorosos requiebros que produce una voz meliflua y atiplada? Cierto que es bien ridículo contraste.

¿Pero como se ha de esperar consecuencia ni aun

para tan pequeña cosa en cabezas de monos casquivanos? Bien ordenada república sería sin duda aquella en que el legislador hubiera tenido presentes tales entes para proscribirlos con disposiciones severas; pero ya que no tengamos leyes escritas al efecto, existe un poder tremendo que bastaria á estinguir la hedionda raza de los arlequinados *Pisaverdes*, y este poder es el de las mugeres. Pues que el hombre que cae en el vicio de la afeminacion no parece que pueda tener otro objeto que el de agradar al bello sexo, á éste es á quien toca castigar su ridícula manía pagando sus afectados obsequios con el desprecio mas positivo y señalado. Cierto es que por lo general las damas prefieren el aspecto varonil de un hombre de forma á la miserable traza de uno de estos mequetrefes; pero todavía vemos que se los atiende y tolera mas de lo que era necesario. Hombres que solo piensan en su adorno esterior, ni aun son buenos para admirar la hermosura; corazones que palpitan por la venida del sastre, y por la feliz terminacion de una levita ó de un chaleco, no son susceptibles de un verdadero amor; pechos sobrecargados de alfileres, dijecillos y cadenas, mal podrán ofrecerse en defensa de una dama; y cabezas cubiertas de rizos y embadurnadas de aceites olorosos no pueden contener el juicio necesario para los sérios objetos á que el hombre es llamado, y de los cuales depende la muger que á él unió su suerte.

Estas breves reflexiones nos han ocurrido por hoy sobre este asunto, y las dejamos aquí porque su obje-

to es indigno hasta de tratarse en sério. Caiga confundido y despreciado el *Pisaverde*, pero no abrumado por reflexiones morales, sino aburrido por la sátira, y abochornado por la risa y la mofa del público. Breton de los Herreros, en su *Marcela* trata como debe á los *Pisaverdes*, retratándolos al vivo en el personage de Don Agapito: bien que no hay mejor medicina de las plagas sociales que la pluma de un autor cómico. ¡Á cuantos no habrá libertado la *Marcela* de la tentacion de convertirse en Agapitos!

XLI.

EL PATRIOTISMO BULLICIOSO.

(Publicado en julio de 1836.) (1)

—Madre ¿no oye V. que ruido?
Querer dormir es en vano.
—Hija, mañana temprano
Sabremos que ha sucedido.

—¡Qué carreras! ¡Qué desorden!
¡Qué voces! qué palabrotas!
—Hija, si son patriótas
Que están conservando el órden.

—Madre, la bulla se acerca,
Yo voy á abrir el balcon.
—Pues cuenta con un chichon,
Ó con que te llamen puerca.

—Madre, por ahi van diciendo:
«Que me matan..... ¡Dios me asista!
—Hija, será algun carlista
Á quien están convirtiendo.

(1) Los desórdenes que hubo por aquel tiempo, en que eran frecuentes las tropelías, insultos, palizas, y asesinatos por la noche y aun durante el dia, dieron materia á este diálogo.

—¡Ay! para qué habré yo abierto!
Ahí mismo á un hombre han herido.
—¿Y qué mas quiere el perdido?
Dé gracias que no le han muerto.

—Y el sereno, eso está bueno,
Como si nada pasara.
—Hija pues, si él se alterara
Dejára de ser sereno.

—Por allí van dos patrullas
¿Y no oirán estos clamores?
—Hija, y por qué esos señores
Se han de andar metiendo en bullas?

—Madre, dice la tia Pica,
Que á treinta y dos han matado.
—¡Dichosos! que se han ahorrado
Pagar médico y bótica.

—¡Qué escenas tan horrorosas!
Tiene razon la vecina.
—Cierra el balcon, Marcelina,
Y no me hables con facciosas.

—Y á este esceso estraordinario
¿No ponen remedio presto?
—¿No han de poner?... por supuesto
Un gran bando en el Diario (1).

---

(1) Histórico.

— ¿ Y el que murió ? Aquí el adagio
Se cumple de « al asno muerto.... »
— Ay, hija, ten por muy cierto
Que le sirve de sufragio.

— Y callan con tal frescura ,
Los periódicos infieles !
— ¿ Cómo han de hablar los papeles
En tanto que haya censura ?

XLII.

LA DONCELLA.

(Publicado en marzo de 1835.)

Dudosa es la cuestion de si el estado de servidumbre en que nuestros criados se hallan es tan desgraciado como á primera vista parece. Pondérenme VV. cuanto gusten la humillacion que trae consigo el haber de vivir sujeto á la voluntad agena, el depender del capricho de un dueño, la precision de tolerar sus estravagancias; repitan con énfasis la odiosa palabra de *esclavitud*, yo les diré á todo que tienen razon; pero les suplicaré en seguida que me demuestren cuál es el dependiente, el sujeto y el esclavizado, si el criado por el amo ó el amo por el criado. Y como cada uno es dueño de tomar los ejemplos de donde mejor le plazca, yo voy á escoger para mi propósito la pintura de lo que generalmente sucede á una doncella *de labor*, grado el mas noble acaso de la escala doméstica, que empieza en el de cocinera y acaba en el de ama de llaves.

La doncella, en efecto, es en una casa la persona que, incluso el amo, disfruta mas comodidades y goza de mayores preeminencias. Sus ocupaciones son las mas agradables, las mas decentes, las mas diver-

tidas. Corre con la cuenta, distribucion y arreglo de la ropa blanca, y sabe en este ramo tener en dependencia á todos los individuos de la familia, como que el que no tenga su amistad nunca andará bien vestido. Acompaña á su señora á las visitas de confianza, y disfruta de la íntima sociedad que se recibe en el tocador ó en la pieza de costura. Se viste con la misma elegancia que su ama; parte con ellas las provisiones de horquillas, alfileres, pomada y agua de Colonia, toma todos sus aires y maneras; los domingos por la tarde va al Prado hecha una marquesa, saluda á los horteras por su apellido, como que tiene buen cuidado de aprenderle cuando sale á recorrer las tiendas con su ama, y cualquiera la tendria por una duquesa no estando en antecedentes. No es esto solo, sino que su *posicion* en la casa es muy propia para complacer á todos en las funciones que ejerce; asi es que el amo la sonrie, el ama la contempla, la señorita la mima como confidente de sus secretos, el amante la regala como depositaria de los suyos, el señorito la requiebra, los tertulianos se chancean con ella, el peluquero le hace profundas cortesías, la modista la dá la mano, el lacayo le dice *á los pies de V.*, el cocinero le guarda sus regalillos, y el marmiton la llama *señorita doña Fulana.*

De aqui nace que la doncella que sabe aprovecharse de tantas ventajas puede aspirar hasta á hacer fortuna. Asi le sucedió á la buena de Ines, la doncella de mi madre, la moza mas lista que ha nacido bajo del cielo de la Alcarria. Cuatro años estuvo en casa,

y en ellos no solamente se equipó perfectamente, sino que juntó algun dinerillo y adquirió casi tanta instruccion y habilidades como mi propia hermana; salvo que en lugar de maestro de piano, el mayordomo la enseñaba á rascar en la guitarra unas contradanzas españolas. El caso es que con su música, sus mantillas de tafetan con blondas, y sus bordados en cañamazo, logró enamoricar á un escribiente de procurador, y los dos se unieron en indisoluble lazo. Pues han de saber VV. que el tal aprendiz de procurador ascendió luego á agente de negocios, y ya mi doncella Ines era *Inesita*. Crecieron los negocios y aumentaron las blondas de Ines, y ya tenia en su casa espejos y sillería de seda: por último, en pocos años ha subido tanto de punto, que cuando me la encuentro en la calle ya no me llama sino por mi apellido, siendo asi que antes me trataba de señorito. Ahora me dicen que ha comprado coche, justamente cuando ya no hay memoria del que teniamos en casa en los tiempos en que mi señora doña Ines repasaba la ropa blanca.

De aqui á comprar un título no hay mas que un paso, y asi, no estrañaria yo, segun lo que va subiendo la *ex-doncella* y lo que vamos bajando los *ex-señores*, que al cabo de dos ó tres generaciones algun descendiente de mi criada recibiese á una de mis biznietas en clase de doncella de su casa.

XLIII.

LA DAMA INCÓGNITA.

(Publicado en julio de 1835.)

I.

— No lo dudes, Antonio, ella debe de ser señora muy principal; y aunque yo no la he visto mas que dos veces, todas las señales son de lo que te digo.

— Podrá ser, amigo, lo que tu dices; yo no he querido ofender á tu Dulcinea con mi ligera indicacion, nacida solamente de la mayor esperiencia que tengo de lo que es el mundo, y sobre todo la Corte. Pero sea lo que quiera, te aconsejo que no te dejes llevar de esa manera de una pasion novelesca, porque podria costarte cara. En quince dias te has puesto desconocido: estás pálido, ojeroso, triste.... Apostaria á que no te conocerian en Lucena si hoy volvieses, con solos dos meses de ausencia. Esa mirada melancólica, y esas mejillas hundidas, mas parecen de un miserable cargado de penas, que de un rico mayorazgo andaluz á quien por todas partes sonrie la fortuna.

— A fé de Luis Mendoza, que me siento mudado enteramente, y yo mismo no sé qué tengo.

— ¿ Qué has de tener ? Amor dramático, que es mal terrible, y puede acarearte una ictericia.

— ¡Hombre ! ¿ De veras?

— O acaso otra enfermedad peor.

— ¿Cuál ?

— El *Romanticismo*, que si se apodera de tí, te puedes contar por incurable, y encargar una habitacion á Zaragoza.

Con una sonrisa del enamorado Mendoza concluyó este diálogo de dos jóvenes, vestidos en elegante *negligé*, que despues de haber tomado leche de vacas y paseado un gran rato por lo interior del Retiro, se habian sentado á la orilla del estanque grande. Mas como el sol de oriente comenzase á calentarles en demasia las espaldas, se levantaron, y asidos del brazo tomaron lentamente la vuelta de la villa, dirigiéndose por el estanque chinesco, cuyas sonoras campanillas movidas por el viento hacian un agradable y melancólico concierto. Llevaba Mendoza los ojos en el suelo, y caminaba todo absorto en sus pensamientos, cuando oyó que su amigo Antonio, dándole con el codo al mismo tiempo esclamó, *¡ linda muchacha !* A estas palabras levantó don Luis la cabeza para mirar hácia aquella parte; que nunca domina tanto el amor en el pecho de un hombre jóven que llegue á hacerle enojosa ni aun indiferente la vista de una bella; y quedóse mudo y estático conociendo que la que su amigo alababa era nada menos que el objeto de sus desvelos y suspiros. Miróle don Antonio, y vió que el rostro se le habia encendido, y que la espre-

sion apagada de su fisonomía varió repentinamente: y ya iba á preguntarle la causa de aquella alteracion, cuando Mendoza, oprimiéndole el brazo le dijo con toda la fuerza del entusiasmo: «ella es, amigo mio, ella es sin duda ninguna.» — ¿Pues por qué no te acercas á hablarla? Un enamorado nunca debe desperdiciar estas ocasiones. Sola va con su doncella; las criadas ya se sabe que son confidentes naturales de sus señoras; el lugar es á propósito; nadie nos vé, ¿qué mas quieres?

Diciendo asi don Antonio empujaba suavemente á su amigo hácia el bosquecillo por donde paseaba la aparecida ninfa. La ocasion, el consejo, la vista del objeto amado vencieron al fin la timidez de Mendoza, y adelantándose con aire resuelto, mientras don Antonio tomaba la vuelta por otra calle de árboles para no estorbar el amoroso coloquio, se dirigió hácia la dama, qne viéndole venir, lejos de esquivarse ó tomar direccion distinta, cerró su sombrilla y se sentó en un poyo de piedra de una de las plazoletas que los árboles formaban. Pero ¡oh fatalidad! Mendoza que no pudo menos de interpretar en favor suyo la detencion repentina, lejos de animarse por ella, sintió que su valor le abandonaba, y acortando el paso, todo ruboroso y embarazado, apenas tuvo ánimo para atravesar por delante de la señora haciéndole al pasar un cortes y reverente saludo, á que ella contestó con una inclinacion de cabeza y una afectuosísima sonrisa.

Cien pasos no habia andado el jóven cuando dió

con su amigo que le aguardaba, y le preguntó con ansiosa curiosidad: ¿qué ha pasado? ¿qué le has dicho? — Nada, contestó tristemente Mendoza.— ¡Miserable! ¡Y te quejas de tu fortuna! ¿Quién la tuvo en amor jamas siendo cobarde? Ven acá, añadió, que aunque no quieras la has de hablar: y si no, la hablaré yo, y le diré que no haga caso de un hombre tan memo y encogido como tu.— Y al decir esto le asió del brazo, y le llevaba hácia el parage donde la dama estaba, pero ya era tarde. Al mismo tiempo la vieron que se alejaba por la parte opuesta. Un hombre de mas que mediana edad muy bien vestido la daba el brazo, dirigiéndose á la salida de los jardines, y la criada seguia detras á bastante distancia.

— ¿Lo ves? ya se han marchado, dijo Mendoza con el acento de la desesperacion; y al mismo tiempo se arrojó sobre el mismo asiento que habia ocupado su adorada desconocida. Pero cual fue el esceso de su gozo al reparar que la sombrilla se habia quedado olvidada! Verla y apoderarse de ella todo fue en un punto: pero su amigo mas reflexivo como menos apasionado, sacando de su cartera papel y un lapicero, y poniendo ambas cosas en manos del enagenado don Luis le dijo con tono imperioso: toma, y escribe ahí lo que yo te diga: Don Luis escribió: *Parissina d'Este: Incertidumbre y amor: El dia mas feliz de la vida.* Al respaldo de este misterioso billete, puso don Antonio de su mano: *Fonda de Europa, número* 3; y arrollándole en seguida, le introdujo maño-

samente entre el muelle plateado de la elegante sombrilla.

— ¿Pero cual es tu designio? ¿Qué significa eso? preguntó don Luis. — Esos tristes titulos de piezas dramáticas, respondió el discreto amigo, no pueden comprometer á quien los escribió ni á la que ha de leerlos: el primero es el de la ópera en que tu la viste por primera vez, y donde me aseguras que fijó en tí la atencion, el segundo pinta bien la situacion en que te hallas, y el tercero tus deseos: tu me darás las gracias. — Esta conversacion fue interrumpida por un lacayo que llegó en busca de la sombrilla: los dos amigos se la entregaron.

No se sabe á punto fijo como se descubrió el escondido billete, pero al siguiente dia, hallándose Mendoza en su cuarto número 3, de la fonda de Europa, recibe una carta. Rompe apresurado el sello y lee estas palabras.

« Caballero: si lo que V. desea es verme, lo po-
» drá lograr yendo esta tarde al jardin de Apolo, en
» la inteligencia de que es menester que yo vea mu-
» chas pruebas de su cariño y del fin á que se dirige
» para que me resuelva á darle oidos. »

Este billete, que venia sin firma, acabó de trastornar el juicio á nuestro pobre enamorado, el cual no cabia en sí de contento de ver cuan fácilmente habia rendido la peregrina hermosura de su bella incógnita. Mil y mil veces releyó la carta, y otras tantas bendijo la ocnrrencia de su amigo Antonio de haber hecho á la sombrilla olvidada en el Retiro

conducto de una declaracion tan prontamente acogida y contestada; y ya se preparaba á ir á buscarle y referirle lo ocurrido, cuando el mismo don Antonio le quitó este trabajo entrando por la puerta de su cuarto.

— Soy feliz, amigo mio, esclamó Mendoza, arrojándose alborozado al cuello de su amigo.

— ¿Pues cómo asi?

— Como acabo de recibir esta carta que calma todos mis deseos. Esta tarde vendrás conmigo, mi querido Antonio, la veremos, haré por hablarla, y si lo que exige de mí es que le dé mi mano, el martes escribiré á mi casa, lo dispondré todo.... ¿Pero qué sonrisa burlona, qué gestos son esos que estás haciendo? ¿Dudas de lo que te digo?

— Lo que yo dudo es que de aqui al martes no hayas mudado de parecer.

— ¿Tan inconstante soy?

— No ciertamente; pero es posible que en conociendo á tu Clori mas á fondo vengan á tierra todos esos proyectos.

— ¿Otra vez vuelves con la manía de ayer? Pues yo no dudo un momento de que es una señora de primera clase. Ya viste el coche, los criados, el escudo de armas....

— Todo eso puede muy bien no ser suyo.

— ¿Pero y su padre que la acompañaba?

— Dejémonos de disputas: el tiempo lo dirá.

Algo amostazado quedó el buen andaluz con las objecciones de su amigo, que á nada menos se diri-

gian que á sospechar si su amada seria alguna aventurera cortesana: recelos que habia fortificado don Antonio viendo el mal tono de la carta recibida, la liviandad de contestar de buenas á primeras á las insinuaciones de un desconocido, y la circunstancia de que en el sobrescrito se leia el nombre de don Luis Mendoza, siendo asi que el misterioso billete del Retiro no se habia firmado.

Estas y otras observaciones hizo don Antonio á su amigo despues que salieron juntos de su casa; pero él desoyendo todos sus consejos y enojado de que tratase de arrebatarle sus gratas ilusiones, pretestando ciertos negocios se separó en llegando á la Puerta del Sol con aire de reserva y disgusto.

Vivamente sentia don Antonio que la inesperiencia de don Luis le hiciese mirar tan mal los oficios de su cariño, y asi determinó en su ánimo averiguar lo cierto y lograr para su amigo un desengaño, aunque amargo, provechoso.

II.

No habia pasado apenas la hora de la siesta, y ya nuestro Mendoza recorria impaciente todas las calles, juegos y cenadores del jardin de Apolo, culpando de pereza y descuido á la hermosa desconocida, porque no habia tenido como él la ocurrencia de ir á achicharrarse á tales horas; pero al fin, desengañado de que él era el único mortal que vagaba por aquellos sitios, y no pudiendo resistir los ardores del

sol, se sentó en el café, colocado de suerte que podia á ver todo el que entrara en la posesion.

Hora y media, y por su cuenta siglo y medio, se habia pasado ya, cuando despues de varios chascos que le dieron sus ofuscados sentidos haciéndole ver y oir en cada muger que entraba la que él con tanto afan estaba esperando, la vió al fin que indudablemente entraba acompañada de otra señora para él enteramente desconocida. Esta circunstancia destruyó todos los proyectos que se habia formado y deshizo los discursos y amorosas arengas que en su imaginacion tenia ya prevenidas; pero resuelto á no desaprovechar la ocasion de hablarla, siguió detrás de las damas á cierta distancia, no de otra manera que suelen los lacayos acompañar á sus señores, y palpitándole el corazon de temor y de esperanza.

Mil vueltas y revueltas habian dado por el jardin las señoras, y Mendoza siempre detras, y siempre sin llegar á hablarlas; hasta que por último entraron ellas en el juego de la sortija, y allá tambien fué don Luis, y al mismo tiempo una turba de jóvenes con quienes ya otras veces se habia encontrado en sus paseos aquella tarde, y que le habian puesto de mal humor con sus miradas de soslayo y sus sonrisas. Estos fueron los que se apoderaron del juego al instante, pero haciendo como que reparaban en las damas: « Estas señoras, dijo uno de ellos, querran jugar á la sortija. » — « En efecto, respondió otro, es justo que cada una ocupe un sillon. » — Y adelantándose á darles la mano las condujeron á los

asientos, que ellas tomaron con marcial franqueza.

« Ahora bien, señoras, volvió á decir el primero; será preciso que VV. elijan entre todos los que aquí estamos cada una su caballero. ¿A quién escojerá V. señora?— A V., contestó la dama.— ¿Y V. señorita, quién querrá llevar por compañero? — A aquel caballero que está allí, respondió la bella incógnita. »

Un favor tan declarado no pudo menos de sonrojar al sencillo Mendoza, que todo ruborizado fué á tomar parte en el juego en compañía de su querida.

Rueda la máquina con velocidad: cada uno procura sobresalir en destreza: la compañera de don Luis es la primera, arrebata una sortija y levanta un general aplauso. Seguíase la otra dama: igual acierto, iguales palmadas. Llega Mendoza, no atina á cojer la sortija que tiene delante, y un momento despues ya está en poder de su contrario entre los bravos de sus camaradas. Segunda vuelta con igual suceso: don Luis yerra tambien, y su aturdimiento escita un rumor sordo entre los calaveras circunstantes. A pocos minutos y despues de varios lances, vuelve á pasar por delante de la sortija, afirmase en los estribos, pesaroso de mostrarse tan torpe en presencia de su dama, tiende el brazo, alarga la mano.... ¡Zas!... Pega un terrible golpe contra la tabla.... se hace una grande herida, y al mismo tiempo que vé empezar á correr la sangre, oye gritar á su contrario: « ¡Partida! ¡Partida! Señora, hemos ganado. »

Resuenan las estrepitosas palmadas de los com-

pañeros. — Este caballero, dice uno de ellos, ha perdido dos veces, porque sin haber acertado á la sortija se ha bañado la mano en sangre. — Se conoce que está muy distraido, añade otro. — Andará enamorado, replica el tercero. — Nada os importa, señores, interrumpe don Luis atufado con la ironía del diálogo, y si VV. no tienen mas educacion yo se la enseñaré. — Fuera de aquí recibiré yo esa leccion. — Ahora mismo.

Malas resultas hubiera tenido esta ocurrencia á no haberse interpuesto las damas, que con este pretexto, agarrándose al brazo del irritado andaluz, le llevaron lejos de allí á un cenador donde á poco rato se mandaron llevar algunos helados.

— ¿ Le habeis visto ? preguntaba entonces un jóven recien llegado á los que habian ocasionado la disputa. — Si, contestaron, hemos seguido todos sus pasos, le hemos perseguido hasta aquí mismo, le hemos embromado, le hemos quemado la sangre, pero ni por esas: ellas han podido mas, y allí estan bebiendo juntos. — Pues vamos á observarlos.

A favor de la oscuridad, parte la turba de jóvenes calaveras, y ocultos entre las ramas observan el rendimiento con que don Luis habla á su amada, la coqueteria de la señora y el estoicismo de la confidente. Tienen la paciencia de escuchar el amoroso coloquio, y la relacion de la dama que cuenta á don Luis su historia y se lamenta de que siendo heredera de un título, su papá no la permitirá casarse con un la-

brador de provincia. Mendoza insta; ella se ablanda; se proyecta una correspondencia para lo sucesivo; la señorita pide una prenda de cariño, una memoria; aunque no sea mas que el hermoso brillante que don Luis lleva en el dedo, y ofrece en cambio una sortija de oro francés que siempre trae consigo. Se hace la permuta, Mendoza toma su nueva alhaja, la besa enagenado, va á hacer lo mismo con la mano en donde acaba de depositar muy gustoso su solitario de valor de quinientos duros, cae á los pies de su adorada amante, apodérase por fuerza de su mano.... pero al ir á sellarla con sus apasionados labios.... un espantoso estruendo de voces y silbidos resuena detras de los arbustos que forman el cenador....

Levántase don Luis sonrojado y enfurecido, y al querer castigar la insolencia de los perturbadores de su dicha, le interrumpen las voces de *viva Luisita, viva Salamanca.* La aventurera, que vé descubiertos sus embustes, se lanza fuera del cenador seguida de su amiga.... Entonces entrando la turba de jóvenes con don Antonio á la cabeza se abrazan al alborotado Mendoza, y sosegando su cólera; aquí no se trata, le dice su amigo, sino de evitar que caigas en los lazos de una embaidora. Mírala como huye viéndose desenmascarada. — ¿Con qué no se llama Carolina? ¿Con qué no es hija del conde de...? — Nada de eso: aqui tienes un amigo que la conoce muy bien. — En efecto, responde otro de los presentes, sé muy bien la vida y milagros de la señora condesa: su nombre verdadero es *Luisa*, su ilustre título la *Salamanquina.*

XLIV.

CARTA DE UN JAQUE

á su Coima.

(Publicada en mayo de 1837.)

PARA la inteligencia del siguiente romance, en que se pintan las costumbres de la gente baja y el modo de tratar las cuestiones políticas de los héroes de taberna, conviene advertir que por aquel tiempo se hallaba preso el editor responsable del *Mundo*, periódico grandemente combatido por los jueces de hecho y fiscales de imprenta. Quieren decir que unos y otros fueron poco imparciales con el atrevido papelejo: sea ó no sea cierto, el autor del romance no habla movido de resentimiento, porque *ni una sola* vez en el tiempo que lleva de periodista se han visto sus escritos ante el jurado de calificacion; circunstancia que, atendidas las de los tiempos, no deja de probar algo en su favor. La cárcel á que aqui se alude es la del Saladero, sita en la calle de Hortaleza, frente por frente al estinguido convento de Santa Bárbara.

En la villa de Madrid,
y su calle de Hortaleza,
en el último palacio
que está hácia la mano izquierda;
Frente por frente á otra casa
que tronó en cierta tormenta,
á pesar de haber gritado
santa Bárbara que truena;
Tu jayan enamorado,
queridísima Teresa,
te envia estas desiguales
mas largas que cortas letras.
Contemplo que ha de admirarte
el mudar de mi vivienda;
pero hija, todo es mudanzas
en esta caduca tierra.
Estábame yo tranquilo
en cas de la Mondonguera,
donde vivia y bebia,
y dormia á pierna suelta;
Cuando en una tarde aciaga
(martes santo fué, por señas)
me topé con el Zurdillo
mano á mano en la taberna.
Pidió él del anisado,
pedí yo del Valdepeñas;
él se rascaba la nalga,
yo me rascaba la oreja.
Aun no habria él consumido
cuartillo y medio siquiera,

y ya sudaba mi cuerpo
para llenar diez botellas.
En esto sacó un cigarro
y yo comencé á echar yescas,
encendí yo mi chicote,
y él me pidió la candela.
Fuego le daría á usté,
dije yo, seó sin vergüenza,
si como ese cuerpo es paja,
fuera azufre esa chaqueta.
Dengun cabo de realistas
mientras que rija el sistema
ha de trocar su palabra
con las que jable mi lengua.
—»Realista he sido y lo soy,
respondió con mucha flema,
y aunque ahora no tengo sable,
ya querrá Dios que lo tenga.
»Mas vale querer al Rey
que despreciar á la Reina,
y andarse matando frailes
y robando las iglesias.»
Decirlo, y tirar yo un tajo,
y partirle la cabeza,
y quedarse allí difunto....
todo fué un soplo, Teresa.
No habia llegado al suelo,
y ya estaba la taberna
hirbiendo á puros corchetes,
moscas de mieles pendencias;

Mas de cuarenta vecinas,
y las treinta y nueve viejas,
y todas ellas llorando,
y charlando todas ellas,
Fué imposible el afufar
de entre la bulla y la gresca,
ni amansar siete alguaciles
con solas ocho pesetas.
Ética estaba mi bolsa,
no es culpa mia ni de ella,
sino de la *calabaza* (1)
que se quebró en cierta puerta.
En volandas me llevaron
para soplarme en la trena,
si no por primera vez,
acaso por la postrera.
Ni la *trápana* me enfada,
ni los *charniegos* me pesan,
si voy al *finibusterre*
seré *racimo*; paciencia (2).
Entre tanto tengo guardia,
como un rey, que me defienda;
desde la calle á mi alcoba
no se cuantas centinelas.
Gente honrada en esta casa
mas hay que en la España entera;

---

(1) Ganzúa.

(2) *Trápana* es cárcel en gerga de germanía; *charniegos*, los grillos; *finibusterre*, la horca, y *racimo* el ahorcado.

hombres de forma y de rumbo,
y en fin hasta hombres de letras.
Está aquí un don *Cárlos Sor*
que debe ser buena pieza;
no he entrado vez en la cárcel,
que no le haya visto en ella.
Y por cierto que es un sage
para tocar la vihuela:
anoche nos tuvo á todos
con tamaña boca abierta.
Díjele que por qué causa
estaba en la ratonera?,
y el dijo: «cosas del *Mundo*:
purgando culpas agenas.»
En esto dió un rasgueado
y un golpe de tos muy recia,
gargajeó, y dió principio
á cantar de esta manera:
— «Jurados, que conjurados
estais contra mí pelleja,
¿es señal de prensa libre,
un escritor siempre en prensa?
«El escribir en el Mundo
lo que á todo el mundo alegra,
podrá incitar á la risa
mas no á la desobediencia.»
«Sedicioso y subversivo
y dale, y mas dale, y vuelta....
¿qué subversion hubo nunca?
¿qué sedicion, ni que.... gresca?

« Si los que son jueces legos
pudieran serlo de letras,
si firmaran sus escritos
como firman sus sentencias,
« Mas juicio y no tantos juicios
á fé mia que se vieran;
ni se iria al Saladero
por tener sal y pimienta. »
Calló y algunos dijeron
que era la cancion discreta;
malos demonios me aferren
si yo entendí que lo era.
A dios, chica, y no te olvides
de tú pobre Picaferias
que te quiere mas que á un cofre
preñadico de talegas.
Si topares á Currillo,
el que estuvo en Hortaleza
cuando la cosa de marras,
le darás mis encomiendas.
Y tú recibe esas llaves
aunque mias, verdaderas,
de ese corazon, que es tuyo
desde que le hirió esa flecha.

XLV.

EL TAQUÍGRAFO.

(Publicado en abril de 1836.)

— ¿El señor redactor principal de este periódico?

— Servidor de V.

— Muy señor mio. Yo venía á saber si VV. pensaban dar las sesiones de córtes, porque soy taquígrafo y podria serles útil.

— No hay inconveniente; pero V. debe tener presente el tamaño de nuestro periódico....

— Ya, ya entiendo. V. necesita un breve estracto: eso es muy facil, no hay mas que hacer relacion de dos ó tres argumentos, en los principales discursos y luego añadir aquello de: « S. S. produjo otras razones que no pudimos percibir » ó bien « el señor Fulano habló en contra » y si no, el orador continuó reproduciendo algunos argumentos &c. »

— ¿Y á eso le llama V. *estractar*?

— Casi todos lo hacemos asi: en cuanto el público se entera....

— De que ha habido sesion, no es verdad?

— ¿Pues; si señor; y de los nombres de los que han tomado la palabra.

— Pero ademas de eso, yo quisiera tener diaria-

mente una pintura exacta de lo que allí sucede, del aspecto de la sesion, de la fisonomia ó parte dramática de ella.

— Jesus! señor; pues si ese es mi fuerte precisamente. Aqui traigo justamente el estracto de una sesion, porque sirviera á VV. de muestra.

— Veamos, démela V.

— No señor yo la leeré porque mi letra no es muy buena y siempre tendrá algunas faltillas de ortografia....

— Hombre! pues yo estaba en que un taquígrafo debia en primer lugar saber escribir bien, y no ignorar otras muchas cosas.

— Yo le diré á V. los hay entre ellos que la echán de sabidillos; pero para ser taquígrafo no se necesita mas que un poco de agibílibus en la mano.

— Ya! pero un original incorrecto en la imprenta....

— Salen erratas, si señor, pero eso mejor para el taquígrafo, porque asi hay á quien echarle la culpa cuando él mismo se equivoque.

— No es mal pensado!

— Pues señor leeré mi estracto que creo que les ha de gustar á VV. mucho.

(*Lee.*) Sesion del dia tantos, de tal mes del año de 1835.

Ya ve V. que esto es exactísimo.

— Por supuesto.

— (*Sigue leyendo*) Se abrió á las dos y cuarto estando llenas de bote en bote las galerías y tribunas,

que sin duda habrian creido que se empezaba á las once por la cita que el señor presidente hizo en el dia anterior. Al prolongado repiqueteo de una sonora campanilla, ábrense todas las puertas, y van entrando los señores procuradores.

Despues de haber dado cuenta un secretario de varias cosas.... (*aqui entra aquello*) que no pudimos oir por haber estornudado nueve veces una señora que el oficial de la guardia habia introducido en nuestra tribuna....

— ¡ Tremendo catarro ! pero diga V. ¿ señoras en la tribuna de taquígrafos ?

— Si señor de todo ha habido ; hasta que el señor Isturiz fué presidente....

— Adelante.

— (*Lee.*) El señor conde de.... sube á la tribuna (*carcajadas en las galerias: S. S. pide un vaso de agua.*) El orador habla en contra del dictámen de la comision, y dirigiéndose en seguida al gobierno, hace una reseña de todos sus actos en que, con lenguage sencillo y llano, y acento de un hombre que á nadie teme ni tiene por que callar, prueba que los encargados del timon de la nave del estado la llevan derechita de Scila á Caribdis. — El señor conde usando de los argumentos que van á la tetilla izquierda.... (esta es una figura mia.)

— Sí, sí, y muy poética: siga V.

— Ataca fuertemente al gobierno y le prueba que no es para.... (*Aplausos en todos los estremos del salon. — Sus escelencias sudan la gota tan gorda*).

Concluido este discurso, el señor A.... toma la palabra y hace una poética defensa del gobierno. —Las frases que usa son todas cariñosas y gachonas de modo que algunos de los presentes, particularmente el señor N.... no pueden dejar de conmoverse.

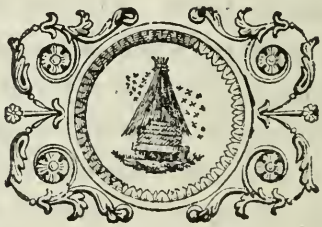
— Pues señor, no se moleste V. más: Se conoce su habilidad y talento; cualquiera que lea eso no dejará de quedar enterado.

— Muchas gracias señor mio; pero ¿nos ajustaremos?

— Allá veremos; si acaso ya se avisará á V.

—Taquígrafo como yo no lo hallarán VV.

— No, no será facil ciertamente.



XLVI.

LA ALARMA.

(Publicado en setiembre de 1837.)

Como soy Pascual Sinplumas
que estoy durmiéndome, Pepa,
tras dos noches y tres dias
que me han hecho estar en vela.
Con ojos de media chispa
te escribo estas cortas letras,
aunque cual yo de escribirlas
bosteces tú de leerlas.
Viniéronse los carlistas....
digo, los que estaban fuera,
que acá tambien los tenemos
con máscaras muy diversas.
Diz que pasaron el Tajo
allá junto á Fuenti-Dueñas,
porque para pasar rios
siempre les damos licencia.
Que si como saltimbanquis
hay, saltin-rios hubiera,
llamáranse asi los tales
señores Cata-riberas.

Hay quien dice con enojo
que verlos fritos quisiera,
lo que es pasados por agua
no sé yo quien mas lo sea.
Viniéronse, como digo,
conducidos por Cabrera,
hombre mestizo de tigre,
de tonsurado y de hiena.
A ser caballero andante
se puso, y dejó la iglesia,
y pronto ha llenado el mundo
la fama de sus proezas.
Gran desfacedor de tuertos
dicen que es, y aun de doncellas,
y en cuanto á hacer, hace injurias,
y hace agravios, y hace ofensas.
Llámanle allá entre los suyos
el conde de Canta-vieja,
y entre los nuestros le llaman
conde-nado á boca llena.
Pues, como digo, el bellaco
vino haciendo morisqueta,
y entre amenaza y acecho
destacó sus descubiertas.
Estaba Madrid durmiendo
todo, todo, á pierna suelta,
escepto cien sabatinis,
cien amantes, y cien viejas.
Tambien velaban dormidos
serenos y centinelas,

y por muy distintas causas
usureros y poetas.
De repente un grande estruendo
aturdió la villa entera,
de avisadores que avisan
que está el enemigo cerca.
Diez fuertes aldabonazos
llegaron á mis orejas,
subiendo por cinco pisos
de la calle á mi vivienda.
Que á deshoras en la corte
hacen mas ruido, Josefa,
buhardillas que se levantan,
que salones que se acuestan.
Conocí que la llamada,
llamada de alarma era,
mi persona la buscada,
y á mi casa la indirecta.
Y entre arreos militares
sepultando mi chaqueta,
bajé corriendo y gritando
arma, arma, guerra, guerra.
Hallé en llegando á la calle
á todo Madrid por puertas,
mas soldados que vecinos
mas batallones que piedras.
Salia riendo el alba,
que no pudo salir séria
al mirar ciertas figuras
y ciertas caras inciertas.

Habíalas de vinagre,
de alegría, de tristeza,
de Pascua, de Viernes Santo,
y de risa, y de acederas.
Con máscaras unas caras
habia, y otras sin ellas,
caras sin miedo y sin tacha,
caras en fin sin vergüenza.
Vieras al gran Mendizabal
erguida la alta cabeza,
un pie en la Fontana de Oro
y el otro en las Covachuelas,
La diestra mano en la bolsa,
en la aduana la siniestra,
amagando de faldones
la casa de la moneda.
Titan (con perdon del MUNDO)
contra el Júpiter Cabrera,
admiracion de muchachos,
de forasteros sorpresa.
En un momento se vieron
orñadas las aspilleras
de fusiles patriotas
con tamaña boca abierta
Vió el tonsurado el apresto;
bufó, y arqueó las cejas,
y en vez de « válgame cristo »
dicen que dijo..... « Camuesas!
« Si no ha de haber otra corte
para nuestro rey babieca;

sin corte se quedó el pobre
como yo sin bisabuela. »
Ya entre tanto á sus guerrillas
dieron alcance las nuestras
y hubo vivas, y balazos
y escaramuzas diversas.
Desertó el sargento Lucas,
el defensor de la neta;
Lucas Gomez en la Granja,
Lucas Judas en Ballecas.
Pasáronse asi las horas,
y Carlos á todas estas
aliviando á los de Arganda
del peso de las pesetas.
Hasta que viendo que al cabo
no hacian cosa á derechas,
ordenando retirada
se volvió rabo entre piernas.
Y es fama que en el camino
con voz ahogada y enferma,
vuelto hácia Madrid el rostro
esclamó de esta manera:
« Rey soy y no de los magos,
que si ellos de luengas tierras
hicieron largo viaje
al fin lograron su idea. »
« Es mala estrella la mia,
la suya fue buena estrella,
aunque en conducir camellos
nuestra suerte se asemeja. »

« Con incienso, mirra y oro
cargaron ellos sus bestias;
yo voy cargado de hambre,
y de miedo y de miseria. »
« De esta postrer intentona
sacamos por consecuencia
que puedo á cetro y corona
cantarle el *requiem æternam.* »
Fuese, y quedamos nosotros
hasta que si quiere vuelva,
porque es ya de *toties quoties*
jubileo la tal guerra.
Ni los unos ni los otros
pueden acabar con ella,
y quien va venciendo á todos,
es la maldita pobreza.
Las suyas y nuestras tropas
se buscan y no se encuentran;
unos y otros parecemos
palos de devanaderas.
Por fin con estas alarmas
ciertas rencillas se aquietan,
se acallan ciertos clamores,
se ocultan ciertas miserias.
No hay cosa mala en el mundo
que para algo no sea buena;
nadie ha conseguido unirnos
y lo ha logrado Cabrera.
Josefa, cosas de risa
son todas las de la tierra;

los hombres son niños grandes,
¡oh que verdad tan eterna!
Mas tu te irás ya cansando,
y yo estoy hecho una breva;
me voy, pues, á echar un sueño
de aqui hasta el dia de férias.
En otra, si tengo gana,
te escribiré mil lindezas
que te han de dejar, Pepilla,
estupefacta de veras.
Sabrás de don Agustin
las fazañas estupendas;
del señor don Juan, astucias,
del señor don Gil simplezas.
Y á Dios, que ya entrambos ojos
á mas andar seme cierran,
y se me afloja la mano,
y se me apaga la vela.

XLVII.

ANÉCDOTA

Carnavalesca verdadera.

(Publicada en marzo de 1838.)

PUES señor: como iba diciendo de mi cuento, era ya de noche y nuestro moro llegaba á la calle de la Luna. Figúrense VV. un moro, no descendiente de los que nos trajo á España la travesurilla del rey don Rodrigo

con la fermosa Caba en la ribera
del Tajo, *sin testigo*;

(en lo cual hizo S. M. goda lo que todos solemos hacer) ni menos natural de las ardientes regiones de África, sino un hijo de Madrid á quien se habia antojado celebrar el último dia de carnaval disfrazándose de morito. Y porque las gentes que le encontrasen en la calle no le tuviesen por un verdadero adorador del Profeta y sectario del Alcoran (ó *Coran*, que por un artículo mas ó menos no hemos de reñir) discurrió el meterse entre pecho y espalda un buen porqué de vino tinto de Arganda, que segun varios autores no pasó de tres azumbres, aunque hay quien

los hace llegar á cuatro. Iba, pues, nuestro moro por esas calles de Dios oliendo á cristiano á cincuenta pasos, dando traspies para hacerse mas desconocido, con la voz temblorosa por mayor disimulo, á manera de poeta romántico que lee sus propias endechas, la lengua balbuciente, y los ojos en oposicion sistemática. Venia en esto un tardo y reposado aguador asturiano la vuelta encontrada del fingido moro, y como le vió culebrear saliendo y entrando en la acera, cruzando y descruzando las piernas, dando saltitos y haciendo paradas; como observó su trage y recordó que era noche de bailes, se hubo de figurar que el beodo máscara se iba entreteniendo en ensayar un solo de rigodon, y por no serle de estorbo se arrimó todo lo mas que pudo á la pared. Aqui fué ella: el musulman que vió atacados sus derechos imprescriptibles, que le quitaban la acera y que el agresor era un descendiente de aquel Pelayo que tan mal parados dejó á los moros, cuando aquello de Covadonga, afirmándose lo mas que pudo en los talones y sin dejar de cabecear á manera de metrónomo, enderezó al aguador la mas inesperada y borracha interpelacion que ha oido asturiano, desde que hay en el mundo asturianos y se usan interpelaciones. El buen Astur quiso igualmente usar de la palabra, pero anticipándose el moro á deshacer una equivocacion (que no es floja la de creer que se puede entrar en contestaciones con hombre peneque) echó mano debajo del albornoz, y sacó..... ¿qué dirán VV. que sacó? — ¿Algun bruido puñal de afiligranado puño, algun luciente alfange

de damasquino acero?...—No señores; una navaja de cachas negras con dos muelles, prenda adquirida en buena guerra en cierto lance de honor en Maravillas. Empuñada el arma fatal, dedicó todo su conato á fijar la columpiada vista en el abdómen aguadoril, y dirigir por la línea de la visual la punta de la navaja. Fué la fortuna del conductor del agua el mal estado del conductor del vino, que á no ser por eso, allí mismo le hace la operacion de los hidrópicos con mejor gracia que el mismo Hysern la hubiera ejecutado. La lucha era desigual, porque por una parte combatia un hombre hecho una cuba, y por otra una cuba y un hombre en dos piezas distintas: verdad es que el uno no tenia navaja, pero tampoco el otro tenia juicio ni puntería, y váyase lo uno por lo otro. Y fué tanto mas de elojiar el valor del fingido africano, cuanto que alli aseguraron muchos que aunque nosotros no veiamos mas que un aguador, el moro veia dos, claros y distintos, y con los dos queria habérselas; y con los dos se atrevia.

Pero dejando en pie su reputacion de hombre valiente, volvamos al asturiano que desde luego se puso en actitud de defensa, y viéndose falto de armas y municiones tuvo la mas feliz ocurrencia que pudiera imaginarse. A juzgar por lo que pasó despues, el aguador hizo dentro de su redonda cabeza el siguiente raciocinio (y allá va esa contra los que creen que no han nacido mas asturianos que raciocinen que Jovellanos y el conde de Toreno): «Este hombre está borracho; el que está borracho es porque ha be-

bido mucho; al que ha bebido mucho dicen que *se le sube el vino á la cabeza*; el vino se templa con el agua: pues echémosle el agua á donde tiene el vino.»
— Y diciendo y haciendo, destapó la cuba, apuntó la boca de ella á la mollera del abencerrage y le encajó todo el contenido sin faltar gota, poniendo al pobre moro hecho una sopa.

No hay diestro bombero que tan bien encamine la manga á la corriente de agua de la viga que arde en un incendio hasta apagarla enteramente, como nuestro aguador consiguió apagar la cólera de su adversario desde el principio de la descarga, aturdiéndole y desconcertándole de todo punto. Las carcajadas de los circunstantes le volvieron un poco en sí, y ya iba á preparar segunda arremetida, cuando interponiéndose un soldado en forma de intervencion armada, y sin haber firmado preliminarmente tratado alguno, separó á las partes beligerantes, cesando en aquel momento enteramente las hostilidades.

Yo que habia ayudado al aguador con mis votos y simpatias, como Mr. Molé á los liberales españoles, quise ademas alcanzar el laurel de historiador ó coronista, y me dediqué á escribir la relacion de este suceso, que demuestra, oh lector, lo que puede el vino, y mas todavia lo que puede el agua.

XLVIII.

SERMON PRIMERO.

(Publicado como los siguientes en la cuaresma de 1838.)

Et ipse elevatis oculis in discipulos suos dicebat: Beati pauperes quia vestrum es regnum Dei. Beati, qui nunc esuritis; quia saturabimini. Beati, qui nunc fletis; quia ridebitis.

Y él alzando los ojos hácia sus discípulos decia: Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora teneis hambre, porque hartos sereis. Bienaventurados los que ahora llorais; porque reireis.

VENID á mí, cristianos devotos, los que habeis tenido el capricho de seguir la religion de vuestros padres y de vuestros mayores; venid á mí, los que acostumbrados á emplear en obras santas el tiempo santo solíais acudir en los viernes de cuaresma á unos templos que en nombre de vuestra utilidad y contra vuestra voluntad se han demolido, y concurríais á oir la palabra de aquellos frailes que por vuestra utilidad y contra vuestra voluntad os han quitado. Venid á mí, que yo os predicaré los viernes de cuaresma sermones propios del dia, porque serán sermones de bacalao, sermones propios del tiempo,

porque serán sermones morales y religiosos, sermones, en fin, propios de la época, porque serán sermones de tribulacion y lágrimas, de ayuno y hambre perpétua.

Empiezo, pues, tomando ese testo de los versículos 20 y 21 en el cap. VI del evangelio de San Lucas, tan propios y adecuados á nuestra situacion, que no parece sino que el santo evangelista tuvo revelacion de lo que habia de sucedernos, y deseaba para entonces consolarnos con las palabras del mismo Dios.

En efecto, amados mios, ¿quién no se llenará en España de consuelo al ver que el señor le dice « bienaventurados los pobres? » ¿No equivale esto á declarar bienaventurados á todos los españoles, salvo el Sr. Mendizabal y alguno que otro comisionado de amortizacion, presidente de junta ó asentista de provisiones; escepciones que en nada disminuyen el favor de la misericordia divina?

Bienaventurados, sigue diciendo el evangelio, los que ahora teneis hambre *quia saturabimini*, porque os llegareis á ver hartos: la cual oferta vemos ya cumplida en los esclaustrados, en las viudas, en los cesantes y retirados. Todos estos, llamados con suma propiedad clases *pasivas* por lo que padecen, todos estos, hermanos carísimos, los veíamos hace ya un año con hambre y ahora ya los vemos hartos.... de tenerla, hartos de padecer y sufrir, hartos de pedir y no alcanzar, hartos de esperar y no conseguir. *Saturabimini*, dijo el evangelista: Vosotros os harta-

reis; y esta profecía la hacen los espositores estensiva á todo aquello que ahora nos rodea. ¿Quisísteis el año de 12 Constitucion democrática y oradores divinos, y Fernando VII?..... *Saturabimini*, vosotros os hartareis. ¿Quisisteís el año de 14 rey absoluto y frailes y tribunal de inquisicion?.... *Saturabimini*: ya os hartareis. ¿Quisisteis el año de 34 Estatuto real con sus demas zarandajas?.... *Saturabimini*: ya os hartareis, hijos mios, ya os hartareis. Y en fin, hermanos, para no seros molesto: en una sola palabra del divino texto está encerrada la sublime verdad, el profético anuncio de que muchas cosas que ahora os parecen santas y muy buenas, de las cuales estais hambrientos, os han de llegar á hartar hasta por encima de los cabellos.

Entonces os reireis, *redébitis*, y sereis bienaventurados, los que llorais ahora, *beati quí nunc fletis:* y conocereis (esto no lo dice el evangelista, pero lo digo yo) que los que ahora nos reimos de todo ó de casi todo, no hacemos mas que anticiparnos esa bienaventuranza que nos promete el divino maestro. No importa que muchos nos llamen retrógrados; el tiempo dirá que este es el verdadero progreso: *ridébitis* es la espresion del evangelio; *ridébitis* en futuro, NOSOTROS nos reimos ahora, en tiempo presente, luego NOSOTROS anticipamos el futuro, luego NOSOTROS progresamos, luego NOSOTROS somos los que lo entendemos. Tampoco importa que algunos nos aborrezcan, porque el mismo S. Lucas dice á renglon seguido » *Beati eritis cum vos oderint homines*, bien-

aventurados sereis cuando os aborreciesen los hombres (que es señal de que os quieren las mugeres, y á ellas me atengo). Tampoco importa que el ministro no nos dé destinos, porque no los queremos, ó que á nosotros los risueños nos separe de ellos como á Fr. Gerundio, pues la sagrada letra añade: » *Beati eritis cum separaverint vos.*"

Por todo lo cual, y porque ya me voy yo cansando de predicar, amados oyentes y chachorros mios, os pido que lleveis con paciencia la pobreza, el hambre y las lágrimas, pues ellos os proporcionarán una bienaventuranza tan abundante como barata. Si lo haceis asi, viviréis hasta que os murais, y despues de muertos ireis á donde Dios nuestro señor fuere servido. *Dixi.*

XLIX.

SERMON SEGUNDO.

Et circunspiciens Jesus, ait discipulis suis: ¡ Quam difficile qui pecunias habent, in regnum Dei introibunt!

Y Jesus mirando alrededor, dijo á sus discipulos: ¡ Con cuánta dificultad entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!

Cuenta el evangelista San Marcos en su cap. x, que habiendo acudido *uno* al Salvador del mundo á preguntarle qué haria para conseguir la vida eterna, le respondió el señor que observase los mandamientos; y como replicase el dicho *uno* que desde su juventud los habia guardado (inclusos el 6.º y 7.º, hermanos: ¡oh virtud!) díjole el divino maestro: «Una sola cosa te falta: ve, vende cuanto tienes, y dalo á los pobres.» Mas él afligido, añade el evangelista, al oir esta palabra, *abiit mœrens*, se retiró triste, por que tenia grandes riquezas. En efecto, amados mios, el caso no era para menos; ve y vende cuanto tienes, *vade quæcumque habes vende*, equivalía á exigir al buen hombre una anticipacion de 200 millones, con mas su estraordinaria de guerra, era en una palabra dejarle por puertas; y como aquel hombre rico era

muy diferente de lo que somos nosotros, primero, en el mero hecho de ser rico, y segundo que no era capaz de dar al señor sus bienes con la ciega fé que nosotros se los entregamos á Mendizabal, no era estraño que se quedase estático al oir la amarguísima notificacion.

Pasando adelante refiere el sagrado testo que dijo Jesus *mirando alrededor: ¡ Quam difficile qui pecunias habent in regnum Dei introibunt !* ¡ Con cuánta dificultad entrarán en el reino de Dios los que tienen las riquezas ! Palabras llenas para nosotros de celestial consuelo y que yo os esplicaré, hermanos mios (y hermanas.... ¡ ay !) en este mi segundo sermon; en el cual me prometo deciros tales y tan estupendas cosas, que en oyéndolas no podais menos de esclamar

AVE MARÍA!

II.

¡ Quam difficile qui pecunias habent in regnum Dei introibunt !

¿ Con qué pagareis vosotros, baratismos hermanos, el celo de vuestro predicador ? En vano asesinaron los progresistas en su santo fervor por la libertad centenares de indefensos religiosos; en vano un gobierno débil coronó la obra llevando á cabo la estincion de las órdenes, sin estinguir al mismo compás á sus asesinos; en vano el señor Olózaga seguido de albañiles, hecho, como quien dice, un cabo de gastadores, decretó la ruina y demolicion de los con-

ventos, sin respetar el sagrado de los templos, ni los prodigios del arte, ni la ilustrada resistencia de la academia de S. Fernando; en vano uno y otro y otro ministro de Hacienda dejan morir de hambre á los pobres esclaustrados; todo en vano: sermones ha de haber los viernes de cuaresma; y yo transformando en túnica, escapulario, capilla y manto, mis mugrientos y raidos hábitos estudiantiles, me meto á predicador dejando los estudios, siquiera por la analogía que el tal oficio tiene con el de periodista. Vosotros no me lo agradecereis y hareis bien por vida mia; que de desagradecidos dicen que está el infierno lleno, y por consiguiente ya no caben mas; pero ello es que os hago un estraordinario servicio y mas con la prueba que os voy á dar en este dia de lo fácil que es para vosotros el conseguir la salvacion.

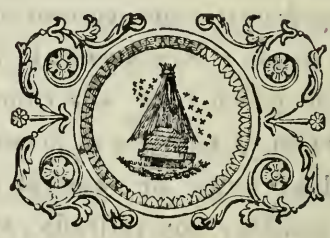
«¡Con cuánta dificultad entrarán en el reino de Dios los que tienen las riquezas!» dijo Jesus mirando alrededor: y es de advertir, bobos mios, esta circunstancia de que miraba alrededor y que se hallaba á las inmediaciones del Jordan; que si orillas del Manzanares, ó del Guadalquivir, ó del Ebro, ó del Túria, hubiese mirado alrededor, no se hubiera ocurrido á su Divina sabiduría hablar una palabra acerca de *los que tienen las riquezas*, sino acerca de los que las han tenido, y ahora no tienen un ochavo, ni sobre qué caerse muertos, ni se pueden quitar el hambre á bofetones.

Pero.... ¿no sentís vosotros que se os ensancha el pecho al oir aquella esclamacion que me sirve de

testo? Sí, sin duda. Ya os escucho decir á todos allá en vuestro interior, «si los que poseen las riquezas tienen tan gran dificultad para entrar en el reino de Dios, ¿cuánta no será nuestra facilidad por esa parte?» — En efecto, es asi. Vuestra esperanza es fundada: gracias á los liberales y filantrópicos regeneradores; gracias á los pios, religiosos y caritativos carlistas que os han pillado entre dos fuegos; gracias tambien á vuestra *generosa* aliada la Inglaterra que os sopla los zapatos á 37 reales par, y gracias á las etceteras que por todas partes os han ido etceterando; lo que es las riquezas no os han de servir de grande estorbo que digamos para alcanzar el reino de los cielos. Si esa dificultad la hubiese puesto el Divino árbitro á los que tuviesen derechos imprescriptibles, soberanía nacional, milicia forzosa, contribuciones ordinarias y estraordinarias, quintas cada seis meses, alborotos cada seis semanas, gaceta estraordinaria cada seis dias, prospectos de nuevos periódicos cada seis horas, mendigos llamando á su puerta cada seis minutos, entonces habiais de veros y de desearos para haberos de empadronar como vecinos de la Jerusalen celestial; pero siendo el inconveniente tan solo el de ser rico, bien os podeis colar allá como trasquilado por iglesia. ¿Quién de vosotros se presentará al buen portero S. Pedro, quién de vosotros se presentará diciéndole soy cesante, soy retirado, soy viuda, soy fraile esclaustrado, soy monja sin esclaustrar, soy empleado con una anualidad de atraso, soy contribuyente con tres anualidades de adelanto, soy ha-

cendado en el teatro de la guerra, soy comerciante en el coliseo de la paz;.... quién, repito una y mil veces, se presentará en las puertas del cielo con tan gloriosos títulos de pobreza y miseria, sin que muy luego se le facilite la entrada, dándole por no comprendido en las palabras del evangelio ya citadas? *¡Quam difficile qui pecunias habent, in regnum Dei introibunt!* Ergo *¡quam facile qui pecunias non habemus ibi introibimus!* Por que aunque ese *ergo* y esta consecuencia, es lógica por el estilo de la del Patriota, á mi me acomoda asi por ahora, y basta.

Y baste tambien por hoy de sermon, que concluyo, pichoncitos mios, dandoos mi bendicion, única cosa que puedo daros; así como vosotros me dareis gracias, no tanto por lo que os he predicado, cuanto porque ya os dejo de predicar hasta el próximo viernes, si Dios quiere y los nubarrones del horizonte político lo permiten. Asi sea.



L.

VIERNES CUARTO DE CUARESMA.

NO HAY SERMON.

Ah! fiscalillo.... Denúnciamelo.

Hermanos mios.... No.... Lectores mios, quise decir, acercaos á mi todos.... Rodeadme.... ¡ Silencio !.... Que vaya uno y cierre aquella puerta.... Escuchadme ahora; aplicad todos el oido, que es preciso decirlo muy bajito....— Habeis de saber que mi último sermon.... ¡ Ay Jesus !.... aquel sermon del viernes anterior ha sido denunciado.

— ¡ Denunciado !!!

— Si,

— ¿ Y por qué ?

— ¡ Oooh !

— ¿ Por subversivo ?

— No

— ¿ Por sedicioso ?

— ¡ Qué !

— ¿ Por injurioso ?

— ¡ Pues !

— ¿ Por obsceno ?

— ¿Eh?

— ¿ Por gracioso ?

— ¡ Ah !

— ¿ Por la firma ?

— ¡ Pst !

— ¿ Por encargo ?

— ¡ Chs.

— ¿ Pues por qué ?

— Yo lo diré.

Yo prediqué; mas por cuanto
me hubo de oir un fiscal,
tocayo de cierto santo,
y él debe de serlo tanto
que halló el sermon *inmoral.*

Y vive Dios, hijos mios, que esto lo supe por carambola y me quedé estático viendo que hubiera hombre de seso, como en efecto lo es el señor fiscal, que pudiese dar tal interpretacion á las chanzas de mi desventurado escrito. Parece á S. S. que en él se hace una rechifla de las prácticas religiosas, cuando la religion y sus ministros, la moral y sus eternos principios han hallado en Nosotros siempre constantes y celosos defensores.

— Pero ello es que el Jurado todavia no ha declarado haber lugar á la formacion de causa, y como probablemente no serán sus individuos tan escrupulosos como el señor fiscal, es lo regular que el sermon salga sano y salvo. Siendo esto asi, dá lástima que pase un viernes sin sermon correspondiente, que á muchos gustan los predicados hasta ahora, y no es justo

que pague el público el error de concepto del señor fiscal S. Fulano.

—Sin embargo, hijos mios, sin embargo, bien se está S. Pedro en Roma; quiero decir, que bien me estoy yo con mis hábitos estudiantiles, y mis artículos, y mi *Mosáico* y mis simplezas, y no hay para qué meterse uno en libros de caballería. Y si el predicar en desierto siempre se ha tenido por tontería, mayor lo es, y con mucho, el predicar en pais tan poblado de fiscales: en el primer caso es sermon perdido, y en el segundo es perdido el predicador.

— Pues diga V. lo que quiera, eso va á disgustar mucho á los suscritores que lo sentirán de veras.

—Yo les acompaño en su sentimiento, pero he jurado no predicar por ahora.... Quizá dentro de poco me subiré á otro púlpito y me oirán, no digo los sordos, pero hasta los fiscales.

— ¿ Con qué no hay remedio ?

— No hay remedio, ni sermon.

— Pero siquiera una plática.

— Mucho menos. Es menester convencerse de que los sermones no están en moda, y querer ir contra la corriente es disparate y temeridad. A no ser....

— ¿ Qué ?

— Que VV. se contentarán con una *alocucion*, que es lo que ahora se usa.

— Sí, sí; vaya una alocucion.

— Pues allá va, y sean conmigo todos los gefes políticos, jueces de primera instancia, alcaldes constitu-

cionales, comandantes de columnas, sargentos y cabos habidos y por haber.

CIUDADANOS.

« El cáncer de la guerra civil que nos devora..... (*¿ Vá asi bien ? — No va del todo mal.* — *¿ Lo denunciarán ?* — *No.* — ¿ Será inmoral eso del *cáncer ?* — *Conforme la especie de cáncer que sea.* — *En fin vamos adelante.*)

« El cáncer de la guerra civil que nos devora, y que al mismo tiempo devora los imprescriptibles derechos, y devorando los derechos, devora los imprescriptibles.... (*Hombre, yo me ahogo.... ¿ Como harán los gefes politicos para escribir esas alocuciones de tantas varas sin decir nada de sustancia ?*)... Pues como iba diciendo de mi cuento, CIUDADANOS, el cáncer de la guerra civil es un cáncer de todos lo demonios.... (*Hasta aqui me parece que no hallará nada de particular el Sr. fiscal.* — *Dificil es.* — *Pue continúo*)..... Pero, CIUDADANOS, lo que mas alimenta ese cáncer es el capricornio de los periodistas que dan en la flor de predicar sermones inmorales. Y si no, ved ahí cuantas cosas han sucedido desde que ese maldito ESTUDIANTE se nos subió á predicar.... (*¿ Pensará el Sr. fiscal que esto es hacerle burla ?* — *De ninguna manera, porque entonces no hubiera pensado que el sermon era inmoral*)..... Hasta que él empezó con sus sermones, no se decidieron los facciosos á pasar el Ebro, ni el Sr. Seoane á interpelar á los ministros, ni el *Mundo* á hacer alusiones maliciosas á D. José

Landero y Corchado, ni el *Progreso chispero* á decir majaderías.... Y sobre todo, y esta es la mas negra, hasta que él escribió su sermon no se le denunció el Sr. fiscal; cosa inaudita y nunca vista en tiempo de los Pascuales y Marteles, los cuales tenian la moralidad de denunciar á los periodistas la víspera del dia en que empezaban á pensar que podria llegar el caso de escribir un artículo.»

«Por tanto, ciudadanos, si quereis haceros dignos del nombre español, no seais fiscales (me he equivocado) no seais Estudiantes, ni prediqueis sermones, ni los oigais, ni los leais, ni os suscribais á los periódicos inmorales como el *Eco* (otra vez me he equivocado) como el NOSOTROS que defiende la religion, sus ministros, los institutos religiosos, las buenas costumbres, que combate á los incrédulos, á los escritores de dramas indecentes, á los autores de diccionarios impíos, á los periódicos enemigos de nuestra creencia, á los diputados que quieren reducir el número de los mandamientos de la iglesia &c. Ese periódico inmundo é inmoral nunca le leais vosotros; basta con que leais lo que NOSOTROS escribimos.

Y con esto basta de alocucion, que ya hay para llenar un boletin oficial si se ofreciera; y no espereis otra, ciudadanos, mientras yo no vea qué tal le ha sentado esta mi primera al señor fiscal.

¡Viva la Constitucion!
¡Viva la libertad de imprenta!
¡Mueran los predicadores inmorales!

LI.

SERMON ESTRAORDINARIO.

Hæc cogitaverunt, et erraverunt. excæcavit enim illos malitia eorum.

» Estas cosas pensaron, y erraron: porque los cegó su malicia.

(*Del libro de la sabiduria.*)

PENSARON los fiscales, amados mios, porque aunque parece que no, tambien los fiscales piensan; pensaron que NOSOTROS á fuerza de decir verdades y de aclarar misterios íbamos á armar una zalagarda de todos los S. Migueles (1). Pensaron que por arrancar la máscara de los hipócritas íbamos á causar perturbacion y escándalo; pensaron que satirizando con noble franqueza é inocente libertad á los charlatanes y habladores, ofendíamos y heríamos de muerte la elevada dignidad de algunos de ellos, porque tambien hay habladores en alto puesto. *Hæc cogitaverunt et erraverunt*, estas cosas pensaron, y erraron; y NOSOTROS creyéndolo asi les hacemos dos favores, ó un doble favor como ahora se dice en estos tiempos de *doblez*; primero, el figurarnos que piensan: segundo,

(1) San Miguel se llamaba el fiscal denunciador.

el atribuirlo á error de entendimiento, cuando pudiéramos decir con el sagrado testo *excœcavit illos malitia eorum*, su malicia los cegó. Por fortuna mas suya que nuestra, el jurado no estaba tan ciego, y declaró inocente mi último sermon. *¡Oh témpora!* ¡Oh tiempos calamitosos y desgraciados, en que al que defiende la religion y la moral se le acusa de inmoral é irreligioso! ¡Oh tiempos! en que desvergonzadamente se ostentan en las librerías y puestos ambulantes los libros impíos y obscenos de los escritores franceses del siglo XVIII; en que Dupuis con su Origen de los cultos, en que Volney con sus Ruinas de Palmira pueblan los estantes de toda la península, mientras un fiscal ostrogodo hace gestos á mis sermones y sobre su moralidad concibe escrúpulos! ¡Oh tiempos! en que el Diccionario de la religion y el baroncito de Foblas, las Cartas á Eugenia y el Citador, y tantos y tantos otros escritos impuros, irreligiosos, materialistas inmorales é inmundos, convidan á la vista con primorosas encuadernaciones y seducen el entendimiento, trastornando la imaginacion de la juventud; y al mismo tiempo hacen cosquillas mis sermones en la asustadiza conciencia... ¿de quién hermanos? ¡De un fiscal de imprentas! ¡Oh tiempos! en que el impío autor del Diccionario crítico burlesco rapsodia indigna y miserable, vive y bebe, y come y duerme, y se pasea, mientras que los sermones del Estudiante se llevan ante el Jurado!

Y tú, fiscal insano, que tan sin razon me acometiste, ¿qué pudo moverte, dí, á denunciar mis po

bres escritos cuando en ellos siempre á costa de mi sosiego y con riesgo de mi vida, he defendido la religion, la moral, la paz y la justicia? No osaron denunciarme los Marteles y Pascuales, no hallaron una sola vez fundamento para una acusacion aquellos predilectos hijos del ministerio de la revoltaina, á pesar de que noche y dia clamaba contra los escesos de sus patronos, y tú fiscal en tiempo del ministerio justo y moderado, me embistes, me acusas, me denuncias? *¿Quæ te dementia cœpit?* Qué diablos se te ha metido en el magin? Duende hay aqui tambien, no lo ignoramos; pero tenga entendido el Duende y todos los fiscales habidos y por haber, que no tememos las denuncias, porque sabremos defendernos, y el jurado nos ha de absolver ó ha de ser clara y notoriamente injusto. Sabemos quiénes y cuáles y cuántos son nuestros enemigos, pero su obstinacion cederá á nuestra constancia, y penetrado el mundo entero de que predicamos la verdad, y que la verdad solo defendemos, triunfaremos en la opinion, y de entre la espesa nube de sus dardos y saetas saldremos libres, salvos é ilesos. Entonces nos aplaudirán nuestros conciudadanos y nos bendecirán de lo íntimo de su corazon, mientras que los perturbadores del orden, los perversos enemigos de la felicidad de España nos mirarán *dicentes intra se, pœnitentiam agentes, et præ angustia spiritus gementes; Hi sunt quos habuimus aliquando in derisum, et in similitudinem improperii*, diciendo dentro de sí pesarosos, y gimiendo con angustia de espíritu: Estos son los que en otro tiempo

tuvimos como objeto de escarnio, y como ejemplo de oprobio.»

Hermanos mios; ved aqui á nuestros contrarios, pero no los aborrezcais; compadecedlos. En vano pretenden amedrentarme ni arredrarme; sermon han de tener, aunque no quieran; sermon amargo, satírico, burlesco, que les llegue al alma y sin embargo no sea denunciable; y si vosotros, cachorritos, los escuchais con gusto, quedará plenamente satisfecho vuestro indigno predicador.

LII.

SERMON CUARTO.

Super eum rugierunt leones, et dederunt vocem suam, possuerunt terram ejus in solitudinem: civitates ejus exustæ sunt, et non est qui habitet in eis.

Sobre él rugieron los leones, y alzaron su voz: su tierra ha sido reducida á un desierto: sus ciudades han sido quemadas, y no hay quien habite en ellas.

Ex Jerem. proph.

Jeremías, amados hermanos, el segundo de los cuatro profetas mayores; Jeremías, hijo de Helcías, sacerdote de Anathóth, ciudad de la tribu de Benjamin distante de Jerusalen como Fuencarral de Madrid, una legüecita por la parte del viento de las pulmonías, levanta su voz de trueno para anunciar á Israel guerras, calamidades, y aflicciones. Viendo venir sobre él á los caldeos, ni mas ni menos que ahora vemos nosotros venírsenos encima las espediciones facciosas, pinta con lenguage inspirado al compas de los flébiles tristísimos tonos del harpa profética, los males, los desastres y desolacion que los pecados del pueblo atraerian. «Su tierra, dice, ha sido reducida á un desierto, sus ciudades han sido quemadas y no hay quien habite en ellas.» Señores

¡cuán sencilla y naturalmente se aplican estas palabras al pais en que vivimos!

No parece sino que el profeta las escribia despues de haber paseado la Vizcaya y Navarra, Valencia, Aragon y Estremadura! Y no solo de Jeremías, sino de cuantos han derramado lágrimas sobre la tierra, empezando por el lloron de Heráclito, y acabando por el chiquillo de mi patrona, que tiene siete meses y hace catorce que está llorando, se pudieran aplicar los ayes y sollozos á este nuestro fatal y deplorable estado. *Facta est quasi vidua domina gentium*, canta el hijo de Helcias: quedado ha como viuda la señora de las gentes: la soberana de dos mundos, la que puso miedo á la corte de Roma que ahora hace temblar al señor Argüelles, la que tenia agarrado por el rabo al gato belga de que nos habla el señor Heros, la que en Lepanto hizo temblar al poder otomano sin necesidad de un solo vapor ingles.... quedado ha como viuda, y como víuda que no cobra ni tiene que comer. *Vocavi amicos meos et ipsi deceperunt me*, canta tambien el profeta, llamé á mis amigos y ellos me engañaron. Me engañaron con programas, me engañaron con tratados diplomáticos, me engañaron con partes oficiales, me engañaron con gacetas estraordinarias, me engañaron con alocuciones, me engañaron con discursos estudiados y pomposos, me engañaron con promesas de ausilio y cooperacion, me engañaron con votos y con simpatías. A todas estas los caldeos puesta la mira en Jerusalen, y determinados á venir sobre ella

rugiendo como leones; y nosotros echándonos por la palomilla los avisos de Jeremías, de que no hacemos maldito el caso. En vano el varon justo nos grita: *Levate signum in Sion, confortamini, nolite stare, quia malum ego adduco ab aquilone, et contritionem magnam:* levantad un estandarte en Sion, uno solo en lugar de doscientos; alentad, y no os esteis papando moscas ni perdiendo el tiempo en disputas y en escribir prospectos de periódicos, porque yo hago venir del aquilon un grande mal y quebranto. Todo en vano, hermanos mios, todo en vano. Nosotros en nuestra ciega obstinacion nos entretenemos en tirarnos unos á otros chinitas á la cara, en andar con pícame Pedro, que picarte quiero, tuya es la culpa, y mas puerca es ella. Ah! cernícalos, abrid los ojos; convertid toda vuestra atencion á los caldeos, reconciliaos, unios, y marchad contra ellos: donde no, vuestra ruina será cierta, y tardío el pesar, é inútil el arrepentimiento, y estéril el llanto de un nuevo Jeremías que repita aquellas tristísimas palabras: « Derribó á Israel, derribó todas sus almenas, destruyó sus fortalezas y llenó de humillacion á los hombres y mugeres de la hija de Judá. »

Yo no seré ese Jeremías, amados hijos, porque mi padre no se llamaba Helcías ni era sacerdote de ninguna parte, y sobre todo porque no soy tan propenso al llanto como á la risa; pero si no volveis en vosotros mismos y seguis este mi consejo, ya vereis como vienen los caldeos, y entonces, entonces os acordareis del sermon del ESTUDIANTE.

LIII.

QUINTO Y ULTIMO SERMON.

Defecit gaudium cordis nostri: versus est in luctum chorus noster.

Faltó el gozo en nuestro corazon: convirtióse en lamento nuestro canto.

Ex Jerem. proph.

No basta, ó amadísimos hermanos, todo el desprendimiento de las cosas terrenas, que bajo de este sombrero mugriento y esta raidísima sotana se alberga y oculta; no basta estar penetrado como yo lo estoy hasta los huesos, porque en mi magra figura mal pudiera estarlo hasta la carne, de que todo es farsa en este mundo jorgolino; no basta la filosofía estoica ni el buen humor que Dios me dió, para hacerse indiferente á los males que de todas partes nos aquejan. No es posible reirse, no es posible chancearse, no es posible, no, echarlo á broma. Espediciones facciosas que van y vienen, adelantan y retroceden, sufren reveses y nos ponen á los generales fuera de combate; que entran en Almaden, que salen de Almaden, que destruyen las minas, que no destruyen las minas; que con este motivo descubren la veta y ponen de manifiesto el verdadero *laborco*, ó sea esplotacion que dicen los modernos. Y Flinter, tras de D. Basilio, y

Pardiñas cerca de Flinter y todos sin recursos, y todos con hambre y todos jugando á las cuatro esquinas, hechos unas puras devanaderas. Apartamos la vista de las espediciones, de las incursiones, escursiones, invasiones y persecuciones, y luego topamos con un ejército de cesantes hambrientos, de viudas escuálidas, de esclaustrados espirituales, verdadera galería fúnebre de espectros y fantasmas, que dijo Zaragoza Godinez. Y asi viendo y contemplando todas estas cosas *defecit gaudium cordis nostri*, faltó el gozo en nuestros corazones, se acabó nuestra alegría, cesó nuestro buen humor.

¿Y quién pudiera tenerle viendo asi en progresion ascendente nuestra miseria y ruina, y que todavia se entretienen en charlar cuando se trata de tomar dinero? ¿Que el buen asturiano á quien destinó la suerte para orador, conforme habia de haberle hecho aguador, con arengas eternas nos estorba ver el deseado fin de este negocio? ¿Que los periódicos llamados de oposicion, y que yo llamaria de maldicion, solo por el gusto de oponerse se oponen hasta á lo bueno, hasta á lo necesario, y mas indispensable? ¿Que los mal titulados progresistas, llamándose á sí mismos mas liberales porque quieren que en lugar de bajar la escalera nos tiremos de cabeza por la ventana, no dejan parar á nadie, estorbando la accion del gobierno, embrollando las discusiones de las Córtes, enzarzando á los partidos, promoviendo las peloteras entre los periódicos...? ¿Quién ha de tener buen humor entre tal batahola y tal desórden?

Defecit gaudium cordis nostri, faltó el gozo en nuestro corazon, y faltó tambien el sufrimiento, y faltó la paciencia y luego para coronar la fiesta, yo que tengo hoy un humor de todos los demonios por cosas que yo me reservo acá debajo de la sotana, me encuentro con que en lugar de predicar delante de un auditorio bello, elegante, y escogido como suele suceder al señor Lujan cuando divierte al público cortesano con sus patrióticas interpelaciones, se me vienen aqui una docena de mamarrachos y otra de viejas que son capaces de entristecer al mismísimo bolero. Mirad, mirad aquella de allí enfrente haciendo gestos y pucheros, que me está dando tentaciones de tirarle un sombrerazo que le acabe de aplastar las deshuesadas narices. ¡ Qué haya de haber para-aguas, para-granizos, para-rayos, y no ha de inventarse un para-viejas!

¿ Pero cómo ha de venir otra especie de gente á mis sermones, si yo no soy de los predicadores que adulan al concurso; si no llamo ilustrado pueblo, al pueblo tonto, dignísimos patriotas á los que tienen todo el patriotismo en el bigote y la perilla, héroes esforzados á los que cogieron la manta y la canana de un faccioso? ¿ Cómo han de venir tampoco á mis sermones, si estando en un pais llamado católico por mal nombre, donde la Constitucion del estado solo permite una religion, un solo culto, vemos que contra las prácticas de esta misma religion se dan funciones teatrales y funciones de beneficio en los dias destinados á celebrar y contemplar los sacrosantos

misterios? ¿Cómo han de venir á mis sermones, si aqui no oyen mas que verdades como huevos de avestruz, amargas como una tuera?

Pues en verdad, hermanos, que este es mi último sermon y no por eso pienso enmendarme, ni concluir con una dulcísima despedida que os enternezca y haga derramar cariñosas lágrimas. (¡Y aun si fueran otros ojos los que me llorasen!) Nada de eso; antes os diré como os he repetido siempre que llevais muy mal camino, que cada dia teneis menos cordura, y que vais á pagar muy cara muy cara vuestra ignorancia sino entrais todos juntos y estrechamente unidos en el camino de la razon. Veo el horizonte político cubierto de nubarrones, no porque me haya prestado el telescopio el general Seoane con quien no me comunico, sino porque para ver las tales nubes, basta con no tenerlas en los ojos. Veo el DUENDE, el formidable DUENDE, que tan en vano os he anunciado, acrecentando la discordia, enconando los ánimos, y preparando nuevos y mas terribles desastres. Y viendo estas y otras cosas, y que vosotros, zanguangos mios, no las veis por pereza de mirarlas, *defecit gaudium cordis nostri*, faltó el gozo de nuestro corazon, *et versus est in luctum chorus noster* y en lamento se convirtió nuestro canto.

Concluyo, pues, hermanos mios, y me despido de predicar, aunque no de esgrimir el látigo; á bien que oradores posmas no os han de faltar en ocho años á lo menos, que son los que le quedan de vida al Sr. Argüelles.

223

EL ERMITAÑO.

NOVELA ORIGINAL.

224

224

J ELBO.
ORTEGA.

EL ERMITAÑO.

(Publicado en abril de 1835.)

Dos semanas se habian pasado desde mi llegada á Córdoba, y á pesar de que asuntos de grande interés me llamaban á la corte, siempre encontraba mi amigo Lopez pretextos para detenerme. Despues de haber recorrido juntos cuantas curiosidades encierra aquella ciudad, habiamos dedicado muchas horas á examinar detenidamente la soberbia catedral, primer objeto de las visitas de todo forastero. En medio de aquella multitud innumerable de columnas descalzas, bañadas con desigualdad por los rayos de la luz que penetran por las claraboyas al través de dobles órdenes de arcos, se eleva el magnífico crucero, verdadero anacronismo arquitectónico, formando singular contraste con el resto del edificio. Lopez me habia hecho ya notar todas las bellezas de su estructura, lastimándose (y acaso no sin razon) de que se hubiera intercalado aquel trozo de arquitectura moderna sin gran necesidad, en vez de haber conservado integra la antigua

mezquita. La magnifica sillería del coro y sus bajos relieves habian sido ya objeto de nuestras observaciones; ni tampoco echamos en olvido el ver las muchas alhajas de oro y plata destinadas al culto, entre las que sobresale la soberbia custodia de este último metal, superior acaso á cuanto en su género encierran los muchos templos de España.

—Amigo mio decia yo á Lopez una noche hermosísima que nos paseábamos embarcados por la mansa corriente del Guadalquivir; quince dias hace que estoy en Córdoba y me han parecido un soplo. Conozco que no voy á dejar sino con disgusto este hermoso pais que tu compañía me ha hecho mucho mas apreciable; pero mis negocios me obligan como ya sabes á regresar á Madrid, y es forzoso emprender mi viage.—Pues bien, me contestó mi amigo, una vez que esa resolucion es tan firme, haremos mañana nuestra última expedicion; subiremos juntos á *las ermitas*. Al rayar el alba iré á buscarte á tu casa, y espero que la visita que vamos á hacer no te desagrade.—Iba á anticiparse mi natural curiosidad preguntando á Lopez qué cosa eran aquellas ermitas, pero un barco que pasaba junto al nuestro, en que unos jóvenes iban cantando canciones andaluzas, acompañándose con dos guitarras y una flauta, llamó mi atencion y me hizo olvidar la pregunta. Separamonos sin volver á hablar del paseo convenido, pero al despuntar la aurora, un criado de mi amigo, que me traia un caballo ensillado, vino á despertarme y recordarme la cita: á pocos minutos llegó su amo, y

juntos salimos por la puerta de la Victoria, dirigiéndonos á la falda de la sierra, camino de la *Arrizafa*. El dia era de los mas hermosos que la primavera ofrece en aquel pais privilegiado de la naturaleza: el que no haya visto á Andalucía, el que no haya gozado de aquel apacible clima, ni respirado el ambiente suave embalsamado por el azahar de que estan cubiertos los naranjos, y por las muchas rosas y otras flores de los cármenes de Granada, ó de las huertas de la Sierra de Córdoba, podria tener por exagerada la pintura que yo hiciese. Caminábamos siempre cuesta arriba, y cada vez íbamos descubriendo mas la llanura que el rio baña y fertiliza, acusando de incuria é ingratitud la indolencia de aquellos naturales que tan poco partido sacan de su hermoso suelo. Costeando asi la falda del monte llegamos por fin á una especie de valle pequeño todo cubierto de yerba y dominado por grandes alturas, el cual me pareció uno de los mejoros puntos de vista de Sierra-Morena. En medio de él hay una fuente toscamente construida y desde allí forma el camino un recodo que conduce á poco que se anda á la entrada de las ermitas. — Llegamos en efecto y difícilmente podria explicar la sensacion que me causó su vista. Un espacioso recinto rodeado enteramente de una pared ó cercado, que va formando todas las sinuosidades de aquel terreno escabroso, encierra como aislados del resto del mundo á los solitarios habitantes del santuario. Desde que se llega á la entrada única, cerrada por una gran puerta, se advierte un recogimiento,

una especie de religioso silencio que parece que realmente se escucha. Lopez se apeó del caballo y yo á imitacion suya hice lo mismo. Tocó una campana, y á pocos momentos oimos la voz del portero que nos contestaba diciendo: *Ave María.* Mi amigo respondió á la salutacion piadosa y manifestó que deseabamos entrar. — *¿Traen ustedes licencia?* — No la traemos, hermano, repuso Lopez, y á esta contestacion siguió otra vez el mas profundo silencio. ¿Pues cómo, pregunté yo, hemos olvidado pedir permiso á quien corresponda, si es indispensable este requisito? — No lo necesitamos nosotros, me dijo Lopez; las mugeres son las que no pueden penetrar en esta soledad sin licencia del obispo, y la pregunta del ermitaño solo se dirigia á averiguar si traemos en nuestra compañía personas del otro sexo. — Pues siendo así, repliqué yo, ¿cómo es que no nos ha abierto? — Porque no puede hacerlo sin permiso del superior.

Entre tanto que volvía el portero yo estaba reflexionando sobre la estraña condicion de los hombres que se dedican al estado religioso. La preocupacion que es regularmente el principal defecto de los hombres que se tienen por despreocupados, confundiendo en mi imaginacion la verdad con el error, me hacia anticiparme á mirar con lástima, ya que no con desprecio, á los solitarios habitantes de aquel apartado retiro: sin embargo, una voz de mi corazon me decia al mismo tiempo que no seria yo capaz de renunciar como ellos al comercio del mundo ni aun por motivos de una austera filosofía. Alzando entonces

la vista reparé en una pequeña efigie que sobre la puerta estaba, y conociendo que representaba á San Pablo, no pude menos de recordar cierta especie de heroismo en aquel primer solitario del mundo que sepultó por muchos años su existencia en los vastos desiertos del África.

De estas meditaciones me sacó el ruido de la llave y el crujir de la puerta, que volviéndose sobre sus goznes, presentó á nuestra vista un hombre de aspecto venerable, vestido de un hábito pardo y con la barba hasta el pecho. Llegóse á nosotros con aire de naturalidad y jovial franqueza, y saludándonos en pocas palabras, tomó del diestro nuestros caballos, indicándonos que siguieramos por el camino que conduce á la hospedería.

Asi lo hicimos en efecto, y yo no me cansaba de admirar la nueva escena que tenia delante de los ojos. El camino á cuyas orillas crecen algunos cipreses, atraviesa por el medio del recinto hasta la ermita principal, á la cual está unida la iglesia, la hospedería y el cementerio. El terreno presenta por todas partes el aspecto de un esmerado cultivo; la mayor parte está plantado de viñas y olivos, y no faltan las verduras y legumbres que bastan para el escaso y grosero sustento de los solitarios. El *hermano mayor*, prelado de la congregacion, nos recibió con el mayor agasajo y en la cortesía de sus razones y finura de sus modales se echaba de ver que era persona de calidad. El mismo nos condujo á ver la iglesia, que mas bien merece el nombre de capilla, y se hallaba adornada con tal sen-

cillez, limpieza y esmero, que excede á toda ponderacion. Despues nos hizo servir en el comedor de la hospedería un frugal y gustoso almuerzo, y escusándose por no podernos acompañar mas tiempo, nos suplicó que dilatásemos para la tarde el ver el interior de las ermitas, y nos divirtiésemos entre tanto en recorrer la posesion hasta la hora de comer.

Condescendimos gustosos, y Lopez que ya habia estado otras veces en aquellos sitios me llevó á observar los puntos mas notables. Las ermitas ó celdillas de los solitarios estan á gran distancia una de otra, y aisladas enteramente por una pared ó cerca alta que impide ver lo que pasa dentro. Algunas se hallan situadas entre peñascos y expuestas á la violencia de los vientos y á todo el rigor de las estaciones. Cada ermitaño habita una de estas celdas, y solo sale de ella á las horas del dia ó de la noche en que la campana de la iglesia le llama á hacer oracion; y si esta es privada, cada cual responde á la señal tocando una campanita pequeña, como para hacer ver su vigilancia y obediencia. El sonido de estas campanas que se hacen oir á tan desiguales distancias, tiene un no sé qué de patético é interesante mas fácil de sentir que de explicar.

A la una de la tarde volvimos á la hospedería donde hallamos ya preparada nuestra sencilla mesa. Dos platos de pescado, una tortilla y algunas frutas, fué la comida que se nos sirvió, opípara y regalada al lado del desazonado potage de lentejas que habiamos visto conducir á cada ermita, introduciendo los

platos por una ventanilla ó torno. Acabado que hubimos de comer, el hermano mayor vino á convidarnos para ver las ermitas: y en efecto, nos dirigimos á una de las mas inmediatas cuya puerta se abrió á la voz del prelado. El interior de aquella estrecha habitacion se reducia á una piececita con una ventana; delante de ésta un banquillo, y una mesa con algunos libros devotos: las paredes estaban adornadas con estampas de santos, oraciones impresas y algunos instrumentos de carpintería. Dentro de este cuarto habia otros dos mas pequeños: el uno era una cocinita y el otro la alcoba del solitario, cuya cama consistia en una desnuda tarima y un pedazo de corcho para reclinar la cabeza. Comparando la austeridad de semejante vida con el regalo y molicie que reina en las ciudades populosas, no pude menos de convencerme de que se necesita para sujetarse á ella una firmeza y resolucion que no cabe en espíritus vulgares. Salimos de allí admirados del buen órden, del aseo y primor con que conservaba su pequeño ajuar el ermitaño, en cuyo semblante, asi como en las pocas palabras con que satisfizo á nuestras preguntas, permitiéndolo el superior, brillaba una tranquilidad y alegria que nada tenian de afectadas.

— Todas las demas son iguales, nos dijo el prelado, pero si ustedes quieren ver alguna otra, iremos á la del hermano Federico. Diez años hace que llegó aqui y desde entonces no ha desmentido la bondad y dulzura de su carácter: todos le queremos en extremo, y aunque á los dos meses de su llegada cayó peligro-

samente enfermo, despues se ha restablecido y recobrado toda la gentileza de su gallarda presencia, y la gracia de su semblante, si bien sombreado por una melancolía profunda que en vano se esfuerza á disimular. Los pocos dias del año que nuestro instituto nos permite pasear reunidos y conversar, todos los hermanos le cercan y estan pendientes de sus discursos llenos de gracia y de erudicion.

Cuando hubimos llegado á la ermita del hermano Federico, y entramos en ella, sin reparar yo en el venerable solitario que la ocupaba, me entretenia en observar otra vez hasta los mas insignificantes pormenores de aquella humilde habitacion. Parecióme notar un estraordinario esmero y buen gusto en la colocacion de sus pequeños y reducidos muebles, de aquellas herramientas con que se ejercitan en el trabajo los ermitaños con solo el objeto de evitar la ociosidad, pues ni su obra ni los instrumentos mismos se miran como propios, siendo árbitro el superior de quitarlos á quien se le antoja para hacer de ellos el uso que le parezca: y mirando hácia otra parte ví clavado en la pared un dibujo de muy buena mano que representaba la imágen de Nuestra Señora, y al pié escrita con el mismo lapiz la siguiente

OCTAVA.

Madre de Dios piadosa, vírgen pura,
Del hombre amparo y celestial consuelo,
Si una mirada llena de dulzura
Te dignas dirigirme desde el cielo,

Concede á mi penar y desventura
El solo objeto de mi ardiente anhelo:
Rómpase pronto esta mortal cadena
Que me sujeta en la mansion terrena.

Ni el tono ascético de los versos ni su mediano mérito (aunque se echaba de ver que estaban sin pulir) ni el vehemente afan con que su autor parecia desear la muerte, ni otras consideraciones se me ocurrieron en aquel momento, porque una mas poderosa que todas vino á asaltarme y embargó enteramente mis potencias: la mano que habia trazado aquellos caractéres no me era desconocida: yo miraba la letra con que estaban escritos los versos y cada vez la encontraba mas semejante, mas idéntica á la que otras veces me habia esplicado los sentimientos de la mas tierna amistad.... Pero ¿cómo era posible? A mí me parecia la letra de Gonzalo, y Gonzalo hacia ya muchos años que habia muerto. Suspenso estaba yo y como estático en aquellas reflexiones, cuando Lopez, el ermitaño y su prelado entraron en la celdilla despues de haber examinado el reducido jardin comprendido entre aquella y la cerca esterior. Lopez hacia algunas preguntas á que se le contestaba en pocas palabras.... pero el acento de estas pocas palabras, hiriendo mis oidos, me sacó de aquel enagenamiento. —Vuelvo la cara, miro con atencion al hermano Federico.... ¡Dios eterno! esclamo.... Todos se callan al oir mi esclamacion: el ermitaño alza los ojos á mirarme, y ya no me queda duda.... Corro á sus brazos gritando, ¿eres tú mi querido Gonzalo?

— El solitario sin responderme, ni participar de mi estraordinaria conmocion, me estrecha dulcemente contra su pecho, y con voz suave y aire tranquilo: «si, mi querido amigo, me contesta, el mismo soy.»

Algunos momentos se pasaron sin que yo pudiese separarme de los brazos de Gonzalo, y sin que Lopez ni el superior de la Congregacion entendiesen el motivo de mi sorpresa. Este último, sin embargo, callaba y miraba de hito en hito al hermano Federico, pero sin manifestar alteracion alguna en su rostro, ni interrumpir aquella escena muda con palabra alguna indiscreta. Lopez fué el primero que rompió el general silencio: «veo, me dijo, que conoces al hermano Federico, y que no esperabas tampoco encontrarle en este sitio.» — Ni aun en este mundo, respondí yo, esforzándome á contener mi excesiva agitacion. — «Asi es la verdad, interrumpió el hermano Federico, que la nueva de mi muerte se ha esparcido entre todos los que me conocen, y no sin razon en rigor, pues que me considero muerto para el mundo.» — ¿Será posible? esclamé yo. — «Esa es mi invariable resolucion.» — ¿Y no podré yo saber...? «Demasiado he dicho ya, amigo mio.»

El prelado comprendió muy bien el sentido de estas últimas palabras, y dirigiéndose á mí me dijo: no soy yo tan rigoroso que intente privar á V. de preguntar al hermano Federico sobre los sucesos de su vida; por mi parte le doy permiso para que goce de completa libertad esta tarde, y VV. me darán el suyo para que yo continue en mis quehaceres. El

hermano Federico, hincando en tierra una rodilla besó la estremidad del hábito de su superior como admitiendo y agradeciendo su bondad; Lopez y yo tambien le dimos gracias por su cortesía, y siguiendo su consejo nos encaminamos hácia el *balcon del mundo*, donde con mas espacio podriamos hablar y satisfacer nuestra comun curiosidad.

Hácia la parte occidental del solitario recinto hay un enorme peñasco, sobre el cual pasa la cerca formando una especie de galería, suspendida á grande altura sobre el mismo camino que nosotros habiamos traido; y á este lugar en donde gozan de algun recreo los ermitaños, han dado, y no con impropiedad, el nombre de *balcon del mundo*.

Algunos asientos de piedra convidan á detenerse alli, y en medio de ellos y aislada de todos hay una silla, de piedra tambien, que llaman del *Obispo* y está tan perfectamente trabajada, y es tal su configuracion que ofrece casi tanta comodidad como una regalada poltrona. Allí fué donde se colocó mi amigo Lopez, no lejos de él tomé yo asiento y á mi lado el hermano Federico.

Aunque las aventuras de este eran el principal objeto que allí nos llevaba, no pudimos menos de dedicar los primeros momentos á contemplar la escena que se ofrecia á nuestros hojos desde aquel hermoso punto de vista. Al pié de la sierra en cuya cima nos hallabamos, se estiende una gran llanura levemente interrumpida por pequeñas colinas. A nuestro frente veiamos el castillo de la *Albaida*

antigua fortaleza convertida actualmente en un mediano caserío, y que domina una porcion de terreno conocida con el nombre de *los llanos*; hácia la izquierda divisábamos la ciudad, aquella antigua Córdoba, que bajo el reinado de los Califas llegó á tal punto de prosperidad y cultura, y que en el dia no presenta ya sino un monstruoso conjunto de riqueza y miseria. Las innumerables torres y campanarios nos hacian dudar si cada casa se habia convertido en iglesia ó monasterio; pues los muchos edificios que hay de esta clase casi obscurecen y ocultan á los demas. Cuando muere un individuo de alguna de las familias que hacen subir el orígen de su nobleza á los tiempos de la conquista, las campanas de todas estas torres hacen resonar el aire con un sonido lúgubre, y llenan de melancolía á una poblacion de muchos miles de almas por hacer ostentacion y alarde de tan ridículo privilegio. A la parte meridional distinguiamos la catedral que parecia desde donde nos hallábamos unida con el puente, y á la ribera opuesta un antiguo castillo que lleva el nombre de la *Calahorra*, y el arrabal conocido por el Campo de la Verdad, donde la constancia de infinitos mártires selló con inocente sangre la profesion heróica de su fé. Sigue desde este punto estendiéndose la vasta llanura sembrada de algunas poblaciones, escasas en número para las que podia alimentar la tierra mas fértil acaso de toda la Europa, regada por el caudaloso Guadalquivir, siendo el confin de este vasto teatro nada menos que las blanquecinas

alturas de la Sierra-Nevada : tan inmenso es el espacio que puede recorrer con la vista un solitario de las ermitas de Córdoba , y tanta es la propiedad con que se ha dado al parage en que nos hallábamos el nombre de *balcon del mundo.*

El hermano Federico, dando la espalda á la prespectiva que nosotros admirábamos y con los ojos clavados en el suelo , dejó que por algunos minutos nos entregásemos á nuestras observaciones, y á la contemplacion de aquella magnífica escena iluminada por los rayos del sol que declinaba ya hácia su ocaso. Viendo yo entonces que nos quedaban pocas horas del dia y ansioso por saber los sucesos del ermitaño, amigo mio, le dije , no dilates por mas tiempo satisfacer mi curiosidad : dime por qué medios te libraste de una muerte que todos hemos tenido por segura, refiéreme por qué caminos has venido á esta soledad, y cuales son los poderosos motivos que te han impulsado á sepultarte en ella renunciando asi á todos los lazos de amistad y parentesco con que te hallabas ligado, y al brillante porvenir que pudieran haberte grangeado tu reputacion, tus talentos y virtudes. No temas hablar con franqueza en presencia de Lopez, del amigo que únicamente ha podido consolarme de tu pérdida: el tiene toda mi confianza y merece igualmente la tuya. — « Bástame , contestó el ermitaño, que venga en tu compañia para creer que es asi. Por otra parte la narracion que va á salir de mis labios por la postrera vez ninguna cosa contendrá de que yo pueda avergonzarme ; desgracias , si , des-

venturas que el impropio lenguage de los hombres achaca al rigor de la suerte, y solo son obra de una mano poderosa siempre irresistible, pero tambien siempre justa. Y una vez que contra lo que yo esperaba me veo en la ocasion de referir mis desdichas, te daré esta última prueba de amistad. »

Paróse en esto algunos instantes como para recapacitar lo que habia de decirnos y traer á la memoria los ultimos sucesos de su vida, y enjugando las lágrimas que arrasaron sus ojos con un pañuelo blanco que sacó de entre el tosco sayal que le cubria, empezó á decir de esta manera.

" Ya sabes amigo que destinado desde mis primeros años á la carrera militar habia tenido la fortuna de conseguir el aprecio de mis gefes, y ver satisfechas mis esperanzas obteniendo el empleo de capitan, cuando mi edad no prometía méritos para tan honroso grado. El placer que causó en mi inesperta juventud esta distincion, no tan prodigada entonces todavia, se vió acibarado demasiado pronto con los acontecimientos desgraciados de mi familia. Tu recordarás que estando en Madrid me ví en la necesidad, bien contra mi gusto, de solicitar una licencia para marchar á mi casa, y tratar de poner remedio en los males que la amenazaban. Mis cartas te dejaron bien informado de las causas y fin de aquellas desazones domésticas, pero por si has olvidado alguna circunstancia, y por no hacer mi narracion enteramente incomprensible á este caballero que me escucha, renovaré á tu memoria aquello que únicamente pueda

ser útil y coherente con mis posteriores sucesos. »

« El pueblo en que yo nací y donde todos mis antepasados habian vivido á espensas de una cuantiosa hacienda que sucesivamente fué tomando un notable incremento, estaba dividido desde muy antiguo en dos partidos ó bandos, cuyas denominaciones eran tan ridículas como la causa de la desunion. Un despreciable litigio entre dos de las principales familias habia encendido en ellas el mas ciego y lamentable odio, que pasando á ser rencor, y arraigándose en los corazones de los parientes deudos y allegados, hizo de aquella reunion de convecinos un monstruoso conjunto de dos parcialidades enemigas, tanto como pudieron serlo los Güelfos y Gibelinos en Italia, y quizá mas que los ascendientes de estos desgraciados españoles lo habian sido de los mismos árabes. Cuando el hombre una vez se ha descarriado y no hace el menor esfuerzo para volver á la razon, es peor que las mismas fieras: su enemistad y su venganza podria hacer parecer mansedumbre la ferocidad de los tigres y leones. Asi acontecia en aquella triste ciudad donde los compatricios, los conciudadanos, y aun los hermanos mismos se destrozaban en una lucha intestina, bosquejo en miniatura y funesto simulacro de las guerras civiles que asolan á las naciones. El gobierno noticioso de semejante desorden, habia tomado en varias ocasiones providencias que por ineficaces ó indiscretas no habian hecho mas que atizar el fuego. El prelado diocesano habia tambien solicitado la paz con el auxilio de la religion, enviando celosos misio-

neros que difundiesen la luz de la razon entre aquellos ignorantes y obcecados enemigos; pero todo en balde: el religioso que predicaba la conciliacion en un templo, ignoraba que en él nunca entraban mas que los de un partido y que los del bando contrario no le oirian sino en otro templo diferente.... ¡Qué mas! Cuando la campana de una iglesia señalando la ocultacion del sol ó la mitad de su carrera escitaba á los fieles á saludar á la madre del Hombre-Dios, aquellos infelices alucinados se descubrian ó no la cabeza segun era ó no era hecho en su parroquia el toque de la oracion: tal era el estado de aquel pueblo. ¡Funesto espíritu de division que parece el último esfuerzo de las maquinaciones del infierno, y que por desgracia nuestra egerce en la presente época su influjo fatal sobre casi todos los paises del mundo conocido!»

«Llegué yo cuando habia subido de punto la enemistad de los partidos. Mi padre que no tuvo la fortuna de librarse del contagio, era por el contrario uno de los principales corifeos del suyo, porque siendo entonces todo el obgeto de las disensiones los cargos municipales, y habiéndosele conferido uno de los primeros, su amor propio se hallaba lisongeado y algunos hombres malignos dominando su sencillo corazon le hacian instrumento de sus perversidades. El partido que no habia conseguido vencer en las elecciones de aquel año, meditaba en su furor reprimido las mas sangrientas venganzas, y la primera erupcion del volcan fué establecer una demanda tan necia como injusta contra mi padre: éste, mal aconse-

jado, haciéndose juez en causa propia, cometió imprudencias gravísimas que dieron armas á sus contrarios y causaron su total ruina. Los tribunales superiores, ó mas bien sus dependientes, se apresuraron á tomar parte en un negocio en que contendian con obstinacion hombres acaudalados, y en un embrollo de trámites judiciales alimentaban su rapacidad con el necio teson de los litigantes, y se daban tal prisa, que prometian dar en tierra muy pronto con los bienes de uno y otro. En efecto, mi padre habia consumido ya las tres cuartas partes de su hacienda en pocos meses, entre multas, costas, regalos, viages, y lo que era peor en una larga enfermedad que tan continuados disgustos habia originado á mi madre, y de la cual murió al fin en el momento en que llegando yo á mi casa me arrojé á sus brazos, y recibí el último maternal beso de sus labios moribundos.

Tal fué la primera escena que se ofreció á mis ojos volviendo al seno de mi familia al cabo de tantos años, y no menos triste el aspecto que se me presentaba á donde quiera que volvia la vista. Conociendo el mal en su origen me decidí á cortarle en su raiz, no aspirando á menos que intentar una reconciliacion general de los partidos; y aprovechando los momentos en que el corazon de mi padre habia dado alguna entrada á la sensibilidad por la pesadumbre de la muerte de su esposa, procuré inspirarle ideas de paz y de tranquilidad sin comunicarle el todo de mi designio. Dábame aliento tambien para mi plan de pacificacion el concepto que todavia conservaba con aque-

llos naturales, pues ademas de que ellos se envanecian exagerando mis tales cuales servicios, yo nunca habia intervenido en sus disensiones. Animado por esta dichosa predisposicion me atreví á dirigirme al hombre que tan injustamente habia entablado el litigio que era causa de nuestra ruina, y cuando él juzgaba que mi presencia podia agriar el estado de las cosas y dar un gran refuerzo á sus contrarios, le sorprendí con proposiciones de paz despues de haberle demostrado en términos de moderacion la injusticia de su proceder. Mi conducta franca y leal hizo titubear á aquel hombre duro, no acostumbrado á oir otro lenguage que el de la discordia, y para colmo de mis esperanzas, María su hija, (único nombre que no podré menos de mezclar en mi relacion), la compañera de mi infancia, se arrojó en los brazos de su padre, y acordándole el servicio que yo habia hecho á su hermano, librándole en cierta ocasion la vida, y representándole las consecuencias de un pleito ruinoso y de las interminables disensiones resucitadas, logró persuadirle algun tanto, aunque su amor propio no le permitió bastante valor para dar por sí los primeros pasos. Yo entonces, apretando el cerco de aquella fortaleza que se me rendia, le insté á que fuese á la capital y preparase la transacion, ofreciéndole que por mi parte recabaria de mi padre el que le escribiese allí para ahorrarle de este modo lo que él llamaba una bajeza. La amable María, á quién en muy pocas, aunque eficaces palabras recomendé la ejecucion de mi plan, me auxilió de tal manera, que á los dos dias ya su pa-

dre habia partido. Al instante creí de mi deber presentarme en casa de María á darle las gracias por sus buenos oficios: halléla sola, porque no tenia madre, hablamos muy despacio, cautivóme su talento, su gracia y su despejo me llenaron de admiracion, y no pude menos de sorprenderme viendo reunidas á estas prendas en tan corta edad la disposicion mas completa para el gobierno de la casa de un rico labrador, el candor inocente de la aldea, y la instruccion y finura de una señorita de la Corte. Perdonad, señores, que me detenga en esta pintura; ya habreis adivinado que María infundió en mí la pasion que á todos los hombres tiraniza, y si os causa estrañeza oir este lenguaje en boca de un hombre que aparece á vuestros ojos cubierto de tosco sayal, recordad que por aquel tiempo me adornaba un brillante distintivo militar, y mi corazon se dejaba seducir todavía por el falso resplandor de las cosas del mundo. Sin embargo, ninguna idea impura se mezcló con el afecto que María me inspiraba, y antes bien creí que nuestro enlace podría fortalecer y consolidar para siempre la reconciliacion de las dos familias, y aun de los dos bandos opuestos. »

« Lisonjeado con estos proyectos trabajaba por llevarlos á cabo, cuando un fatal contratiempo vino á trastornar todos mis planes y desvanecer mis ilusiones. El grito de LIBERTAD dado por unos cuantos hombres en un estremo de la Península, resonó como sabeis en todos los ángulos de ella, y si bien dispertó en muchas almas generosas ideas de felicidad pública,

creyendo encontrarla en las novedades proclamadas, en los hombres malvados sirvió aquella ocurrencia, como ha sucedido en todos tiempos y paises con las revoluciones de cualquiera especie, para conseguir sus miras de ambicion. Los hombres de esta clase que pertenecian al partido de mi padre vieron una coyuntura favorable para apoderarse del mando del pueblo y derribar á sus contrarios, y proclamando la Constitucion de 812 antes que el Rey la jurase, se repartieron entre sí los cargos municipales despojando de ellos á los del partido opuesto, y aun maltratándolos como es consiguiente en momentos de confusion y desórden. En el instante que se manifestaron síntomas del movimiento acudí á evitar cuanto me fuese posible los esfuerzos de la sublevacion, pero todo mi influjo no me sirvió de otra cosa que de que la muchedumbre respetase mi persona pero sin atender á mi voz. »

« Cansado de la inutilidad de mis esfuerzos pensaba ya en retirarme, cuando me llega la noticia de que los alborotados clamando contra el padre de María se dirigian á su casa á toda prisa. Corro al oir esto, ó por mejor decir, vuelo á ellos, les hablo, no me escuchan, y ya fuera de mí de cólera logro llegar hasta la puerta que estaba cerrada, y tirando del sable me dispongo á defenderla, en el momento mismo en que los amotinados, logrando desquiciarla con sus golpes, se precipitan dentro de la casa arrastrándome por delante con el sable en la mano todavia. Los criados de María que ven forzada la entrada por

la multitud, y escuchan sus voces, huyen despavoridos, y cada uno se salva como puede dejando á su señora abandonada y rendida á un violento desmayo. Ya os podeis figurar, señores, que yo no titubearia, y que mi primera idea seria como fué en efecto socorrerla conduciéndola en mis brazos á donde pudiese estar á salvo de los insultos del populacho. »

« Puesta ya en seguridad, volví segunda vez á la casa con ánimo de impedir algunos estragos, pero en vano: aquellos frenéticos habian roto y destrozado lo que no pudo ser objeto de su pillage, y por primera vez se presentó á mi vista el espectáculo triste de la propiedad y seguridad ultrajadas por una muchedumbre que ha roto el freno de la ley. »

« Por fortuna los hombres sensatos consiguieron bien pronto restablecer la tranquilidad, y yo tuve ya tiempo de volver mi atencion á lo que tanto me interesaba. Habia dejado á María en casa de una señora viuda, no atreviéndome á llevarla á la de mi padre por muchas razones; fuí á verla, la hallé muy desconsolada, procuré tranquilizarla, pero estaba muy lejos de prever que los sucesos de aquel dia habian de acarrearme una série de increibles desgracias, objeto eterno de amargas lágrimas y de dolor inconsolable. ”

« La noticia del alzamiento del pueblo llegó con la velocidad del relámpago á la capital de la provincia, de suerte que al mismo tiempo que la supieron las autoridades, se esparció por toda la ciudad. El desgraciado padre de María oyó referir el suceso desfigurado y con

mil exageraciones como siempre sucede en tales casos, y no faltó quien le pintase el ataque dado á su casa con los mas negros colores, añadiendo que su hija debia haber sido inmolada al furor de los amotinados, pues que se ignoraba su paradero. Aterrado aquel afligido padre con este falso relato, se pone inmediatamente en camino para regresar á su pueblo y apurar por sí mismo la verdad del hecho: pero á pocas leguas encuentra á uno de los criados que habian huido tan cobardemente, de cuya boca oye los pormenores del caso; y aunque estos eran menos terribles de lo que se le habia hecho creer, sin embargo, dos circunstancias fatales aumentan su dolor: la una, que el criado no sabe darle razon cierta de lo sucedido á María, y la otra que por un funesto error, aquel hombre asegura que yo habia sido quien capitaneaba el motin, sable en mano, y ordenaba y dirigia aquellos excesos. »

« Figuraos, señores, que impresion no causaria en el desventurado anciano esta noticia. Recordando las proposiciones de amistad que yo le habia hecho, las fuertes instancias con que le habia obligado á salir de la ciudad y la paz con que le habia brindado, creia que no habia sido todo esto mas que el plan horrible é hipócrita de una recapacitada traicion; y lamentándose amargamente de su credulidad, me maldecia de todo corazon y meditaba sangrientos proyectos contra mí, contra toda mi familia y contra lo que él llamaba mi partido. »

« Al llegar á este punto de su narracion mi buen

amigo tuvo que interrumpirla para dejar correr algunas lágrimas que en vano se esforzaba á contener. «Perdonad, señores, nos dijo despues, estas muestras de flaqueza de un corazon pequeño á quien la soledad del retiro y los esfuerzos de la razon, no han podido infundir todavía aquella santa fortaleza, que el mundo solo encuentra en sus grandes filósofos, y nuestra religion exige hasta del mas humilde de sus hijos. Pocos momentos bastarán para que acabeis de saber la causa de mi afliccion, pues procuraré ser breve en lo que queda de mi historia.»

«El primer cuidado de María fué, como parecia natural, escribir á su padre la relacion de lo ocurrido. En aquella carta, que ella misma me enseñó, hacia justicia á los sentimientos de mi alma y referia menudamente la diligencia que yo habia puesto, aunque infructuosa en parte, para evitar los desastres acaecidos ó impedir que fuesen mayores: mas por desgracia la carta no llegó á manos del irritado padre, ni pudo por tanto templar los efectos de aquella injusta indignacion pronta á estallar sobre la desgraciada María y sobre mí. Esta no tardó mucho en volver á su casa, y reuniendo á sus criados en ella, esperaba con ansia la vuelta de su padre, pasando los dias enteros en una completa soledad, porque yo mismo me habia impuesto la obligacion de no ir á visitarla, creyendo este partido el mas prudente. ¡Vana precaucion! La reputacion de aquella angelical criatura se vió ajada en boca de los del partido opuesto á su familia, y cuando el autor de sus

dias regresó á su casa, mil calumniosas especies llegaron á sus oidos en que María y yo eramos desconceptuados. Acabando esta circunstancia de exaltar su ódio contra mí, le hizo tambien irritarse contra su propia hija en términos de hacerle sufrir los mas crueles tratamientos. »

« Mucho tiempo duraron las cosas en tal estado, hallándome perplejo sobre el partido que deberia tomar que no comprometiese á la infeliz doncella, víctima de la combinacion de tantos sucesos, cuando recibí una estrechísima órden para incorporarme á mi regimiento. Al dia siguiente salí del pueblo sin haber tenido espacio ni medio de hacer otra cosa que dejar por escrito la espresion de mis sentimientos y el deseo de reparar en lo posible las desgracias ocurridas dando mi mano á toda costa á la que sufria sola todo el peso de ellas: y cerrado este pliego comisionar á la misma viuda en cuya casa habia estado María para que se le entregase. »

« Al llegar á mi cuerpo supe con estrañeza que en diferentes avisos anónimos se me habia calumniado con mis gefes pintándome como un malvado, haciendo sospechosas mis opiniones políticas, desfigurando algunos hechos y suponiendo otros. Ya conocereis como yo penetré desde luego el orígen de esta miserable máquina, que no me faltó valor de despreciar, ni tuvo efecto alguno merced á lo bien sentada que tenia mi opinion. En esta época fué, amigo mio, cuando yo te escribí refiriéndote una parte de mis penas: te dije la absoluta ignorancia en que

estaba de la suerte de María, y me lamentaba de que mi obligacion me hacia imposible el ir por mí mismo á adquirir noticias de su existencia. Pues bien, apenas emprendiste tu viaje para la Habana, cuando hallándome en Cataluña recibí una larga carta en que me referia la mayor parte de las ocurrencias que yo ignoraba. En ella decia que despues de largo padecer y sufrimientos se la habia querido obligar por último á un enlace que su corazon repugnaba; pero que su resistencia habria sido probablemente inútil, á no haberle acometido una enfermedad agudísima y peligrosa, en cuya convalecencia se hallaba, y que su padre solo aguarda á verla restablecida enteramente para llevar á cabo sus proyectos.»

«Figuraos, señores, cual seria la impresion que me hicieron estas noticias. Atropellando por todo y venciendo mil dificultades me puse en camino para tratar de evitar el sacrificio de la infeliz María. A mi llegada á Madrid fué justamente cuando el gobierno salió para Sevilla, la agitacion de los ánimos, la efervescencia general que produjeron aquellos acontecimientos unidas al desórden de mi espíritu y al combate que mil encontrados afectos producian en mi corazon, hubieran hecho estos dias para mí los mas amargos de mi vida, si un Dios poderoso y justo no me hubiera reservado penas mayores todavia. Hallábame preplejo sobre el partido que debia tomar; por un lado me parecia poco honroso estar separado de mis filas en momentos de crísis, por otro, consideraba á María sacrificada cruelmente, entrega-

da á un hombre aborrecible é infeliz por toda su vida. En esta alternativa me decidí al fin á apresurar mi marcha y dar cima á mis proyectos para volver despues prontamente á donde la obligacion me llamaba. Lleno de este pensamiento partí para Andalucía, y segun me habia propuesto me detuve en un pueblo inmediato para avisar desde alli á María y que obrasemos de acuerdo. A este efecto comisioné una persona segura que le llevase una carta mia, á la cual me contestó que de allí á tres dias se habia de celebrar su boda. Esta noticia produjo en mí el efecto de una chispa eléctrica, é inflamando de repente mi ya arraigada pasion perturbó mi razon y mis sentidos. »

« En aquella misma hora parto para mi pueblo; llego de noche: busco á mi padre, y antes de que tuviese tiempo de volver de su admiracion le revelo todo lo ocurrido y mi ánimo firme y resuelto de dar á María la mano de esposo, dejarla en seguridad en su compañía y marchar á reunirme á mis banderas. En otro tiempo esta confesion y designio me hubieran acarreado tal vez el ódio de mi padre: pero en aquellos momentos en que veia desplomarse la preponderancia de su partido, vió en mi plan un medio de hacer menos terrible su caida, y con esta idea me contestó que podria contar con su cooperacion para todo. »

« Quiero escusaros, señores, la prolija relacion de los sucesos posteriores; baste deciros que al poco tiempo María y yo nos hallábamos autorizados para jurar nuestra union eterna al pié de los altares, por

no haber podido su padre esponer las razones en que apoyaba su obstinada negativa. Amaneció por fin el dia en que yo esperaba el logro de todos mis deseos. Ese luminoso planeta que ahora vemos pronto á ocultarse en el horizonte, aparecia por el lado opuesto é iluminaba con sus primeros rayos mi rostro todo bañado en lágrimas. Lágrimas muy diferentes de las que aqui veis saltar de mis ojos, pues la esperanza y el gozo mas puro me las hacian derramar. Contaba ya los instantes con la ansiedad que es facil de imaginar; porque la incertidumbre del porvenir siempre grabada en la imaginacion del hombre alienta hasta el último punto al infeliz que aguarda la muerte, y atormenta al afortunado que toca ya el complemento de su felicidad. »

« Faltaban pocos minutos para que saliendo María de su depósito y yo de la casa de mi padre fuésemos á reunirnos en el templo.... De repente un confuso rumor de gritería vino á sobresaltarme.... Aplico el oido; las voces se aumentan, oigo algunos tiros.... ¡Dios eterno! Mi suerte estaba decidida; la revolucion seguia siempre mis pasos por todas partes. Al salir yo de mi cuarto para averiguar lo que ocurria, mi padre á medio vestir venia á encontrarme y me refirió que algunos amotinados habian dado la voz de *viva el Rey absoluto* y se dirigian á la plaza con intento de arrancar la lápida Constitucional. Asustado el pobre anciano, y temeroso de la suerte que le esperaba, se dispone á huir, y en un momento quedó concertado que en compañía de algunos cria-

dos fieles saldria para una casa de campo á esperar el resultado de aquellas ocurrencias, y que se llevaria consigo á la que ya miraba como hija, para evitar mayores disgustos. Todo se hizo asi brevemente, y yo entretanto vistiendo mi uniforme corrí determinado á hacer lo posible para restablecer la tranquilidad. ¡Vano intento! Los sublevados encontraron poca resistencia, y yo precisado á aceptar el mando de los que combatian contra ellos, despues de haberme defendido dentro de la poblacion con gran desventaja, juzgué lo mas prudente retirarme á la hacienda de mi padre y esperar allí el auxilio que no podia menos de darnos la capital con la noticia que yo mismo envié de lo ocurrido. Llegué en efecto y encontré á María en compañía de mi padre y en el mayor desconsuelo, pero yo en el caso en que me hallaba no pensé en otra cosa que en la seguridad de los pocos hombres que se habian puesto en mis manos. Aunque no esperaba que nos persiguiesen en nuestra retirada, tomé algunas medidas de precaución y la esperiencia me acreditó que no habian sido en vano. Aquellos alborotados sedientos de venganza llegaron dos horas despues y nos cercaron en el caserío donde nos habiamos encerrado, defendiéndonos obstinadamente con las pocas municiones que se habian llevado y las que alli encontramos. ¡Vanos esfuerzos! ¡Vana esperanza tambien, la que yo tenia de que con la llegada de la noche cesaran en su porfia ó viniese algun auxilio! Aquellas despiadadas criaturas quisieron consumar su atentado poniendo

fuego al edificio por varias partes, y á pocos minutos ya todo él era presa de las llamas. En tan horroroso conflicto la voz de la naturaleza se hizo oir en mi corazon.... Arrojo las armas, busco por todas partes á mi padre y á mi esposa, pues ya se le debia este nombre; oigo sus lamentos en un aposento retirado.... vuelo á ellos.... ¡Oh espectáculo de horror! Al abrir la puerta se desploma todo el piso; caen ambos entre un monton de ruinas y un torbellino de fuego y humo los roba á mis ojos para siempre.... »

«Desde aquel momento no supe ya lo que fué de mí, hasta que de alli á unos dias recobré la razon y el uso de mis sentidos, gracias á los cuidados de un honrado labrador que me libertó de la muerte asistiéndome mientras una fiebre violenta me tuvo á la puerta del sepulcro. De alli á seis meses abandoné cuantos lazos me unian con el mundo, dejé hasta mi primer nombre, y tomando el segundo que recibí en el bautismo y era el de mi desgraciado padre, corrí á ocultar mi dolor entre estas breñas, y ofrecer al Altísimo mis desgracias en satisfaccion de su eterna justicia. »

Diciendo estas palabras, el ermitaño cayó postrado á los pies de la cruz de piedra que en medio de aquel sitio está colocada, y abrazándola estrechamente la regaba con sus lágrimas. Nosotros llorábamos tambien, y los últimos resplandores del crepúsculo iluminaban esta escena muda y patética.

De repente la campana de la capilla empezó con

pausado compás á llamar á la oracion; los solitarios responden á la señal tocando cada uno la campanita de su celda; el ermitaño se levanta de improviso, y echándome los brazos al cuello entre multiplicados sollozos, se desprende en seguida, besa entrambas manos á Lopez, y sin decir una sola palabra se aleja de nosotros con la velocidad del rayo.

Nosotros mirándonos tristemente, y por un movimiento unánime, fuimos á tomar nuestros caballos, y sin interrumpir á los hermanos en su oracion dimos la vuelta hácia la ciudad, caminando silenciosos, meditando sobre los consuelos y grandeza de la religion y sobre los tristes sucesos del desgraciado Gonzalo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

BINDING LIST DEC 15 1934

Author [Estébanez Calderón, Serafín]
309828
Title Colección de composiciones sérias y festivas.
Vol. I.
LS
E795c
DATE.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED